

FEDERICO CAMPBELL

Pretexta

o el cronista enmascarado



Federico Campbell nunca dejó de volver a lo ya creado, siempre con el ánimo de precisar una frase, abundar en una situación, ir más allá en sus descripciones. Esta nueva edición de *Pretextos o el cronista enmascarado* es fruto de una serie de correcciones que el autor marcó de su puño y letra en un ejemplar que, poco después de su muerte, inesperada y lamentable, se halló entre sus documentos de trabajo; es por ello testimonio de su vocación rigurosa y nada conformista.

Esta novela muestra cómo se articulan las redes del poder político a través del mundo de la escritura. La narración se enfoca en el personaje de Bruno Medina, un autor fracasado que tiene como empresa difamar y falsificar, mediante pasquines o panfletos, la biografía de un presunto enemigo del Estado. La trama llevará al lector a zambullirse en las obsesiones del protagonista, quien terminará enfrentándose a su paranoia, pues vivirá agobiado por el miedo de ser él mismo blanco de la difamación. El terror político aumenta cuando ve confirmada esa sospecha y cuando, con ayuda de la «estiloestadística», se confronta con un proyecto que jamás habría imaginado: el libelo de su propia vida.

A 35 años de la primera edición de esta novela, el Fondo de Cultura Económica honra así al talentoso escritor tijuanense y permite a los lectores acercarse a uno de sus libros insignia.

Federico Campbell abrió brecha, con Daniel Sada y Jesús Gardea, a la narrativa del norte de México en nuestro cambio de siglo.

HÉCTOR ORESTES AGUILAR

Lectulandia

Federico Campbell

Pretexta

o el cronista enmascarado

ePub r1.1

Titivillus 10.10.2018

Título original: *Pretextas*
Federico Campbell, 1979
Edición de Vicente Alfonso
Diseño de la camisa: Paola Álvarez Baldit
Collage del forro: Rafael López Castro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

A Carmen Gaitán

—Pero no todos son inocentes. Digo, los que caen en el engranaje.

—A como anda el engranaje, todos podrían ser inocentes.

—Pero entonces también podría decirse: a como anda la inocencia, todos podríamos caer en el engranaje.

LEONARDO SCIASCIA, *El contexto*

I

Que nunca fuera a trabajar para el gobierno le había pedido su padre muchos años atrás, por lo menos más de veinte antes de que Bruno empujara el portón entreabierto de la antigua iglesia, entrara en la gran nave de la biblioteca abovedada y empezara a escudriñar expedientes judiciales, recortar fotografías individuales y de grupo, organizar fichas bibliográficas, catalogar algunas páginas sueltas del acervo hemerográfico, pasar repetidas veces la misma porción de un cierto microfilm en la pantalla esmerilada e introducir hojas con garabatos y firmas y líneas y recortes de periódicos en la fotocopidora electrónica que poco a poco, de una manera informe y desigual, irían configurando la amañada historia personal del profesor Ocaranza.

—No se te vaya a olvidar —le había dicho su padre cuando Bruno todavía muy joven, casi un niño, fingía no escucharle y untaba de engrudo las hojas apaisadas de papel manila que iba acumulando y cosiendo al canto repletas de luchadores enmascarados y desenmascarados. Las palabras de su padre se iban desvaneciendo de su memoria casi un instante después de que las pronunciara, absurdas, delirantes, sin ningún sentido para quien, inmerso en la contemplación del luchador encapuchado y los ojos y los labios y la punta de la nariz apenas entrevistos tras la máscara plateada, inidentificables, pronto se apresurara a recuperar el tiempo empeñado en aquel rito vespertino que infaliblemente celebraba después de comer y se lanzara a la calle montando en su bicicleta y escurriéndose a toda prisa por entre los callejones y las veredas que le servían de atajo hasta llegar a la imprenta en donde se repartía el periódico y le encomendaban treinta ejemplares, con la tinta fresca aún, que de inmediato empezaba a distribuir en todos los barrios a la redonda, siguiendo una ruta de antemano trazada, sacándolos uno a uno para cada una de sus entregas de una bolsa de ixtle morada que llevaba en los manubrios y arrojándolos a la puerta de las casas o tendiéndolos directa, personalmente, en la mano de alguno de los vecinos más impacientes por conocer las noticias del día. El olor a tinta, el placer de comunicar

algo desconocido o secreto, su propensión a sorprender e incluso al chisme, hubieron de marcarlo para siempre desde aquellos primeros contactos con la prensa, muchos años antes, ciertamente, de que un camión de redilas remolcara las jaulas de los leones frente a los campos del Club Campestre y entre los estudiantes en desbandada, muchos años antes de que el profesor Ocaranza amaneciera golpeado y malherido en el fondo de una zanja, muchos, pero no muchos años atrás, tan sólo los pocos o las pocas decenas de años que pueden mediar entre la generación de un padre y la de su hijo, pocos años, pues, casi ninguno, antes del momento en que, con una bayoneta en la mano, Bruno irrumpiera en la casa del profesor y se la pusiera en la garganta, unos meses tan sólo antes de que le encargaran la confección del libelo y le ordenaran rehacer de otra manera el pasado del viejo periodista mediante la invención de artimañas, la falsificación de datos que de algún modo, es cierto, parcialmente se imbricaban en la biografía real del profesor periodista, aunque poco o nada tuvieran que ver con su vida, aunque nada de deshonroso tuvieran, al menos para el pensar y el sentir del profesor Ocaranza; muchos años antes, eso sí, antes de que Bruno huyera de sus deudas penales en el sur y zozobrara su aventura editorial de mujeres desnudas, crónicas de lucha libre, reseñas de cabarets y cafés cantantes, notas rojas y políticas, muchos años antes, tal vez más de veinte, pero en todo caso muchos años antes de aquella época de sevicia política en que viera las fotografías del profesor Ocaranza vestido de mujer, con zapatos de tacón alto y medias, pintados de oscuro carmesí los labios, pintarrajeadas las cejas y las pestañas y las mejillas, con flores en la cabeza, rodeado de jóvenes cubiertos con sábanas, las fotografías demasiado iluminadas del maestro, que miraba a la cámara fuera de sí, vejado, humillado, constreñido seguramente a punta de pistola a adoptar posiciones obscenas (según el adjetivo apresurado de algunos boletines oficiales de prensa), muchos años antes, los años que van de una madurez inútil a una infancia irrecuperable, a una pureza irreconquistable, perdida sin remedio como un diente o la raíz de un cabello, muchos años antes de toparse consigo mismo dividido en dos voces, como los dos ojos o los dos labios o los dos oídos que tenía, y sorprenderse *in fraganti* dialogando a balbuceos, ahogándose, en la profundidad de la noche, con la figura tierna y desolada de su padre, otra vez, veinte o más años después.

—Nunca voy a ser policía —le había dicho.

II

El nombre de Álvaro Ocaranza le fue dado a conocer por medio de un sobre lacrado que fue deslizado una mañana, mientras Bruno aún dormía, por debajo de la puerta. Los empleados del hotel Serena no hicieron nunca caso de estar enterados; en el mostrador de la administración había, es cierto, una casilla para Bruno, pero se utilizaba exclusivamente para guardar su llave. Nunca recibía recados de nadie.

Las primeras instrucciones que le llegaron se referían a la hora y el lugar de una cita: como una gran fábrica o una penitenciaría se levantaba el edificio antiguo de una iglesia transformada. Sólo por sus rasgos coloniales y la mampostería exterior de sus altas paredes se sospechaba que aquel inmueble debía dar la apariencia deliberada de un palacete que no estaba hecho para exhibirse con ostentación. De ahí los muros elevados que, hacia el lado de la calle, ocultaban todo movimiento o hecho que allí tuviera lugar. Bruno sintió el gran portón de madera repujada al intentar tocar con la aldaba de fierro en forma de puño que había levantado. Sin rechinar, el portón se abrió suave y pesado, prácticamente por su propio peso. Nadie estaba allí para recibirlo. Al fondo, un corredor techado de arcos se prolongaba circundando en esquinas un jardín poco cuidado. Pronto se vio en el centro de la nave principal y blanca, iluminada por la escasa luz de la tarde que se filtraba apenas a través de los vitrales en los que predominaban los verdes y los rojos sin alterar por ello la blancura de las bóvedas ni las características heráldicas del único emplomado con un escudo que sin duda era el imaginario punto de fuga de la construcción. Se oían pasos a lo lejos, toses distantes que resonaban de una pared a otra, pero prevalecía el silencio entre las mesas de caoba barnizadas.

Bruno fue reconociendo el terreno. No le interesaba escribir sino conseguir la identidad de escritor, socialmente, o íntimamente por lo pronto, ante sí mismo. Identificó como dórico el trazo de la fachada interior que a partir del área del altar inauguraba otra galería: la sala del archivo, la zona de estanterías parcelada por

materias o temas, letreros perfectamente organizados. En el friso se distinguía esculpida una frase de la Santa Inquisición en latín indescifrable, bajo la cual encajaban los arcos torales decorados de lacas. Bruno descubrió su propia sombra en el mueble que contenía los tarjeteros y volvió la vista rápidamente hacia los tragaluces laterales. A lo alto y a lo largo de los muros enjalbegados creyó distinguir como de origen franciscano la cenefa de colores ocres y plateados que armonizaban el encuentro de las paredes con el cielo raso, pero no estaba seguro y era lo de menos. No tenían nada de laberínticos aquellos aposentos, al contrario: constituían un orden cerrado y pulcro, una hemerobiblioteca cuyos anaqueles en algunas partes llegaban hasta lo alto de los vitrales y atesoraban acordeones de archivos repletos de recortes, fotografías, cartas personales, cuadernos de notas, agendas, directorios, actas de nacimiento, credenciales: la historia toda de un personaje. El sistema era mecánico, tal vez anticuado (aunque para cierta información clasificada se servía de computadoras), porque lo que interesaba al principio, en las etapas iniciales de acopio de material, eran los rasgos grafológicos del sujeto investigado, las notas y los dibujos anotados al margen de otros escritos cuando se telefona: triángulos, flechas, caracoles, rehiletos, círculos viciosos, laberintos, perfiles y rostros, garabatos que denotaban nerviosismo, ansiedad, aburrimiento. Cada una de las tarjetas que permitían identificar los expedientes contenía un resumen acompañado de copias fotostáticas de cartillas del servicio militar o de pasaportes: se señalaban además gustos, aficiones, preferencias sexuales, debilidades. La labor ulterior de Bruno consistiría en impostar un estilo según las peculiaridades del personaje acometido, recreando incluso sus propias imposturas u otras reelaboradas. Allí, en el antiguo presbiterio, bajo los descoloridos murales en que se ilustraba la historia de la Inquisición, Bruno iría conociendo los ficheros, las bibliografías, y obedeciendo las normas del reglamento interno: no hablar con nadie, no solicitar nombres de funcionarios, entenderse únicamente con el empleado en turno, observar las medidas de seguridad y servirse de los informes escritos proporcionados por los procesadores de datos sin conocer su identidad. Tenía que llenar una ficha con el número y el título del expediente o la publicación requerida, indicar su lugar, la colocación a la que pertenecía, y quedarse con el talón de la ficha. Debía también añadir el nombre y la clave del investigador, es decir, de sí mismo, pero cuando empezó a trabajar dejó el espacio en blanco y no hubo reparos ni reprimendas. Se procedía sobre valores entendidos. En todos sus actos, en todas sus rutinas a partir de entonces, prosperaba en su primera etapa de investigación conforme a un acuerdo tácito, no explicitado por nadie, pero presente y actuante en todas sus diligencias, en todas sus solicitudes, en toda la fluidez informativa que conseguía al inquirir por cualquier dato o detalle. De un compartimiento a otro se le abrían las puertas. Se le proporcionaban libros de historia, novelas, manuales de composición, diccionarios, colecciones de revistas nacionales y extranjeras, artículos sueltos, copias mimeografiadas de conferencias, un manual de retórica y poética. Al pasar a la sección de procesamiento técnico ubicada

en una sala menor que en el pasado albergó tal vez una sacristía, hacía el pedido de fotocopias, microfilms, mientras que en la sala de lectura se ponía al día en los últimos estudios sobre ciencias de la comunicación, estilística y análisis de contenido. La imagen del profesor Ocaranza emergió de uno de los catálogos iconográficos: apuntes de dibujantes que lo delineaban sentado en la mesa de un café, fotografías de manifestantes en la calle, de mítines en los que como espectador participaba el viejo periodista: su cara aparecía dentro de un círculo de tinta blanca, con anotaciones al reverso de la foto, en lápiz rojo y azul. No se puntualizaba su peligrosidad, sólo su calidad de sospechoso en grado de tentativa. Se le veía también al frente de una concurrida conferencia en la Universidad y bajo las siglas AO integrando una novena de béisbol cuando aún no cumplía los veinte años en un pueblo minero de la sierra. Entre el rostro cincuentón del hombre maduro y la lisa cara del joven beisbolista, Bruno pudo imaginar al Álvaro Ocaranza de treinta y tantos años que había conocido de manera efímera en una época como maestro y luego, en el proyecto fallido de una revista, como compañero de trabajo. Calculaba que el profesor, por su edad y por los destellos de una memoria presenil, recordaría mejor los incidentes de su más temprana infancia y no los acontecimientos o a las personas de ayer o de quince o veinte días atrás. El Bruno Medina con quien se permitió algunas confidencias, en los breves paseos de la oficina a la parada de los autobuses, se había desvanecido en el pasado.

Al hacer la clasificación del material que más despertaba su interés, Bruno leyó a saltos algunos párrafos en los que se aludía a una cierta tendencia a la introversión, al alcoholismo. Se caracterizaba a Ocaranza como a alguien obsesionado con las causas perdidas, las cosas sin remedio, los paisajes pútridos y la acumulación de todos los detritos. No se advertía que las adjetivaciones podrían ser meras apreciaciones subjetivas de los delatores, hipótesis de trabajo de los espías puestas al capricho para obviar, en caso de ratificaciones verbales, circunloquios descriptivos. Musarañas. ¿Qué eran musarañas? ¿Por qué esa palabra suelta, anotada al margen? Bruno apuntó también la palabra *anedonia* y la explicación subsiguiente: incapacidad de experimentar el goce. ¿O debe escribirse *anhedonia*? La idea opuesta al concepto de hedonismo la extrajo de unas anotaciones borroneadas en las últimas páginas en blanco de una libreta y al pie, en letra manuscrita del profesor Ocaranza: sólo he estado enamorado dos o tres veces en mi vida, me casé dos o tres veces, pero nunca con la mujer de la cual estaba enamorado.

III

El anonimato del libro le permitiría expresarse con más desinhibición y libertad que de costumbre. Era la forma perfecta de ocultarse y emitir sin temores sus opiniones y sus condenas. Lo único que temía era que al trasponer los hechos inferidos de las declaraciones que salían de los expedientes de pronto se banalizaran si los fraseaba de manera muy correcta, si ordenaba todo el material respetando las reglas de la más elemental y convencional puntuación, sin repetir las mismas palabras. Se hizo de un diccionario de sinónimos, contrarios, acepciones, voces técnicas y especializadas, americanismos de la lengua española; acudió a una enciclopedia «ideológica» del idioma, que luego resultó ser efectivamente *ideológica*, y su único afán entonces fue no pensar en los posibles lectores, o por lo menos no en un lector particular, concreto, suspicaz, un ser vivo identificado y sardónico. Al fin y al cabo, de esa manera, al protegerse bajo el anonimato, eludiría la burla, el sarcasmo, la mala leche con la que lo mirarían halagándolo en el caso de confesarse autor de la obra. Sin embargo, abrigaba el temor de que alguien lo identificara, y por ello utilizaba palabras y estructuras propias del castellano peninsular o conosureño para así despistar a los posibles estilistas o lingüistas metidos a detectives de la letra que intentaran descifrar, por el ritmo de sus frases, por la respiración de sus párrafos, por el tamaño de sus diálogos y su organización con guiones y comillas, el texto del probable pergeñador del mamotreto. Pero lo hacía por dinero, eso estaba claro. De la misma manera hubiera aceptado escribir otro infundio de otra tendencia contra otros enemigos de otro signo y color, al fin y al cabo —pensaba, creía estar convencido— a él la política le interesaba muy poco. Lo que sí le fascinaba, y no tenía empacho en admitirlo, era su incurable grafomanía, su inevitable tendencia a poner por escrito cuanta palabra le pasaba por la cabeza; ya cortaría después, ya amputaría páginas y párrafos por entero si de algún modo se extraviaban en una oscuridad no intencional.

Las copias de los expedientes estaban semiborradas, el carbón de las letras se gastaba y, como no era de trascendencia la precisión, tenía libre el camino para improvisar, inventar cambios en los acontecimientos, añadir matices a los hechos que en los partes policiales se daban por reales. Y no sólo se encontraba en condiciones de hacerlo; era ésa su labor, para eso específicamente había sido contratado: uniformar el estilo, ser la emoción de un único hombre que llevara la voz narradora. De eso se trataba, de construir al personaje anónimo que daba cuenta de los sucesos, no sin tomar por supuesto las precauciones debidas para desorientar al más escéptico y malicioso de los lectores. El libro ajeno era lo ideal. Alguna vez soñó con abandonar toda actividad alimenticia y burocrática para dedicarse a escribir, para ofrecerse bajo contrato como escritor fantasma de algún poderoso o de alguna actriz con desahogos interesantes. Era la única forma de estar en lo suyo, de vaciarse, de verter por escrito el primer vómito hasta lograr colocar en la caja de zapatos en que iba acomodando las cuartillas una masa de datos e invenciones dispersas que más tarde podría resolver y remodelar. El libro ajeno era lo ideal. Tenía que poner en la mesa un material informe, como la plastilina o el barro de los escultores, antes de disponerse a concebir y realizar el proyecto: «De la nada no se crea nada», pensó. El libro subrogado, como plan, como aventura, era perfecto. Saberse el verdadero autor de la gloria o el fracaso de quien caía en sus manos, sentirse también el creador del fingido cronista que tras el seudónimo asumía una nueva existencia, habitar el alma de quien —así fuera tras el significado social de un nombre falso— daba la cara, lo invadían de un gozo incontenible e incommunicable al interpretar a la eminencia gris satisfecha de que sus acciones de alguna manera alteraran, si no es que cambiaran, las cosas del mundo. Su profundo placer competía con la gratificación íntima y solitaria y obsesiva del espía: la mano desconocida que lanzaba la piedra, el dedo en la oscuridad distante que apretaba el gatillo, el ojo detrás de los binoculares o la mira telescópica que penetraba las ventanas encendidas de los edificios o que se aproximaba a los muslos de las parejas recostadas en los parques. Así procedería, como una fuerza inatrapable y omnipresente, con la dulce irresponsabilidad infantil de quien se sabe invisible y maléfico, devastador, un diablo, un dios, un hombre de Estado.

De las carpetas que contenían informes psiquiátricos y de los documentos extraídos de ciertos juzgados penales debía poner por un lado los párrafos en los que se asentaba que las pruebas psicológicas eran meras hipótesis de trabajo o se establecía que las declaraciones habían sido arrancadas por la fuerza. Su obligación consistía en constreñirse a la anécdota y en dar a la narración un determinado calor humano. Si alguna vez se quejó del saqueo, de la usurpación que tal vez toda escritura comporta, si en algún momento de su adolescencia sintió una grave sensación de pecado al imitar los modos de hablar de su hermano cuando escribía una simple carta a su abuela, ésta era la ocasión perfecta para consumir sin culpa algo que de pecaminoso poco a poco fue convirtiéndose en un juego solitario. A sí mismo

se bastaba, creía. En él mismo, específicamente en su cuerpo, residía la otra mujer que su pecho significaba; de sí mismo emanaba la fuente de toda satisfacción. No necesitaba a nadie en el mundo. Podía reírse a carcajadas de cualquier traición, de cualquier gesto femenino que lo menoscabara o humillara. Para eso se tenía a sí mismo, para regodearse en su propia, enloquecedora, noción de sí. Se había vuelto, era cierto, ni modo, un agente de la escritura secreta, un halcón de la literatura. Era su coraza. De esa manera se sabía protegido, por su propio talento y desde arriba, invulnerable, porque así era, cómo dudarlo, un creador invisible, omnipotente, divino, situado en todas partes y en ninguna.

Intentar rastrear el destino último de Bruno Medina es un propósito ocioso. Todos preferimos ignorar su paradero. Por lo demás, siempre se evadía. De la misma manera en que se presentaba todas las tardes en el café, instalándose hasta la medianoche en una de las mesas y hablando sin cesar y abrumándonos («Ya empezó a delirar el Bobo Excitado», decía uno de nosotros), de esa misma forma se ausentaba sin explicación de por medio, sin pretender hacerse el interesante o el enigmático; simplemente desaparecía... sin configurar con ello, por cierto, la noción de *persona desaparecida* con que suelen arrancar algunas ficciones criminales. Algunas veces dejábamos de verlo seis, ocho meses, más de un año, y de pronto allí estaba de nuevo: su peinado a la cepillo, su desteñida chamarra verde olivo, sus ojos vivarachos, sus repentinas caídas en blanco a la mitad de una conversación que aparentemente le entusiasmaba, sus inesperados silencios que tras la mirada eran como el hueco en que se hundía y se entregaba al vacío, a su desgarrada parálisis mental, a su furia contenida.

—¿Han visto al profesor Ocaranza? —preguntaba.

—No, hace ya mucho tiempo que no viene por aquí.

Atribuíamos su obcecada búsqueda del profesor a cualquier causa, a alguna necesidad sin importancia para nosotros. El día en que por enésima vez, desesperado y con algo de sudor en la frente, inquirió nuevamente por el profesor Ocaranza, se vio en la situación de explicar (sin muchas ganas, un tanto indiferente y eludiendo los detalles) que una semana atrás creyó haberlo visto en uno de los coches que seguían la carroza de un cortejo fúnebre.

—Alguien ha de haber muerto, alguien a quien yo conocía —nos dijo Bruno—. Quise adelantarme para ver al profesor y hacer que me reconociera, pero mantenía siempre la vista hacia enfrente, fija, sin alcanzar a oír mis gritos. Avanzaba en el cortejo, de perfil, como si también él se uniera en cadena, dentro de aquel ataúd metálico que era su auto, a la procesión que enfilaba hacia el cementerio. Volví a mi casa esa tarde, revisé cuadernos y viejas y desgastadas agendas con el fin de localizar una de sus antiguas direcciones, algún número de teléfono, el domicilio de algunos de los empleos que iba teniendo y abandonando consistentemente, pero en ninguna parte

supieron darme noticias del profesor. Carajo, me dije, tal vez murió alguien a quien yo conocía.

Así lo dijo, más o menos con esas palabras, en un tono menos coherente y con más pausas que las que recordamos.

—A lo mejor se trataba de la Quebrantahuesos —bromeó uno de nosotros, inoportuno y tonto. Nadie se atrevió a apoyarlo en su burla. Ensimismado, Bruno nos contemplaba sin rencor. En nada le hubiera extrañado que alguno de nosotros hiciera bromas sobre un inválido que en esos momentos atravesara la calle. «No tienen conciencia del mal», decía, o por lo menos alguno de nosotros le atribuía esa idea como una frase que le pasara por la cabeza... pero de seguro su imaginación ya se encontraba a miles de kilómetros de distancia, en las altas montañas del Ecuador o del Perú, contemplando cómo revoloteaba aquella Quebrantahuesos de la estúpida broma de uno de nosotros: el siniestro animal que (el mismo Bruno nos lo había contado) sólo tenía del cóndor el tamaño y que recogía un cordero del rebaño, lo agarraba alzándolo en su vuelo, se remontaba a las alturas del vértigo y desde allá arriba lo dejaba caer contra los peñascos y las rocas y los desfiladeros donde lo acababa de devorar succionándole la sangre y picoteándole los astillados huesos que por todas partes en el cuerpo del cordero componían una masa informe, grasosa y cálida, las carnes reventadas, las vísceras a flor de piel. En aquellos accidentados y aéreos parajes muy probablemente vagaba la mente de Bruno cuando poco a poco las mesas del café se fueron quedando vacías; tomó la revista que llevaba enrollada entre las manos y se alejó. Debajo de las valencianas le caían sobre las botas, de doble tacón y suelas dobles, las puntas roídas de un pantalón pijama de franela.

No lo volvimos a ver en muchos años.

IV

Era una radiante mañana estival. El pequeño jet de franjas anaranjadas y plateadas coleó en el aeropuerto de Tijuana produciendo un estruendo ensordecedor. Bruno Medina, el pelo como de puerco espín, las antiparras negras que oponía al sol aquella húmeda y pegajosa mañana del verano, descendió la escalerilla del avión como el luchador que baja triunfante del ring y se apodera magnéticamente de la multitud. Pero ese supuesto imán, ese carisma irresistible era una sensación que sólo él experimentaba. El resto de los pasajeros se confundía en los dispersos grupos de personas que daban la bienvenida a sus familiares o amigos y por lo visto nadie reparaba en aquel hombre de camisa deportiva y paso seguro. Él sí, él sí se contemplaba a sí mismo imaginando un punto de vista desde todos los ángulos del edificio y desde el inclinado reflejo de los altos ventanales que configuraban la arquitectura de la terminal. Había llegado para conquistar la ciudad. Pero antes de asumir el poder, pensó, uno debe responderse la siguiente pregunta: ¿soy capaz de matar?

Y, efectivamente, conforme se arrellanaba en el asiento posterior del taxi que se deslizaba por la colina y dejando tras de sí la meseta donde se asentaba el aeropuerto, pensó en la fatalidad a que lo condenaba esa absoluta posibilidad de energía y de poder. Fantaseaba con el valor acumulativo que significaban sus pasadas actividades en el sur; poco a poco tomaba más forma la convicción de que los servicios prestados a otros de alguna manera constituían una inversión muy recuperable a largo plazo, en suma, una capacidad aniquiladora, como la varita mágica de la política que había que saber utilizar en el momento y el lugar precisos, dosificadamente. Se veía a sí mismo como inmerso en un remoto escenario cinematográfico en blanco y negro, encarnando a un personaje digno de las mejores novelas de espionaje en Europa o en un lejano país asiático. Su fuerza era inconmensurable, pero tenía el límite incorregible de confinarse en esa ciudad y de no poder dar marcha atrás sin arriesgar

de modo definitivo y para siempre su libertad. El arma única que llevaba era su máquina de escribir portátil. Sentía las teclas en las yemas de los dedos con la honda esperanza de que él mismo, y sólo él en lo más íntimo de su ser y de su imaginación, se abriría seguro camino. Le harían falta después, ya lo había previsto, un par de tijeras y una cámara fotográfica, lo demás vendría por añadidura, relaciones, contactos, oportunidades. De nadie era la tierra tijuanaense. Allí se iba para hacer fortuna y luego largarse.

La topografía y los elementos que conformaban el panorama de la ciudad habían cambiado con los años. Tijuana ya no tenía la apariencia de una ranchería y unas cuantas calles trazadas al azar, como pueblo de paso de las caravanas. El pasado no había sido sepultado sino desvencijado. Las banquetas de madera, las altas fachadas de mampostería que ahora sólo se evocaban en películas de vaqueros, el poste encajado al centro de dos avenidas y sosteniendo dos faroles a lo alto, eran material de los sueños, tarjetas postales deslavadas en los armarios de los abuelos, imágenes de un pueblo fantasma aniquilado por el sol y la bestialidad comercial. Fierros retorcidos sobresalían de los expendios de partes usadas de automóviles, deshuesaderos que involuntariamente se erigían como estatuas monstruosas de chatarra, esculturas en homenaje de los años a la sociedad del desperdicio. Escombros, viejos edificios carcomidos y rayados con leyendas tricolores de una reciente campaña electoral que aún babeaba sus sentencias burlonas y macabras, muros arruinados en contraste evidente con nuevas edificaciones levantadas a medias, iban proporcionando los indicios más groseros de lo que habría de ser su último refugio. Bruno comparaba las imágenes de un libro en el que se dibujaban caballerizas, carretas, pequeños Ford modelo T, camiones acondicionados para pasajeros, un aeródromo de grava, dos monoplanos blancos, y unas casas sobre ruedas que eran remolcadas por más de treinta caballos, con el cuadro urbano y la escenografía híbrida de la ciudad en movimiento. No había recorrido aún del todo la cuesta desde la que pudo ir descubriendo todo el valle, cuando nuevas colinas cubrían su visión o le regalaban otro punto de vista. Así, percibió a los lados un grupo de casas empotradas en hileras de llantas de automóvil que junto con toneladas de cascajo corregían el declive y constituían su asiento. Y vio entonces, apenas traspuesta esa parte de las afueras, el gran dique de la presa seca, con pasto en el fondo y algunas charcas, el gigantesco paredón-puente que a cada extremo tenía una garita con un centinela. Lo que vieron sus ojos posteriormente fue una sucesión monótona de anuncios publicitarios, tiendas, polvo en las banquetas y en los coches, vendedores ambulantes, y de pronto las letras JAI ALAI que coronaban un elefante blanco consagrado al frontón.

En el vestíbulo del hotel Serena un agente de la policía lo enfrentó mostrándole una copia, evidentemente falsificada, de su pasaporte: una mica transparente y cuadriculada. En seguida, sin contestar, Bruno sacó del bolsillo su cartera y constató que allí seguía, cierto que a medio salir, su mica de pasaporte, la única original.

Luego entonces no la había perdido. La copia que el agente quería hacer pasar por buena y genuina contenía una fotografía un poco amplificadas cuyos granos se hacían evidentes por medio de una pantalla superpuesta. Ah, pero atrás de su mica de identidad sobresalía el dibujo de una mujer en pantimedias, semidesnuda, con zapatos de correas y los dedos de los pies descubiertos con las uñas pintadas de rojo. Quiso corroborar el duplicado y volvió al reverso la mica de su cartera: en ella aparecía una foto de sí mismo vestido de militar, en la cabeza una gorra cuartelera con un botón tricolor sobre dos barras de teniente blancas, de tres cuartos de perfil, una cara inédita, cuyos rasgos nunca había visto antes: un individuo desconocido en imagen y persona. Su perplejidad chocó con la risa burlona del agente, que abandonó el lugar sin dar explicaciones. Toda la noche Bruno repasó el incidente en la memoria, con los ojos fijos en la parte del techo iluminada por el diluido reflejo que la luz de la calle enviaba por la ventana. Y se quedó dormido.

Había vuelto, pues, al escenario del crimen que no sabía cuándo había cometido. Se preguntaba si todo había sido en vano, si seguía perteneciendo a aquel mundo pretérito hacia el cual siempre había concentrado su interés. El escape, el deseo de cambio, el abandono de todo vínculo en el sur del país, habían coincidido, y él dejaba que así fuera, con ciertas consecuencias del azar, pero nunca estuvo entre sus cálculos que la ciudad acometida una vez más en los últimos quince o veinte años reprodujera —por ausencia, por extrañeza, por su valor contrario— las mismas entretelas de las que venía huyendo y que no eran, desventuradamente, las de su pasado más inmediato y determinante, sino otras suscitadas muchísimos años atrás. Nada en la actualidad lo estimulaba, lo excitaba tanto como aquel mundo olvidado y ya no vivido por nadie. Sin embargo, en el momento en que se imbricaba con lo que él mismo había construido se producía una especie de cortocircuito que lo colocaba en una posición neutralizada, que le consumía una energía incosteable y, sí, tal vez irrecuperable, en un tramposo equilibrio como el de los planetas en el universo, en una suerte de coexistencia provisional consigo mismo que no era sino esterilidad, desperdicio del tiempo y de la vida, apatía, desaliento, dificultad para hablar o imposibilidad, indiferencia. Se dividió en dos partes su vida, la que estaba aquí y ahora, y aquella que lo retrotraía sin saber por qué, y en cuanto se esforzaba por descubrir qué era lo que le hacía alimentar el pasado, o propiciar sus sueños de una manera morbosa, o remitirse a aquella ciudad maldita —el escenario del crimen, en efecto— se quedaba embrutecido, sin poder dar marcha atrás ni adelante.

Me permito hacer del superior conocimiento de usted que la noche última de los corrientes, por instrucciones recibidas, me aposenté detrás de un corralón en las inmediaciones del Cañón del Matadero, y por ello le comunico a usted que la tierra estaba un poco suelta y mojada, en peligro de derrumbe y que, en efecto, los pilotes que sostenían las casuchas de los paracaidistas no bastaban a soportarla, por lo que

los invasores tuvieron que abandonar la localidad. Los rijosos fueron acompañados por un individuo de apellido Ocaranza cuyo nombre completo no pude por el momento comprobar o mejor dicho investigar, pues aunque es muy conocido de los habitantes de esa colonia, no me lo quisieron decir. Y además, con esta fecha, di cumplimiento a la orden de investigación encomendada respecto a la celebración de esa supuesta reunión entre los colonos, uno de los cuales luego dijo que el profesor (como así le dicen) andaba por allí sólo en calidad de reportero y no de líder, cosa que confirmó una señora que es dueña de una pequeña tienda de abarrotes.

Lo que me permito informar a usted para lo que tenga a bien determinar.

Hago también del superior conocimiento de usted que, cumpliendo la comisión que se me encargó por escrito, he establecido vigilancia en la entrada de las oficinas del periódico *El País* y que en toda la noche del martes catorce y el miércoles quince por la mañana no salió ni entró ningún individuo de los talleres, por lo que es mi personal deducción que no se laboró esa noche en la impresión de ningún material subversivo o no. Que de pronto se apagó una luz al amanecer, en cuanto clareaba el día, pero como le digo seguramente fue una coincidencia que se fundiera un foco a esas horas, ya que en ningún momento durante toda la noche y la madrugada dormité o descuidé mi puesto y además en toda la mañana que siguió a partir del momento en que se apagó él foco no entró ni salió nadie del edificio, eso me consta.

Más tarde me apersoné, incluso sin haber dormido, en las calles por donde iba a atravesar la manifestación y debo informar a usted que el susodicho profesor Ocaranza de repente se retiró de la columna manifestante a la que venía siguiendo yo desde la torre de Agua Caliente, pues, como ha quedado demostrado, los estudiantes allí aposentados siguen apoderados de las oficinas e instalaciones del Club Campestre, y junto a él un grupo de escandalosos gritaba que había que ir hasta la línea internacional a protestar contra los policías norteamericanos y las autoridades de allá del otro lado por introducirse con tanta frecuencia en el país, en este país, como si fuera su propia casa, aunque después a todos les quitaran sus pasaportes.

Aquí incluyo también la versión de mi colega, el que por lo común me hace pareja, y en efecto mi compañero afirma que de pronto se retiró de la columna manifestante pues el llamado profesor Ocaranza ya había desaparecido entre la multitud y que tiene conocimiento desde luego que como ciudadano no tenía nada que hacer allí ese individuo, pues ni siquiera era estudiante, y dice también que él redactó en lo personal por haberlo informado así el informe que se refiere a ÁLVARO OCARANZA LÓPEZ, es decir que todas las manifestaciones están permitidas por la ley, y que él solo redactó en una máquina de escribir Smith Corona sin acento (por ser de fabricación norteamericana la máquina) lo que se refiere a la parte de LAUCA WOLPERT GARCÍA, alias la Quebrantahuesos, muy conocida en los medios estudiantiles y de teatro, lo cual obra a fojas noventa y cuatro, cuatrocientos diez y letra B, vuelta de este expediente. Que tuvo conocimiento mi colega que después de ese incidente la mujer de apellido Wolpert García se reunió con varios individuos entre los que se

encontraba el conocido como profesor Ocaranza. Que el motivo de dicha reunión era para ver y discutir las condiciones en que se reanudarían las sesiones en los diferentes clubes de la ciudad y la discusión sobre los hospitales psiquiátricos que no había, y entre los que presidían el plebiscito reconoció a uno de los editorialistas del periódico *El País*, a quien ya había visto y oído en ocasiones anteriores externar acalorados discursos en contra del gobierno y sobre la forma de crear el caos durante las funciones de fin de semana del circo, y que primeramente tomó la palabra una estudiante de filosofía, flaca, morena y de pelo chino, y que andaba rodeada de varios jovencitos y que según sabe responde al nombre de LAUCA WOLPERT GARCÍA, quien dijo que ya era hora de que los verdaderos hijos del pueblo y que eran los allí reunidos le rompieran la madre a los miembros de la misma pandilla de cabrones que en estos momentos estaba gobernando y que sólo se intercambiaban oficinas cada seis años, pero era la misma gata revolcada, y que asimismo manifestó que no deberían doblarse, sino todo lo contrario, es decir, continuar en la lucha y no atenerse a la actitud pasiva que hasta la fecha habían venido demostrando. Lo que comunico a usted para lo que a bien se digne determinar.

Junto a estos datos adjunto para usted además un informe en el que se asientan los pormenores de una detención que en su trayectoria delictiva tiene el mejor conocido como profesor Ocaranza. Allí se da cuenta de que el remitente es periodista, y no dueño de la empresa *El País*, y de que fue cesado antes de que presentara su renuncia, sin derecho a jubilación.

Finalmente, fe de estado físico.

En la misma fecha que antecede, el personal de actuaciones da fe: de tener a la vista al que no ebrio dijo llamarse ÁLVARO OCARANZA LÓPEZ, quien no presenta huellas de lesiones recientes y tiene el pelo cortado a rape, pues estuvo en la enfermería, salvo una leve magulladura en el antebrazo izquierdo, y una cicatriz de antiguo en el lóbulo de la oreja derecha.

V

—Usted que me conoce sabe —había dicho el profesor Ocaranza— que yo nunca he sido, ni soy, ni seré jamás alguien capaz de traicionar a nadie. Usted lo sabe. Me pueden venir con la peor de las insidias, con la peor y más ruin de las calumnias, me pueden tachar de espía incluso, pero nadie, absolutamente nadie, me puede decir en mi cara que alguna vez he sido desleal. Por eso me duele, y se lo digo aquí entre usted y yo.

—No debería usted hablar de esas cosas, profesor —dijo Bruno—. ¿Por qué le da tanta importancia? Yo, mire usted cómo son las cosas... en mi propia casa, con la Quebranta, me he portado como un espía. Teníamos a la policía en casa y yo era el que la encarnaba; de una manera subrepticia, tramposa, revisaba sus libros, la seguía, la miraba por encima de los aros de los anteojos, sin que se diera cuenta, le tendía preguntas que no eran sino redes o trampas de ratas o cepos que le cortarían la lengua mentirosa. No nos demos palmaditas en el hombro, profe, usted que me conoce también lo sabe: todos andamos entre la abyección y el fracaso.

—No, lo que ocurre es que habla usted como un triunfador, mi querido Bruno.

Los ojos del profesor se hundían, su mirada se ausentaba. Tenía la joroba propia de los viejos periodistas y todavía el mentón rectangular de sus años juveniles y atléticos.

—No sé... —decía Bruno, en tono deprimido.

—Mire usted, le voy a explicar —añadía Ocaranza, caminando y deteniéndose—. Cuando uno llega a cierta edad... No, no es eso lo que quería decirle... No, nunca quedó claro si me cesaron o si aceptaron mi renuncia...

—Tal vez debería fumar menos.

—Se me quitó de encima con el pretexto de que según ellos mi mala conducta se traducía en perjuicio de la cooperativa... Claro que yo no era ni soy un modelo de conducta ejemplar, pero estas cosas de la virtud difícilmente podían juzgarlas el

director y sus allegados. En la asamblea llegué a ofrecer datos muy completos sobre la forma en que se comportaban mis acusadores, en el trabajo de todos los días, aparte de que a todo el mundo le consta que yo solo dirigí la confección del periódico muchas noches porque mis fiscales andaban entregados a la virtud o, digamos, las veces en que el periódico salió rayando el sol...

—Yo, mire usted cómo son las cosas, ya no quería seguirme muriendo de hambre...

—Eso es lo que nunca han tenido, hambre. No se les puede creer nunca si dicen que luchan por esto o por lo otro, no vale nada lo que dicen si no han tenido la experiencia del hambre.

—Bueno, pero no es necesario matar para saber que uno se destruye si lo hace, no es necesario comer caca para saber que es mala ni es necesario comérsela todos los días...

—Pero en el caso del hambre es distinto. Sí hay que haberla padecido, si no, no se entiende nada. Hay que saber cuándo empieza a doler el esternón.

—¿Pero cuál hambre, profe? A usted lo que le duele es el pecho por fumar tanto.

—Eso depende de las horas que duerma. Yo, si duermo pocas horas, si me desvelo, entonces fumo mucho, dos cajetillas por lo menos. Pero si duermo nueve, diez horas, rechazo el tabaco, mi cuerpo no lo acepta, me da náuseas si fumo, me da taquicardia. Debe ser porque, como dicen por ahí, el humo es vasoconstrictor. Cuando estoy nervioso lo último que hago es fumar un cigarro, me pongo peor, me deprimó. En Alemania hicieron una vez un experimento con deprimidos crónicos y con gente más o menos estable en el aspecto emocional. Juntaron a unas diez personas en la sala de espera de un hospital y les impidieron el sueño, no los dejaron dormir en toda una noche. A la mañana siguiente los cinco depresivos crónicos se sintieron muy bien, les vino como un segundo aire, y aquellos que eran muy tranquilos, muy estables, se sintieron terriblemente mal, todos desvelados y desfasados en el habla, sí, no daban golpe en todo el día. En cambio, los deprimidos como que se animaban.

—Yo no creo que sea cosa de todos los días, la bilis negra.

—Uno nunca sabe, realmente...

Renuncia o cese, no fueron las causas aparentes, como mis faltas, mis irreverencias, las que provocaron el rompimiento con el periódico. Mis faltas, según ellos, carajo, les tuve que decir que en todo caso las que cometí fueron en compañía de alguno de los *jefes*, como les decía el director... insólita denominación en el lenguaje cooperativo, ¿no? Eso de los jefes hace pensar más bien en una hermandad criminal, en una mafia. Así más o menos se estuvieron poniendo las cosas y luego ya para todos era muy evidente el tipo de relaciones que se empezaban a establecer entre estos jefes y los de más arriba. Esto viene de arriba abajo, nos decían. Y a callarse. Ya

estaba harto. Muy liberales, muy liberales, pero a la hora de la hora nos salían con que no hay que ser tan desorientadores, tan provocadores, ese artículo no va, no se justifica por ahora esta nota o aquella situación, sería comprar un pleito ajeno, qué va, perro no come carne de perro. Además, digo, si nuestra degradación material llegaba a extremos impensables a treinta años del siglo XXI, pues era una condición que tenía su correspondencia con el envilecimiento moral de los jefes y con los cuadros medios que aspiraban a remplazarlos. Siempre había sido una cloaca la cooperativa, no sé por qué tenía que dejar de serlo. ¿Qué se ganaba? Era una perfecta componenda: qué honor que fulano funcionario viniera a la fiesta de aniversario, qué privilegio que allí en el banquete estuvieran los dueños de la televisión, qué distinción para todos el que convivieran en la misma mesa quienes en las páginas del periódico aparecían como enemigos. ¿Y la publicidad oficial, qué? ¿Y los desplegados que nunca estaban dirigidos al público? ¿Y los informes de los gobernadores en las secciones finales? ¿Los apoyos a plana entera, los juramentos, los compromisos? ¿Cuál pluralidad? No se estaba con Dios ni con el diablo. Se estaba con todos. Así era muy fácil no comprometerse con nadie y, claro, aquí sus negros trabajando. Nunca dejé de ser una tecla de la máquina de escribir de mi jefe. Sólo él existía. La anulación personal a la que nos sometíamos abarcaba todos los campos: el profesional (aunque ni por sueldo ni por *status* éramos profesionales), el intelectual, el ideológico e incluso el sentimental. Era patético el caso del señor Pastrana: en un momento dado estaba tratando con un subordinado de la manera más cordial, sin quejarse para nada sobre la calidad de su trabajo o su orientación, y luego de un breve telefonazo se le transformaba el rostro para enfrentar a su amistoso interlocutor como al enemigo más feroz. Lo bochornoso era el trato con el «secretario» o con el «subdirector técnico» que tenía el cinismo de cuestionar la justeza o la inteligencia del propietario aparente del periódico, pero allí mismo se erigía en el más implacable ejecutor de sus órdenes y en el más cumplido denunciante de la menor queja del trabajador. No tenían claridad para percibir que la resistencia de los empleados, pues no éramos otra cosa, se dirigía contra ese pobrediablismo elevado al rango de ejemplaridad, ese apocamiento programado en el que el cumplimiento de órdenes ciegas provenía de la relación laboral más irracional: la que parte de la jerarquización juramentada, nunca discutida. Había cacicazgos aquí y allá para mantener el equilibrio, decían, de la cooperativa, tiranuelos que adoptaban las formas más groseras en los talleres: algún jefe que manejaba permisos y suspensiones y «horas extras» a cambio de regalos, y otros que se repartían los turnos de los ausentes. A raíz de mi caso personal todo aquel aparato administrativo alcanzó su extremo de paroxismo al salir de su rutinaria, burocrática, chata actividad, y lanzarse a la cruzada para conseguir firmas en contra del socio tal, es decir: yo, por considerársele un elemento de vida desordenada que, decían, socavaba el ideal cooperativo y obedecía consignas foráneas. Se llamó a los reporteros uno por uno para convencerlos de que debían suscribir la acusación, mientras en el aire flotaba la amenaza contra la titularidad de sus productivas fuentes

de información... o la promesa de otorgarlas. Desde la Ballena, el secretario hizo lo mismo y en los talleres la especulación tácita era con los «turnos», los permisos o la siempre presente posibilidad de la pérdida del empleo, aunque se le llamara «exclusión». Esta presión sólo tuvo el efecto de desnudar a sus autores y de humillar a quienes no estaban de acuerdo... una denuncia sin cargos concretos, sin la más elemental adecuación de mi conducta a alguna de las causas de exclusión previstas en la ley, firmada en unos casos sin leerla, con la pasividad de un condenado a la abyección eterna. Ya no fue necesario invocar una vez más el socavado ideal cooperativo, y el gastado recurso de meter en el mismo saco al que manifiesta cualquier desacuerdo junto con los infiltrados del exterior, de la CIA, el Opus Dei, los estudiantes, los Panteras Negras, de la liga 23 de Septiembre, era desde luego muy poco original y en ese caso grotesco si nos hubiéramos detenido un poco para ver que el único que llevaba al periódico las consignas, los moldes y hasta los procedimientos de su conocido grupo político, oficial, externo, era el propio director del periódico. No les gustó, claro, que les dijera así las cosas, pero ya no había naves qué quemar. Por ello el «juicio» al que se me sometió no tenía más finalidad que echar una cortina de humo sobre ese río revuelto administrativo que hacía posible, aparte de las otras aberraciones, condiciones en las que el trabajador desarrollaba dos o tres jornadas que le pagaban en cuentas separadas para eludir el pago de horas extras, aparte de que no existía ni el más raquítico mecanismo de expresión y mucho menos de demanda de mejoras materiales, por lo menos higiénicas y sanitarias, por cierto lamentables. Inseguros en sus puestos, envilecidos por la necesidad al grado de que entre ellos mismos se disputaban un presupuesto precario, en lugar de unirse, se prestaron a dar un voto contra el que les quiso dar a conocer sus atribuciones. No los culpo. Fue una humillación más. Y los reporteros, que no tenían nada de profesionales y sí de trabajadores de la prensa, quedaron obligados a soportar la misma degradación a cambio de otra, muy productiva materialmente: la de completar su presupuesto doméstico en las oficinas de prensa y en las giras de algún funcionario.

VI

Cada una de las cuartillas que Bruno iba llenando tenía treinta líneas exactas de sesenta y cuatro golpes de tecla. La primera frase empezaba precisamente en la esquina superior izquierda de la página y la última remataba con un punto justamente en cuanto encontraba el final de la hoja en la parte inferior derecha del papel. Así, había dado a la luz cerca de trescientas cuartillas que a simple vista, por su mera apariencia tipográfica, eran intercambiables. Ponía por escrito cuanta idea le pasaba por la cabeza e incluso, por supuesto, la descripción del mismo acto de estar escribiéndola.

Antes de entrar en materia, tomando como base los partes policiales, las solicitudes de pasaporte, el informe psiquiátrico, las actas de una enfermería, las declaraciones judiciales, Bruno decidió encajar a como diera lugar en el relato una historia que mostrara verosímilmente los antecedentes biográficos del profesor Ocaranza. Lo hizo así proceder de un pueblo ubicado en la sierra, no muy lejos de la frontera de Arizona, hundido en el fondo de un pequeño valle profundo y seco cuya parte más baja y plana se resolvía hacia el noroeste en un desierto rojizo y amarillento. Una secuela de hechos turbios y jamás dilucidados servirían a Bruno como material descriptivo e introductorio del personaje.

Los padres de Álvaro Ocaranza, supuestamente, habían incursionado en las inmediaciones del pueblo en busca de minerales, pero en el largo camino del desierto fueron atacados por una especie extraña de osos oscuros, rechonchos. Médico militar de un ejército cuya nacionalidad nunca se puso en claro, hombre incapaz de soportar la derrota en tierra propia, el padre de Álvaro Ocaranza emprendió su voluntaria travesía de exiliado hacia el oeste o hacia el oro de California, pero le fallaron los rudimentarios mapas de aquella época y debió de extraviarse en algún paraje cercano a la línea fronteriza apenas trazada y siguió una brecha errónea que una brújula loca y sin rumbo le había señalado. No se había percatado aún de su extravío cuando al

intentar defenderse de los osos una carabina le estalló en sus manos de militar experto y la varilla con pólvora le perforó un pulmón. Fueron más de quince días de agonía, el infierno, y la aridez del desierto ajeno, y en las altas montañas moradas y parduscas la visión última, y la convicción serena, de que al menos moría en el anonimato, fuera y lejos de los campos de batalla donde la victoria no pudo ser suya. Concluía para el padre de Álvaro una campaña más íntima y obstinada que nunca, llena de esperanza, hacia la libertad eterna, sin saber que con su muerte en cierto modo apetecible fijaba los precedentes condenatorios de la vida futura de su hijo póstumo: el estigma inextirpable de hacerlo para siempre, debido a la pérdida de todos los documentos familiares, bastardo y probablemente extranjero.

De esta ambigüedad originaria, de esta condición indocumentada, se valía Bruno para manufacturar la injuria encomendada. Y como otros datos familiares y otras relaciones de parentesco procedían de una carta inconclusa, y se caía por tanto en una laguna, en un espacio en blanco para el cual no existían anécdotas que pudieran hilar el cuento e ilustrar las etapas de infancia y adolescencia de Álvaro Ocaranza, Bruno optó por escribir entonces (ya lo eliminaría después si el añadido no resultaba coherente) que el joven Ocaranza sobrevivió con felicidad al embarazo de su madre viuda y que desde la época de la Colorado River Land Company fue visto en el pueblo sin rechazo como el hijo primogénito de una buena mujer y de padre desconocido, improbable marido legítimo de su madre y tal vez de origen no mexicano. Pero no, no podía ser cierto; allí se debilitaba el infundio y, lo más grave, se evidenciaba la contradicción: ¿cómo podía ser hijo de escocés y apellidarse Ocaranza? Bruno captó de inmediato la incongruencia. Sin empacho alguno (ya corregiría más tarde) enmendó el texto añadiendo que el bastardo había adoptado el apellido del segundo esposo de su madre y prosiguió a inventar que Álvaro Ocaranza se había separado de la familia a una edad muy temprana, a los trece años, y que en la siguiente década no hubo noticias de él. Se caía en otro tramo ignorado en la vida de Álvaro, pero la primera separación de su madre (y aquí Bruno no resistió la tentación de trasponer ciertos momentos de su propia vida personal en la laguna aquella que surgía de la descontinuada biografía de Ocaranza) hubo de marcarlo de manera indeleble.

Bruno se vio en el adolescente aquel que apenas pasaba de los trece años una noche en la estación de los ferrocarriles. Su madre lo había acompañado en una diligencia hasta el poblado vecino en que abordaría el tren, pues la costumbre o la necesidad, a falta de carretera asfaltada, era emprender el camino en mulas o en carretas de caballos y luego atravesar la mayor parte del desierto en tren. Supo después, por una de sus cartas, que su madre se extravió al salir de la estación de los ferrocarriles y que no dio nunca con el domicilio de una amiga suya que le había ofrecido su casa para pasar la noche y regresar a Tijuana la mañana siguiente. Imaginó a su madre en aquellas calles polvosas de Mexicali, sola, en busca de algún hotel que no le infundiera miedo. La había visto, noches atrás, despedirse en el andén:

no sabía disimular sus emociones, se le enrojecía la cara y paulatinamente la vencían las lágrimas. En realidad (lo sospechó muchos años después) se decían adiós como dos amantes que juntos habían padecido mucho y gozado mucho. Ella vio que el tren se perdía en el desierto y en la noche. De alguna manera, su coraje, su valor para dejarlo partir, obedecían al proyecto humano que en él ella veía; en cierta forma, y sin que ella tampoco lo tuviera muy claro, daba el primer paso, por primera vez en su vida, para cancelar todo rencor y conseguir en última instancia su definitiva reconciliación —la de ella— con el hombre. Pensó en la aridez, el polvo, el calor despiadado del valle que se cernía sobre aquella vasta fosa, atravesada por un río maloliente y negro, mientras las pipas de los camiones regaban la tierra suelta del centro —tal como se alcanzaba a ver desde las alturas de La Rumorosa— en donde su madre buscaba un poco al azar cualquier hotel en el que pasaría, durmiendo mal, moqueando como una niña asustada, una de sus postreras separaciones.

Más tarde se supo de unos estudios inconclusos en la Universidad de Cucurpe, pero nada que estableciera fehacientemente qué amistades u ocupaciones había tenido Ocaranza durante ese periodo. Mientras tanto, en Magdalena se contaban extrañas historias. Una de sus medias hermanas se había casado con un herrero corpulento, tan fuerte y fanfarrón que levantaba en peso burros y mulas antes de herrarlos. La misma noche de la boda su esposo se comió todo el pastel sin ofrecerle nada a ella. Años después, la hermana de Álvaro amaneció ahorcada en el pajar de la caballeriza; tenía la marca de un golpe en el vientre. Inculpado, el marido se defendió diciendo que la mujer estaba loca y que por eso se había matado. «Se colgó de pura locura», decía.

Por increíbles que pudieran ser las historias, Bruno las tomaba al pie de la letra y les buscaba acomodo. Antes de referir el hecho cierto de que más tarde los hermanos de Álvaro y su madre doblemente viuda abandonaron el pueblo, Bruno incluyó el antecedente patológico de que la hermana ahorcada había tenido dos hijos leprosos que murieron en un hospital. Dejó allí Bruno la frase, sin más elaboración, previendo que más adelante le serviría para descalificar incluso la salud de Ocaranza si era preciso hacerlo. En quiebra el pequeño negocio de abarrotes con que la madre de Álvaro se ganaba la vida cerca de las minas, y clausurada la trastienda que disimulaba una cantina ilegal, la familia decidió emigrar hacia Tijuana, donde se construía una presa. Allá los hermanos (o medios hermanos) de Ocaranza se emplearon como carpinteros, plomeros, mecánicos de maquinaria pesada, viviendo en los campamentos de la presa antes de instalarse de manera definitiva en la frontera.

En este punto Bruno infirió de una correspondencia cruzada entre madre e hijo que Álvaro había decidido reunirse de nuevo con la familia o por lo menos vivir cerca de su madre. Había vuelto a ella, no podía estar lejos. Primero trabajó en una escuela rural, luego como inspector de las líneas del telégrafo en el monte bajo las órdenes del coronel Esteban Cantú y a la postre como telegrafista, pero pronto, un par de años después y nervioso por el cotidiano chirrido de los aparatos Morse, acabó en la redacción de un periódico, inmerso en un ambiente informal y frustrante de

escritorios metálicos, papeles en desorden, gente apurada que rendía lo mejor de sí misma cuando trabajaba bajo presión, y que difería muy poco de la cámara de tortura en que para él, luego de seis u ocho horas sentado, se había convertido la oficina de telégrafos cuya chicharra de la clave Morse repercutía aún en sus tímpanos durante las horas más profundas de la madrugada y le dejaba muy pocas horas de sueño. Su ingreso en la prensa coincidió con la fecha de un incendio en el centro de la ciudad cerca de la casa donde Ocaranza vivía. De nada le valió su diatriba contra la esclavitud de los telegrafistas, su bien ganada furia contra las jornadas inhumanas a que los sometían, su repetida cantaleta de que no tenía oídos de artillero: pronto se difundió la especie de que Álvaro, por haber sido el primero en reportar el siniestro, había provocado el incendio para ganar la noticia exclusiva y hacerse acreedor a un puesto de reportero en *El País*, el periódico que sobrevivía a graves problemas financieros después de pocos años de haber estado saliendo puntualmente a la calle. Había indicios, recetas médicas, comentarios de la gente, en el sentido de que Álvaro —entre su salida del telégrafo y su ingreso al periódico— pasó por una de las etapas más cruentas y dolorosas de su juventud, encerrado en su cuarto, con las ventanas selladas y las cortinas bajadas en pleno día. Lloraba, decían, inconsolablemente. Le aterraba salir de su recámara oscura porque argüía que los aviones de un general alzado en aquella época bombardearían los cerros circunvecinos. No se supo en qué momento empezó a comportarse como si nada hubiera sucedido; se reintegró a su trabajo en el periódico y reanudó sus clases en la universidad.

Uno a uno sus hermanos se fueron dejando morir, indiferentes, apáticos, sin pasión alguna por nada ni por nadie. Habían vivido sin ambiciones; para ellos nada valía la pena, salvo tal vez sus amores que reiteradamente habían acabado en tragedias. Uno de ellos nunca se casó. No les interesaban el dinero ni las propiedades, preferían el usufructo al orgullo de ser propietarios, pagar renta y no venderse de por vida con la adquisición de una casa. Ni el triunfo ni el éxito, tampoco el fracaso. Cuando a uno de ellos le llegó la muerte, aquejado por el mal de Parkinson, sintió alivio, se fue en paz, conversaba satisfecho y sereno en la antesala de la muerte deseada que tampoco se preocupaba por precipitar. Dijo que lo único misterioso era la muerte, que era lo único en que creía, pero que no la aceleraría porque, aunque no fuera interesante, no quería irse sin ver antes cómo concluía la película.

Por su parte Ocaranza obraba con una poca de más fe que sus hermanos. Recuperó la vocación que para la enseñanza había adquirido en la escuela rural y, por las mañanas, empezaba a dar clases de historia del teatro. Tenía muchos alumnos. En la calle lo reconocían. Generaciones enteras lo fueron tratando y estimando. Sabían de su templanza, de su modo modesto de vida, y lo aceptaban con respeto a pesar de que algunas versiones, cuyo origen siempre era incierto, contradecían ese prestigio. Álvaro Ocaranza, según la dispersa información que Bruno iba apartando de las cartas y los expedientes que se le habían suministrado, había comprado una casa enorme en las afueras de la ciudad, por el rumbo de la playa. Era una especie de

rancho. En una pequeña libreta Bruno encontró un apunte desleído en el que se dejaba entrever tan sólo la frase «crecer es corromperse, conocerse es corromperse». Una mentira, pues, parecía ser la decencia incuestionable del profesor Ocaranza. Por un lado recomendaba vivir con modestia, daba a entender con sus actos que acumular dinero era una de las formas menos imaginativas de vivir y que en definitiva no venía siendo sino una ambición menor; por otro, vivía bien. Siempre convivieron en él dos hombres contradictorios, que se negaban el uno al otro, pero que de alguna manera lo equilibraban. Uno se privaba de lo necesario y asumía casi al ascetismo, mientras el otro andaba tras la popularidad y ansiaba los éxitos de la competencia social en las páginas editoriales. Buscaba la amistad de los «grandes», codiciaba sus comodidades, su buena mesa, sus viajes al extranjero, sus relaciones extramaritales. Uno defendía la pureza, el compromiso, la lucha, la lealtad, la pasión, el honor periodístico. El otro era un oportunista, un manipulador de las relaciones y los afectos humanos, alguien que sabía *negociar*. Para nada igualaba con su vida el pensamiento. En uno se debatía la capacidad de indignación al cotejar las mentiras y las verdades mendaces; en el otro triunfaba el cinismo, se incorporaban a él las más vulgares debilidades de una vida desordenada y rota. ¿Hasta qué punto hablaba en broma cuando decía que él tenía cabeza revolucionaria, estómago burgués y sexo aristocrático?

Allí podría tomar fuerza el infundio: una familia disoluta, un crimen sin aclarar, un padre de origen incierto, hermanos suicidas, parientes leprosos y un episodio esquizofrénico en la vida del propio biografiado. Bruno veía caer en su imaginación las palabras que, aún desmembradas y sin componer en largos párrafos coherentes, en cierta forma delineaban la trayectoria de un posible bastardo sin abolengo, un pobre descastado nacido de promiscuidades y orígenes familiares dudosos entre las rancherías del desierto y los pueblos fronterizos de, también, dudosa mexicanidad. ¿Con qué cara lanzaba Ocaranza sus juicios morales? ¿En nombre de qué valores, con qué aparato ético, se constituía en periodista crítico insobornable, para defender qué intereses, qué sistema, cuál justicia, cuál derecho a la felicidad? ¿Qué era? ¿Detective o policía? ¿Médico o sacerdote? ¿Periodista o profesor? ¿De dónde la manía de las preguntas? ¿Por qué la insistencia en dar información que el público no tenía por qué conocer? Y por otra parte: ¿cuál sabiduría, cuál autoridad para hablar ex cátedra, cuando era bien sabido que no sólo sabía que no sabía nada sino que además le hicieron un examen de oposición y lo reprobaron? ¿Cuál pobreza? ¿De dónde había salido la casona en la que en un tiempo vivió junto al mar? Le faltó grandeza a Ocaranza, aventuró Bruno, para deshacerse de su primera mujer. A la generosidad en persona que era el profesor le entraron ganas de hacer cuentas sobre lo que era de él y lo que era de ella. Le pareció que su amor no podía ser irrestricto ni sus muestras de afecto desmedidas; no podía manifestar más un enamoramiento que ya no sentía, una pasión que nunca pudo tomar vuelo. Y se arrepintió, es cierto, por su propia mezquindad, por su vergonzante sentido de la equidad distributiva de los bienes matrimoniales y no se lo perdonó a sí mismo hasta que fue regalando sus

pertenencias a cualquiera, a los vecinos, a los compañeros del periódico. Y no fue (pero Bruno debía insinuarlo así) que abandonara a su primera mujer porque sabía que jamás se comprenderían o porque fuera un ser superficial e insensible. Fueron otros los motivos. Sin embargo, había que acusarlo de algo, de que por el relativo prestigio de sus trabajos periodísticos había empezado a creerse muy importante, muy calificable incluso para el servicio exterior, muy digno de ocupar la rectoría de la universidad, con lo cual contradecía su supuesta norma de mantener una clara independencia respecto a las fuentes de trabajo oficiales, su convicción de que la prensa debía estar por un lado y el gobierno por otro. Ya de viejo se sentía muy honrado con sus proclamas, con sus desplantes de caballero andante, como si ignorara que existían documentos, listas de reporteros «de la fuente» que recibían sobres con varios billetes de a mil, unas veces más, otras menos, o como si no supiera que su propio nombre con todas sus letras también se incluía entre los beneficiarios de esos donativos no contabilizados en las oficinas del gobierno. Había nóminas en las que se le catalogaba como asesor, consejero en «comunicaciones», y se anotaba que se presentaba dos veces al mes a cobrar. ¿De qué se vanagloriaba ahora en sus años de vejez y de soberbia? Pobre diablo (pensó escribir Bruno), apenas completaba su presupuesto yendo a lamer los mingitorios de palacio. Y ni siquiera le cumplían: un día le daban un sobre con tres billetes, otro le hacían dar vueltas y esperar en la antesala. Allí estaban las pruebas y, por si no fueran suficientes para bajarle los humos, también existía el testimonio de una vecindad con problemas de burdeles, especialmente en el edificio donde Ocaranza vivía con su primera mujer. No era lo mismo ser prostituta que puta de corazón, ¿y era entonces su mujer la única de esos arrabales que no ejercía? ¿Alguien podía creer que la santa señora era la excepción cuando en esa época no se le conoció a Ocaranza ningún empleo ni fuente segura de ingresos? Porque allí estaba su historia, en esas cartas y en aquellos informes, y además la maledicencia envidiosa de sus compañeros de oficio. Allí había constancia de sus velados chantajes, de su bien cebada panza, de sus presunciones de haber cenado en los mejores restaurantes del mundo, de su deseo de organizar una asociación civil con el fin de importar vinos franceses, de sus aventuras en las colinas altas de la ciudad que no compartió con el compañero de cuarto que lo había literalmente salvado de una muerte por hambre. Y si por una parte a su primera mujer se le asoció con las vecinas promiscuas del edificio en que vivía, por otra a su adorada, impoluta Lauca Wolpert se le podía atribuir una vida doble, repartida entre las clases de historia del teatro como alumna y su trabajo nocturno en un cabaret.

VII

Como simple bosquejo de la historia Bruno apuntó que desde su época de maestro en la Universidad de Tijuana, Ocaranza se mostraba quisquilloso y detallista, cruel a veces en la exigencia de que todos sus alumnos aprendiéramos de memoria las declinaciones de cuanta palabra latina, viniera al caso o no, precediera los textos o los prólogos de las obras que estudiábamos. En el recuento del legado dramático que dejara Séneca al final de su vida, o en la especulación sobre unas cartas espurias escritas en la Edad Media y que forzaban de mala fe una comunión de ideas entre el filósofo cordobés y San Pablo, Ocaranza quería que estableciéramos con precisión la etimología de *pretexta*, la rozagante toga que llevaba por abajo una tira de púrpura y que vestían magistrados, cónsules, pretores, censores, ediles y dictadores en la escena romana. Ocaranza relacionaba al falsario que sin más expediente que una dudosa correspondencia legitimaba a Lucius Annaeus Séneca dentro del cristianismo con el falsificador anónimo de varias piezas teatrales apócrifas endilgadas al *corpus* de la obra senequista, entre las que se encontraba la *Octavia*, tragedia *pretexta* que refleja las maquinaciones de Nerón para dar muerte a su esposa.

—En ese sentido el juego era muy sencillo —decía Ocaranza en la cátedra—. Más que para ser representadas en un escenario, estas composiciones se escribían para leerse ante el público, en presencia de algunos amigos o entre personas que en la ciudad tenían alguna forma de participación oficial. La *pretexta* podía fallar dramáticamente por su armazón o si se atendía a una correcta puesta en escena, pero su efecto debía darse finalmente sólo con la lectura de su autor ante el público. Poco importaba su redondez como pieza de teatro; su importancia estribaba en la parodia, en el cumplimiento de una función que ahora sería como la de los periódicos a fin de dirimir un asunto de la historia local más inmediata.

A lo lejos el minarete de la lavandería resaltaba como un falo, único vestigio del casco de Agua Caliente, las ruinas del casino convertido en escuela que apenas

podían distinguirse en la distancia mientras el caos expositivo del profesor se movía entre dos mundos sólo en apariencia inconciliables. A través de la ventana del salón de clases cualquiera de nosotros podía ver aterrizar, a lo lejos, un jet plateado sobre la pista del aeropuerto. El profesor hizo una pausa, contemplando al fondo de la meseta la torre de control o dejando que disminuyera el zumbido del avión que carreteaba sobre la pista y aún resonaba vibrante contra los cristales del aula interrumpiendo su discurso. En cuanto Bruno o alguno de nosotros reparaba en lo dilatado de la pausa («Esos tiempos pinterianos del profesor», murmuraba Lauca, sentada en una de las bancas del fondo), el maestro Ocaranza retomaba el hilo de la exposición y pasaba del paisaje finisecular del aeropuerto («Sí, ya estamos a finales de siglo», acotaba) al nebuloso ámbito de la antigüedad romana contemporánea de Séneca y sus discípulos, al poco plástico pasado (para una memoria que recogía más la idea que las imágenes) de un mundo de insidias y traiciones, las mismas eternas verdades a medias, la misma doblez aceptada como necesaria, las mismas complicidades e infamias de hoy, y sus sugerencias quedaban implícitas más por su mirada y el tono cambiante de su voz que por la manera que tenía de verbalizarlo todo. Recorría el salón de lado a lado imitando a los legionarios de Julio César que avanzaban sobre las Galias y nosotros, absortos, entrábamos a vivir por unos cuantos instantes, embelesados, en una época cuyo ambiente nos lo había ya dado el cine, en colores, en la encarnación prosopopéyica de Victor Mature, Marlon Brando, Charlton Heston, en tonos quemados de sepia y ocre, en mala versión, en distorsión hollywoodesca de las cosas no como fueron sino como se deseaba que fueran o hubieran sido... Y aquel centurión jefe, con una costura en la solapa mal resuelta por su sastre, con una cola de papel higiénico en la parte trasera del saco, serpenteándole entre las corvas, se desplazaba de una pared a otra del salón de clases —la cuadrangular pizarra verde olivo como paisaje de fondo y el polvillo de la tiza escapándose de sus gesticulantes brazos— y nosotros movíamos la cabeza de un lado a otro como ante un encuentro de tenis. El profesor cruzaba un río, se apoderaba de una colina clave, tomaba una ciudad, explicaba la estrategia de las legiones ante una situación imprevista, el sistema de su ofensiva ante un ejército irregular o guerrillero que a Julio César le cambiaba las reglas del juego. Nos hacía saber después, en otras clases, cómo la policía secreta del César, prepotente y paranoico, violentaba la puerta del estudio de Catulo y hurgaba en sus papeles, descubría unas hojas anotadas y subrayadas, borroneadas con negligencia, y extraía de allí el indicio comprometedor de que a la pluma de Catulo el poeta se debía la confección de las cartas en cadena, anónimas, que ya circulaban por toda la península italiana pidiendo la muerte del soberano. A esta persecución de la escritura, el maestro Ocaranza cruzaba (sin respetar fechas, haciendo convivir personajes muertos con vivos, mezclando situaciones de distintos lugares y personas, aunque ya estuvieran esclarecidos y ubicadas por la historiografía, con una irresponsable y al mismo tiempo fascinante falta de rigor) la descripción de la muerte de Séneca, que obedecía la orden emitida por Nerón de suicidarse en un

baño de vapor, abiertas las venas de los brazos y de las piernas, con los pies sangrantes en una bandeja, asfixiado. Nos leía fragmentos de Tácito, la biografía de César escrita por Plutarco y que según él sirvió a Shakespeare de guión o hilo conductor de su tragedia: un apunte que siglos después se dramatizaría en verso, una estrategia de la infamia, una política de la calumnia, una organización de la diatriba. Y del Marco Bruto arrepentido, comido en las entrañas por la culpa, nos remitía a una trama de Borges que quería ser el equivalente gaucho de la traición y el parricidio, la repetición de una escena, disparándola a otro lugar del futuro y atribuyéndosela a otra víctima «para que su horror fuera perfecto». Y de ahí en adelante un incontenible etcétera que podía conducirlo al «mujeres dieron a Roma reyes y los quitaron» de Quevedo o al engranaje de las disquisiciones de Nietzsche sobre los griegos, como si bajo un sistema involuntario de relaciones todo tuviera relación con todo.

Al concluir la clase se rompía el aspaviento. Pasaron los días, las semanas y los meses, y a pesar de nuestros recuerdos sobrevivía la duda, la incertidumbre sobre la reacción del maestro ante la broma de la cola de papel que se descubrió a solas, en su escritorio del salón vacío, en el solitario camerino del actor que luego de una representación afortunada y emotiva se toma unos minutos para dejar de llorar y volver a su persona real. Aquella satisfacción del trabajo bien cumplido que le concedía el final de la clase matizaba su sentimiento de dignidad y pudor, pero al levantarse del asiento y sentir la tira de papel conocía la agresión de la burla anónima y su suspicacia se tornaba una acusación nunca confesada que caía directa en Bruno.

—La imagen que usted tiene de mí no es la misma imagen que yo creo que usted tiene de mí —le dijo una vez— y la imagen que yo tengo de usted no es la misma imagen que usted cree que yo tengo de usted.

Pasaron también los años, por lo menos más de quince o veinte años desde aquella época estudiantil y blanca en que Bruno desaprendió los consejos del maestro sobre la prudencia, y su indiscreción lo hizo autor de historias jamás probadas, de anécdotas fragmentadas y casi siempre fuera de contexto que, de una manera también parcial y adulterada, habrían de llegar a oídos del maestro.

Bruno lo colocaba más del lado de la farsa que de la tragedia y lo degradaba sin vacilar, como movido por una secreta obsesión, diciendo que no había sido más que un pobre cocinero de Agua Caliente, que ahora el profesor se regodeaba en la nostalgia tonta del cascarón del casino que habían dejado un par de gánsteres y un militar codicioso. Ya desde entonces Bruno decía que eran documentos, fotografías, algún folleto de las casas de juego, los que indicaban algún tipo de relación entre Ocaranza, el gringo Wirt Bowman y los tahúres Barón Long y James Croffton, los mismos hampones que en el restaurante Plata Real del hotel U. S. Grant de San Diego convencieron al general Abelardo Rodríguez de que abriera una cadena de casinos en toda la costa. ¿Qué hacía allí Ocaranza?, preguntaba Bruno. Por mucho que hubiera envejecido, el hombre de trajecito y chaleco detrás de los comensales coincidía con los rasgos característicos del profesor. ¿Qué tratos pudo haber hecho con quienes al

regentear los salones, el galgódromo y los campos de golf ordenaban a los jefes de la zona militar que destruyeran a mazazos las máquinas de la imprenta donde se hacía el periódico de los choferes huelguistas y de los trabajadores gastronómicos? A nadie podía constarle probatoriamente ningún dato sobre las andanzas de Ocaranza en aquella época; sin embargo, la imprenta jamás volvió a funcionar, una mujer murió y una niña resultó herida cuando la sala de juntas de los empleados sindicalizados fue tomada por la fuerza. ¿Quién estuvo a cargo del silencio uniforme en toda la prensa? De ahí vino su iniciación en los periódicos, no de otros méritos, a no ser los que hizo valer en los años en que el coronel gobernador Esteban Cantú legalizó la venta de opio en pequeños paquetes que traían impreso un elefante... Bruno difundía cada una de esas informaciones con frases sueltas, nunca en conjunto, poco a poco iba dejando que se fundara la sospecha... Y fueron muy oscuros, ya vistas las cosas con la perspectiva del tiempo, los verdaderos motivos de fondo que lo llevaron a un franco distanciamiento del maestro Ocaranza, aunque tal vez nunca estuvieron más cerca que en el salón de clases o en los corredores de la universidad.

—A usted lo que lo perdió fue lo de la pretexta —le había dicho de pronto el profesor—. No creo que tenga ya nada qué hacer en mi clase.

A partir de entonces se le vio poco a Bruno. Antes de sus correrías por el sur del país (se decía que trabajaba como secretario particular de un funcionario), antes de sus ausencias cada vez más prolongadas, a veces de años enteros, se le podía ver todavía merodear por los cafés, nervioso, elusivo, sin su habitual predisposición parlanchina, tal vez más cauto y receloso que meses atrás cuando aún (reflejo de su confianza en sí mismo) se permitía bromear con la especie de que Lauca tenía una urna llena de Cenizas en el ropero. Aunque en este caso parecía que no se trataba de una mentira (la misma Lauca no lo ocultaba), la mera alusión a una circunstancia tan personal invitaba a jugar con la idea de que en efecto Lauca tenía a su padre muerto en el armario. Problemas familiares jamás aclarados del todo la habían hecho posponer durante años alguna voluntad testamentaria dilatada por complicaciones judiciales y malentendidos entre sus parientes. Todos lo sabíamos. Nadie le daba mayor importancia al asunto... No obstante, ahí estaba de nuevo la lengua viperina de Bruno buscándole un doble sentido a todo. Era imposible saber entonces si lo que contaba correspondía cuando menos contextualmente a los hechos o si persistía en hablar por hablar. De todos modos parecía haber una verdad de algún tipo en todo aquello, una verdad emocional en todo caso, pues Bruno fue visto más de una vez cerca de la casa de Lauca. Y no fue sino hasta una noche de extraña excitación y de insomnio que Bruno, con la boca seca, y errátil por los barrios de la zona norte de Tijuana, pareció recordar que Lauca la Quebranta, sólo por correr la experiencia, sustituía a una amiga bailarina en un centro nocturno. Uno de nosotros pudo ver que aquella noche Bruno subió a su coche, encendió el motor en frío y dio la vuelta derrapando al tomar el pavimento y lanzarse a pasar velozmente los semáforos en rojo y las calles que descendían de nivel a cada cuadra mientras irrumpía en terrenos

polvorientos hasta detenerse bruscamente en la arenosa cuenca del río seco frente a la fachada rutilante de un cabaret. Otro de nosotros vio a un individuo que le hacía señas.

—Pásele, es un lugar seguro —le dijo el desconocido.

Bruno bajó del auto, entró, y al acodarse en una de las mesas y llevar un cigarro a la boca reconoció la figura de la Quebranta, que se desplazaba en la pista metida en una especie espectacular de traje de baño de dos piezas y zapatos de tacón alto. Un maestro de ceremonias de saco sport blanco y un clavel rosa en la solapa anunciaba a la bailarina. Nadie aplaudía ni ponía atención. Lauca reaccionaba cortés y displicente al escuchar el nombre falso que se le daba al tiempo en que el mequetrefe envaselinado forzaba su entusiasmo en el vacío: rumba, rumba rumbera, vende caro tu amor aventurera... Entre la sensación de la actriz que veía en el teatro una entrega semejante al sacerdocio, un acto de expiación formidable en esta escena, y la vivencia humillante del payaso triste, Lauca delgaducha, con la mirada en el cielo, evolucionaba contoneándose sobre alargados ojos imaginarios para exhibir todos los ángulos de su cuerpo. Después caía recostada y de frente sobre la alfombra de un entarimado y, con la cara hacia abajo, entre las manos, como rindiéndose a la mesa de los sacrificios, mostraba las nalgas. Se escuchaba una música estridente como de supermercado y los altoparlantes rasgados sintetizaban todo en un ruido uniforme a medida que la oscuridad repentina indicaba el puente hacia otro número del espectáculo y las luces de los alrededores de la pista empezaban gradualmente a encenderse. Varias parejas bebían y cuchicheaban en los compartimientos como si estuvieran en una caballeriza o una antigua fábrica de cerveza. A hombres y mujeres les brillaban los pantalones de mezclilla negros y grasos que les caían por encima de calcetines fosforescentes verdes, amarillos, anaranjados. Hacia la parte posterior que daba a un corralón, la gente se iba reuniendo y concentrando. Unos se encaramaban sobre los establos como si estuvieran a punto de presenciar una función de rodeo o el parto de un animal. Lauca se vio entonces cerca de Bruno; él la tomó del brazo. Llevaba puesta una bata que le cubría apenas los muslos y una pañoleta en la cabeza; se dejaba conducir por Bruno entre la gente.

—¿Todavía tienes en la urna a tu papá?

El mismo rostro de Lauca, que en la pista pasaba del rubor a una sonrisa fingida, se transformó entonces con una facilidad pasmosa en la expresión de una niña desvalida y luego, de un gesto a otro, de una mirada a otra, en furia. Se hacía tronar los dedos trenzados y volvía pronto a su rostro de absoluta invalidez. Se miraron por un momento sin decirse nada cuando ya se encontraban en el traspatio donde se celebraba una ceremonia. Dos mujeres con mallas negras de cuadritos y disfrazadas de panteras se iniciaban en una suerte de juego tras las rejas de un pequeño tablado para bebés, una de ellas con la cola de gato o de felino salvaje más grande que la de la otra; ambas con antifaces. Retozaban y se entrelazaban en una lucha inofensiva y rodaban por el suelo. A los lados los espectadores se confundían en la oscuridad,

gritaban de vez en cuando o caían en ininterrumpido silencio. Las mujeres corrían y se desvanecían al fondo, por un corredor. La cola las había unido.

VIII

Los expedientes con partes policiacos formaban un bagaje incuantificable de páginas mecanografiadas, copias al carbón ilegibles en algunos párrafos. Allí justamente, en esos huecos, Bruno tenía la posibilidad de inventar y más cancha para dilatar las acciones y atribuírselas a un personaje u otro. Ante la mirada atenta de Bruno, como si las pupilas se le ampliaran, los lenguajes de la policía y la clínica psiquiátrica se mimetizaban sobre todo cuando las aseveraciones servían para calificar —o descalificar— a un individuo con un número o con entidades abstractas como «el de la voz» o «el estudiado». No pocas de las especificaciones técnicas, médicas o jurídicas se referían no a Ocaranza sino a personas que el azar facilitaba cuando Bruno extraía del archivo varios expedientes sólo considerados por sexo y edad. De modo instintivo tachó unas líneas que fundaban la razón de un informe en el enunciado de que «se le practicó cirugía de cerebro» (referido a un paciente de señas parecidas a las de Ocaranza), pues aunque las acusaciones de esquizofrenia u homosexualidad las emplearía más tarde, un antecedente quirúrgico de lobotomía no cuadraba lógicamente con la reconocida brillantez intelectual del profesor deturpado. No se lo creería nadie, ni él mismo, y, además, se descompondría desde el punto de vista dramático lo que Bruno quería hacer verosímil en la impostura, en el ataque *ad hominem* que tan valientemente aderezaba.

Me permito informar a usted el resultado de las investigaciones realizadas en relación con el movimiento en el que participó activamente Álvaro Ocaranza. El día de ayer a las 13:30 horas, como ya se había informado, se llevó a efecto la junta anunciada en el interior de la escuela. Una estudiante de pelo rizado y delgada propuso la toma del Club Campestre de Tijuana, alegando que allí debían construirse, en los terrenos del campo de golf, las instalaciones de la universidad, que los campos de golf y las

canchas de tenis no le servían sino a unos cuantos millonarios, y que ni siquiera se justificaban, según lo dijo ella, como pulmones de la ciudad, pues los pastos estaban secos y no había agua desde que se secó la presa, y además que allí se podrían construir canchas para los deportes y piscinas para las clases de educación física. Esos millonarios que se pasan la vida nada más bebiendo, añadió, no tienen tanto derecho como nosotros, que tenemos una razón poderosa, y que además por estar ubicado céntricamente el lugar es de lo más accesible para los fines de la construcción, ya que cuenta con servicios de drenaje y todas las redes de infraestructura.

Para los efectos a que haya lugar, tengo el honor de comunicar a usted que el nombre correcto del profesor es Álvaro Ocaranza López. Este individuo como seña particular usa barba, aunque por lo que se desprende de los expedientes que se nos han enviado para su examen se le encontró después rasurado y pintarrajeado como mujer en una fiesta que celebraba en compañía de varios jovencitos. Lo que comunicamos a usted para los fines que estime convenientes. Y adjunto al presente informe se anexan quince exposiciones fotográficas del acto de referencia.

Se supo también el día de hoy que, por instrucciones de los dueños del periódico *El País*, se envió un memorándum al señor Álvaro Ocaranza en el que se le notifica que, por instrucciones de la dirección general, se le suspende por tres días por faltar a su trabajo en la sección editorial sin avisar de su ausencia. Adjunto al presente se anexan fotografías de oradores, así como también de la propaganda distribuida hasta el día en que se toma el Club Campestre. Así también nos permitimos informar a usted que durante los últimos días se ha continuado con la colecta económica por los estudiantes a los pasajeros de los camiones, en mercados y en las calles. Lo que comunicamos a usted para lo que a bien tenga ordenar.

Tenemos el honor de comunicar a usted el resultado de las investigaciones que nos fueron encomendadas en su oficina. De conformidad con sus superiores instrucciones, hemos venido siguiendo las actividades de los directores activistas y grupos que les han prestado su apoyo, quienes tumultuariamente la noche de ayer se apoderaron de las instalaciones del Club Campestre. Horas antes miles de estudiantes organizaron una marcha por la ciudad portando mantas alusivas a su movimiento y carteles con leyendas, el pueblo necesita universidad, obrero tu lucha es mi lucha, tu apoyo es mi triunfo, patria o muerte venceremos, socios no educación sí. Los suscritos llegaron a las dieciocho horas con treinta y siete minutos al punto de reunión de la manifestación a unos cuantos metros del Club Campestre y el arco de entrada del Instituto de Agua Caliente, bajo la torre en la que además se encontraban encaramados cientos de estudiantes mientras un líder —de apellido Hiraes— los arengaba: «¡Órale, esos...!» les gritaba desde encima de uno de los vehículos de los socios y decía que permanecerían en el edificio del Campestre hasta que la causa por

la que luchan se decida a su favor y hasta que se inicie la construcción de las escuelas y que desde estos momentos los terrenos pertenecen a la universidad. Algunas parejas que salían del salón de baile se apresuraban hacia sus automóviles. Al tratar de entrar por la puerta principal, los estudiantes fueron detenidos por los socios del Campestre, quienes en calidad de depositarios de dichos predios celosamente se negaron a que tomaran el edificio central por temor a que efectuaran destrozos. Sin embargo, les indicaron que si sus deseos eran pasar al campo de golf lo hicieran por otra parte. Después de dialogar varios momentos los estudiantes con los socios apoyados en sus propias palabras de que primero es el diálogo y después la fuerza, procedieron a traspasar el campo de golf por un costado del edificio. Ya estando dentro de la zona verde de juego, nombraron comisiones y dijeron que era su cabeza de playa y esas brigadas fueron a diferentes casas comerciales a solicitar comida y cobijas, toda vez que manifestaron estar dispuestos a permanecer allí el tiempo que fuera necesario. Encendieron fogatas para poder soportar las inclemencias del frío al quedarse a velar en el campo de golf, mientras en el interior del Campestre se efectuaba una tardeada-baile y los socios del club continuaban en su tertulia vigilando al mismo tiempo que los jóvenes no fueran a apoderarse del edificio, como de hecho lo hicieron más tarde. Impedían también los socios, según decían, que la chusma se pusiera a ventanear su tardeada. Hubo un momento en que los ánimos estaban muy caldeados, pero la intervención de un anciano socio del club calmó las cosas e hizo que las puertas que dan al campo de golf se abrieran de nuevo, porque ya las habían cerrado los socios junto con unos policías que estaban a sus órdenes, y los invitó a que guardaran compostura y esperaran la opinión de las autoridades. Por fin después de media hora de inútiles discusiones, los estudiantes dejaron de perder el tiempo con los socios y se inició la ocupación de todo el parque por unos trescientos cincuenta estudiantes mientras otro grupo tomaba el salón de baile y obligaron a salir a unas quince personas del bar. Desde ese momento dijeron quedar remitidos con el frío que hace a la ayuda que les puedan dar sus compañeros y pueblo en general, familiares y amigos. Fue al mismo tiempo cuando personas que estaban cerca de ellos oyeron que los socios del Campestre exclamaban que cómo a estos mugrosos no se les ocurre ir a apoderarse de los cerros, sino de nuestro club, así como a las jovencitas de un colegio particular que salían del baile-tardeada y que gritábanles: qué bien molestan, podían haber venido mañana a tomar el Campestre, pero no ahora que tenemos nuestro baile. Los estudiantes respondieron que éstos eran mezquinos conceptos todos ellos demostrativos del egoísmo abismal de quienes a veces no muy limpiamente, en la prostitución y en el tráfico de drogas, han amasado cuantiosas fortunas en la ciudad o haciendo negocios con el gobierno pero son incapaces de comprender nada. Negaron haber cometido estropicios en parte alguna del edificio rompiendo ventanales para penetrar al mismo, y que era falso de toda falsedad que se hubieran llevado dinero de la tienda de artículos de golf que funcionaba en un pequeño local adjunto.

Lo que comunicamos a usted para los fines que mejor juzgue convenientes.

En seguimiento de la investigación que nos fue encomendada por usted le pasamos a manifestar que hoy por la mañana, cerca de las 10:00 horas en punto, ocurrieron dos violentos incidentes entre jugadores de golf y un grupo de muchachos que estaba haciendo guardia en las canchas. Alrededor de unos doce socios del club se presentaron frente a ellos en actitud amenazadora, portando bastones de golf y mostrando síntomas de haber ingerido bebidas embriagantes. Molestos porque los estudiantes pusieron mantas tapando los *greens* donde jugaban, los socios exaltados trataron de quitarlas a la fuerza a los estudiantes y llamándolos nacos, cholos y pachucos montoneros. Los estudiantes rijosos, que pretendían levantar una tienda de campaña para ahí empezar a recibir clases, se opusieron a que los socios sacaran una de las mantas, siendo entonces cuando uno que traía uno de los bastones agredió al primer estudiante que encontró al paso lastimándole la espinilla y a otro le pegó en un brazo como para asustarlos y obligarlos a salirse del campo de golf. La trifulca se armó, hubo acaloradas discusiones, y por la intervención de otros estudiantes no degeneró en bronca mayúscula. El incidente fue presenciado por muchos curiosos, entre los que se encontraba el profesor Álvaro Ocaranza, quien no hizo ningún intento de intervención, que habían acudido al lugar, y varios *caddies* que andaban atendiendo a unos turistas que querían jugar golf, pero ninguno de éstos intervino en las dificultades. Hubo un socio que lejos de apaciguar los ánimos gritaba que eso era lo que se necesitaba, que se hiciera la bronca para desalojar a los estudiantes, desarrapados, dijo. Inmediatamente después muchos de los estudiantes que permanecen dentro de las cincuenta y siete hectáreas del Club Campestre se aglutinaron en torno a sus compañeros y permanecieron alerta contra cualquier nueva agresión. Entre ellos campeaba el ánimo de defender a como diera lugar sus posiciones, pese a que uno de los socios provocadores había amagado con un cuchillo a uno de los estudiantes.

IX

El mayor placer de Bruno consistía en recorrer los estantes de quioscos y librerías revisando las novedades periodísticas que llegaban. En casa recortaba columnas, recuadros y notas de su interés y hacía pequeños rimeros sobre el escritorio; abría con verdadera emoción los paquetes de revistas extranjeras que el correo traía. La portada, la primera plana, las ilustraciones, los encabezados de los grandes titulares, las fotografías y los pies de grabado eran su mejor compañía a la hora del desayuno o del almuerzo. El día se iniciaba a través de las informaciones de la prensa que lo ubicaban de pronto, por unos instantes de placidez e involuntaria concentración, en otros continentes y en ciudades que jamás había visto y ante personajes nunca antes conocidos. Leía en el baño. Todo su tiempo de lectura se iba o consumía en revistas y periódicos, nunca en libros (toda su vida diurna en realidad, a falta de valor para sustituir las lecturas por un poco de contacto humano, así fuera casual), mientras la información venía y venía en cantidades que no siempre necesitaba. ¿Para qué enterarse de la hora en minutos y segundos precisos y fracciones de segundo? ¿Para qué tanto detalle sobre la presión atmosférica y la humedad, si él, encerrado en su cuarto, podía prescindir de esa información, a no ser que fuera navegante o piloto o estuviera a punto de internarse en una larga travesía por alta mar o de acompañar a algún aviador amigo en un vuelo? Me entero de cosas que no necesito, se decía, y al mismo tiempo nada sé de lo que está sucediendo. Los hechos se repiten iguales, cambian la situación y los protagonistas de las acciones, y en el fondo se trata de lo mismo. Pero la novedad, el placer de comunicar algo que los demás todavía no conocían aún pervivía en él como un vicio preservado desde la adolescencia. Toda su mesa estaba llena de recortes, que escogía por el titular, y sólo los leía por entero cuando estaban pegados en una hoja reticulada, en la que iba haciendo anotaciones.

Bruno iba apilando en los rincones los periódicos del día y de meses anteriores, en algunas partes carcomidos por la polilla y las ratas, hasta el techo, en tambaleante

competencia con las revistas italianas a las que estaba suscrito. Allí descubrió en números atrasados por el correo ordinario una secuencia sobre las cartas de Aldo Moro escritas durante su cautiverio y que lo hizo fijarse de nuevo, a él, a Bruno, en la nunca desechada probabilidad del peligro que se cernía sobre él si lo llegaban a descubrir. Nada había publicado con su verdadero nombre, en verdad, pero había escrito, como todo el mundo, notas de comestibles, cuentas de la tintorería, apuntes de clase y cartas personales... igual que Moro. Las súplicas desoídas del político italiano fueron de hecho desmontadas línea por línea, puestas a la serena ponderación de un lingüista que dictaminó las diferencias entre la escritura espontánea y centrípeta, la copiada, y la dictada, y se dedujeron mensajes en clave que enviaba al gobierno (rogándole que contemporalizara) y a sus familiares (reiterándoles su amor) cuando estaba secuestrado. ¿Es posible que estéis todos ustedes de acuerdo en querer mi muerte por una supuesta razón de Estado? Un análisis de psicoestilística hizo pensar a Bruno que en Roma alguien sagaz y melindroso, el perito grafólogo del tribunal romano Francesco Pesce, podía presumir de su astucia señalando por ejemplo la repetición obsesiva de la palabra *anni* (años) en las cartas de Moro. Ya venía allí, en la portada de la revista, en el rostro trágico de Moro parcelado por líneas en forma de amibas como en los rompecabezas, la conjetura policiaca de que quizá se encontraba en la cima de una montaña porque —al referirse a las cualidades oratorias de dos miembros de su partido— aludía innecesariamente a las «robustas argumentaciones» del senador Riccardo Misari, originario de un pueblo alpino, o tal vez en una playa dado que también mencionaba las «inteligentes sutilezas» del abogado Luigi Granelli (¿granos finos, sutiles?), nativo de Positano, en la costa del sur.

«Muchos aspirantes a descodificadores se han ejercitado en esta apasionante actividad de los servicios secretos», comentaba el redactor de la revista, o bien se infería de su bien amañada prosa que a Moro quizá lo tenían en una *nave*, toda vez que otros dos oradores citados en sus cartas procedían respectivamente de Nápoles y de Verona, y ya en este tren deductivo se sospechaba además que estaba recluido en un sumergible o en un submarino militar de una potencia extranjera, hipótesis que se reforzaba con la inversión del nombre del diputado Gonella: *Go-nel-la: nel lago:* en el lago.

A pesar de que no había pruebas suficientes sobre la propensión de Moro a los «fantasiosos códigos criptográficos», Bruno no pudo menos que leer con infinita curiosidad las lucubraciones del perito Pesce. Sabía que la estupidez no sólo era contemplare —como pensaba Sciascia, un escritor siciliano— sino que además ejercía en él una fascinación paralizante. Sin embargo, allí estaba, de carne y hueso, con foto y todo, pelón y doctoral, el psicografólogo Francesco Pesce empleándose a fondo sobre la condición de «orales puros» que según él caracterizaba a los secuestradores del líder democristiano: «A los orales puros les atrae el agua por encima de todas las cosas. Era lógico por tanto buscar el escondite en un lugar

cercano al mar». No se detenía allí el maestro de teoría y técnica de *tests* en la Universidad de Roma. La psicografología le había hecho ver que si los detectives hubieran tomado en serio el método, pronto habrían dado con el paradero de Moro. Basándose en las teorías freudianas y junguianas, Pesce carecía de dudas: los secuestradores eran «orales puros» y por tanto la policía debió haber hecho una indagación en los bares de la costa, porque allí —siempre Pesce al habla— hay líquidos que pueden hacer recordar la leche materna y en esos bares se pueden comprar cigarrillos, bebidas, licores, dulces, pasteles, todo lo conectado en suma con la actividad oral; como conversar y meterse cosas por la boca. «A mis cursos empiezan a venir algunos policías», agregaba Pesce cuando el periodista le tiraba de la lengua preguntándole que si la psicografología era tan eficaz, por qué no se utilizaba corrientemente en Italia. Que no sabía, contestaba Pesce defensivo, pero que «en Inglaterra, en casos de delitos muy misteriosos, se pide a psicógrafos que elaboren un *identikit* tan preciso que para el Intelligence Service se ha vuelto facilísimo dar con los culpables».

Lo malo, pues, es que uno tiene muchos estados de ánimo. No muchos, digo, pero sí muy cambiantes. Va hacia arriba o hacia abajo. Anda uno pues con muchas agujas en su temperamento: altas y bajas súbitas, como las que registran los termómetros en momentos febriles. Quisiera por lo menos una cierta trayectoria más extendida, más arqueada, que el oleaje fuera menos tenso y más tranquilo.

X

Yuxtapuestas las diferentes versiones de lo que sería su introducción a la «biografía» de Ocaranza, bastó una rápida lectura para que Bruno se cerciorara de que no dejaría rastro. Despistaría a sus posibles perseguidores, a los exégetas, a las ratas de biblioteca que roerían el mamotreto con lupa en mano. Se moriría de risa al imaginarlos mientras trataban de dilucidar los probables devaneos de su estilo, su voz narrativa, sus proyecciones personales. Tuvo el presentimiento de que alguno de ellos se referiría, como se recomendaba en los tratados de análisis de contenido, a la naturaleza «no sistemática y altamente selectiva» de sus adjetivos, y esta contradictoria e incomprensible frase le hizo pensar en los hábitos recurrentes que dejaba traslucir su escritura. Releyó varias veces las líneas que instrumentaban una técnica para descodificar las huellas verbales de cualquier persona, aunque escribiera a máquina o hablara, en relación a los altibajos del discurso oral o escrito. Quiso entender lo que se pretendía lograr con lo que el tratadista de análisis de contenido llamaba *control comparativo* y se quedó impávido, confuso, ante lo que más que nada parecía un enunciado de matemáticas avanzadas: «Coeficiente de aligeramiento del malestar: figura que resulta de la división de las palabras reposadas —no repetidas antes— entre el número de palabras molestas, más los términos de aligeramiento combinados y computados en diferentes etapas del discurso». Subrayó entonces la expresión *introspecciones valiosas* y supuso, para su tranquilidad, que por ahí sí debía de andar una especie de método interpretativo paralelo al desciframiento freudiano de los sueños: asociaciones, realización simbólica de deseos, creación de personajes que no son sino disfraces del propio soñante, actos fallidos, omisiones significativas.

Sintió que la decisión de escribir el libelo *ipso facto* lo inscribía en una escuela de criados. Al mismo tiempo que renunciaba a toda libertad, adquirió también un dominio sobre sus acciones y los efectos de estas acciones en los demás.

Entró muy de mañana en el recinto de la antigua iglesia. Dispuso en cajas de cartón para zapatos la clasificación de material, cotejó el listado del acervo, excluyó las obras científicas y guardó las literarias, que en caso de bloqueo o esterilidad le ayudarían con los principios de párrafo. Más tarde se dirigió a los sótanos de la que antes fue una sacristía y corroboró que allí estaba el centro, el sistema nervioso central del taller de mamotretos. Volvieron a surtirle toda clase de folletos, fotografías, documentos oficiales, y le indicaron los armarios de los archivos que tenían la apariencia de estar apolillados o llenos de hongos, le hicieron examinar actas notariales, copias del registro público de la propiedad, solicitudes de pasaportes, formas para conseguir licencia de automovilista, tarjetas de la oficina federal de causantes. El olor a humedad, a encierro, a vegetación reprimida que sobrevivía a la sombra, otorgaba a aquel aposento la atmósfera de una cámara mortuoria. Bajo tierra se fraguaban las falsas biografías, las versiones en apariencia extraoficiales de hechos recientes, de acciones militares o policiacas no conocidas salvo por sus actores y víctimas. Por unos túneles de instalaciones eléctricas semiocultas se llegaba a los mingitorios y a las bóvedas de temperatura regulada en las que se conservaban bobinas de películas, latas, materiales fotográficos y pinturas antiguas, sustancias para el análisis de tintas, microscopios.

Las galerías del poder: las largas oficinas toda pulcritud, el cielo y el infierno a los que todos sin excepción aspiraban, tomaron de pronto para Bruno Medina la forma de un instituto en el que la obediencia, el silencio, la contenida y callada anulación de sí mismo constituían las cualidades a las cuales debía apuntar sus esfuerzos. Su destino era sonreír a los otros, ponerles la comidilla en la mesa, escucharlos y educarse en la disciplina de la discreción. Tenía que limitarse a enumerar los expedientes y a no hacer demasiadas preguntas. Se trataba de un material dramático invaluable e irrestituible, fragmentos del diario del profesor en sus años juveniles, reminiscencias de sus viajes por Italia en los años treinta, su colaboración con el Socorro Rojo Internacional, sus incursiones en España durante la Guerra Civil, la despedida de las brigadas internacionales en Barcelona, un estudio psicológico extraído de los archivos de un centro de orientación vocacional que traía adjunto los resultados de unas pruebas proyectivas, copias de actas de nacimiento y pasaportes cancelados en los que aparecían todas las señas de identidad del profesor Ocaranza. No podía pedir más. Debía tomar en cuenta eso. Debía proceder con la humildad del criado, con la dignidad del artista. La displicente esclavitud de un amanuense como él, la subordinación, la lealtad al jefe, esa especie de servidumbre voluntaria, no serían olvidadas nunca por aquel señor que en la planta alta despachaba y sólo se comunicaba por medio de interpósitos ujieres y abandonaba el lugar, a horas no fijas, por un elevador privado que lo conducía hasta el sótano. No, no se darían por mal servidos sus patrocinadores, se dijo Bruno pensando en el perfil del alto funcionario policiaco o militar, calvo y estrábico, que detrás del umbral de la puerta del último piso parecía esfumarse contra la luz de la tarde que le caía por la

espalda. El señor debía estar fuera del juego y por lo mismo las medidas de seguridad interna vedaban todo contacto entre los componentes del equipo. Uno podía conocer la existencia de otro, y éste la de otro, pero ninguno debía indagar la identidad del resto de los operadores. Lo poco que se sabía del señor era que no usaba corbatas nacionales ni norteamericanas, sino europeas, porque se les doblaba la tela interior almidonada, y que prefería té de bolsitas importadas de Inglaterra, calzones franceses para no rozarse, y zapatos italianos, suaves y de buen corte. Una alfombra persa azul y tornasolada, vista desde el pasadizo, delimitaba los terrenos de la dirección por un lado y los corredores embaldosados por el otro, donde entre un cubículo y otro se ejecutaba la idea.

No era otra su forma de relación con la autoridad y con los demás criados que, no obstante, no, no podía considerar colegas. Una cosa era una cosa y otra cosa era otra cosa. No había por qué ayudar a triunfar a los imbéciles. Sabía por otra parte que nadie leería el mamotreto, que en el país nadie leía nada ni a nadie le importaba que se publicara o no, que no era cosa de angustiarse demasiado porque en última instancia no estaba escribiendo directamente para la imprenta. Lo que ponía en el papel en el papel se quedaba y podía enmendarse y corregirse o destruirse en su totalidad. Lo que al final entraría en todo el proceso de impresión, luego de muchos papeleos y manoseos, sería ya algo muy decantado, muy pasado por agua, cuyas trazas o marcas se deberían ya a tantas manos que nunca nadie podría atribuírselas a él, a él, que por lo demás nunca había dado a conocer ningún trabajo con su firma y su nombre verdadero. Salvo la existencia inevitable de alguna carta personal, que nadie o tal vez sólo su padre podría tener algún interés en conservar, no se contaría nunca con materiales comparativos para inculparlo. No lo perseguirían como a una rata, además, porque en todo caso su labor insidiosa correspondía a una estrategia general propagandística: el suyo era el primer paso para poner a prueba el libro como instrumento de distorsión y penetración. Si a las versiones de la prensa orientada por el gobierno se las llevaba el viento, había que combatir también a otros niveles. El tono persuasivo de un libro, la empatía ineludible entre autor y lector, podrían ser menos importantes en número que la presencia cotidiana y constante y reiterativa de los diarios; sin embargo, el libro permanecía. Se quedaba por ahí abandonado en una mesa o en el rincón polvoriento de una librería de viejo, pero su voz sería mejor escuchada en el silencio de la lectura y merecería una confianza inapelable. Bruno ponía su fe en este destino de la página impresa y la valoraba por encima de la inmediatez de la radio o la televisión. Había algo de ancestralmente mítico y fetichista en las cosas escritas; se cumplía con un requisito ritual imposible de considerar vano: el troquelado, la huella digital, la inscripción de las palabras, la rúbrica.

Para la efectividad del método y los riesgos calculados (*calculated risks*: una expresión militar), Bruno percibía una desproporción entre la conjura y el tamaño político del personaje señalado por el dedo policiaco. Nunca se explicitó el encargo.

Se dio simplemente curso al antojo que dejó ver Bruno en una conversación ligera durante una recepción oficial: las ganas de hacerlo, las posibilidades de tan fascinante maquinación que serviría además para experimentar con un medio aún inédito de guerra ideológica. De esa ambigüedad pasó a la acción. Se movió un dedo allá arriba para que todo su plan imaginado empezara a caminar por sí mismo, como un ciempiés...

Cuando en algún momento se atrevió a acercarse a la casa de Lauca Wolpert, la Quebranta, Bruno quiso instalarse de por vida en aquella recámara donde Lauca guardaba las cenizas de su padre. De hecho, transcurrieron sólo algunos meses de convivencia para que languidciera el deseo. Desde los primeros días, Bruno había hecho que compraran entre los dos una máquina de coser para ajustar sus pantalones nuevos recién comprados a la medida justa de su cuerpo. Él mismo ponía en la máquina los tubos de pana o mezclilla que requerían de corrección en la línea de corte.

Muchos años atrás sucedía esto, por lo menos veinte años antes de que Bruno corroborara la pareja que se había formado entre la antigua alumna y el actual periodista y aún maestro prestigioso. Habían sido años de decisiones rápidas aquellos de dos décadas atrás, de rompimientos y gestos en los que el paso del tiempo no se consideraba para nada porque tenían toda la vida por delante. Los años se volvían más cortos a medida que Bruno sobrepasaba los treinta. Alguna imagen perdida y evocada de pronto era lo único rescatable de aquel pasado insalvable. El presente ahora lo ponía en la investigación de los datos biográficos de Ocaranza por una parte, y por otra en la consideración en serio de cualquier método o sistema que pudiera probarle su obra en términos de responsabilidad penal. No cometería el error de Junius, el funcionario y panfletista británico, quien a pesar de agazaparse bajo el recurso del seudónimo y haber vacilado antes entre los nombres de Marco y Brutus había cometido la torpeza de intercambiar correspondencia con su editor y de corregir al margen, con su propia pluma y su propio pulso, las galeras de la imprenta que le enviaron al reunir sus *Cartas* en un solo volumen. Pero si Junius sobrevivió a siglos de especulaciones y no siempre infundadas sospechas, en una Inglaterra atraída y cautivada por el misterio y el estilo genial de inclemente comentarista, no podría ser menos improbable que lo detectaran a él en un país donde publicar cualquier cosa equivalía a trazar rayas en el agua. ¿Cuándo, por quién, cómo, un análisis psicoestadístico para determinar la paternidad de su libro podría ser puesto en marcha en una región donde el pensamiento y la obra personal se cotizaban en términos de competencia, poder o prestigio social? ¿En qué cabeza cabía optar por un ataque tan intelectual como subrepticio cuando el lector empezaba a ser una especie en extinción? Podía uno escribir la *Divina Comedia* y a nadie le importaba. Era de locos imaginarlo, era sentirse perseguido sin razón alguna y conceder al futuro probabilidades que no tenía, ni siquiera en el campo del cálculo matemático aplicado a la estilística, así fuera mediante la computación de miles y miles de constantes y

variantes que pudieran dar, por eliminación o confirmación, con la verdadera identidad de ese autor fantasma sin estilo y mimético. No. No haría como Junius. Sobreviviría a los siglos sin dar nunca la cara: no existiendo para los demás. Su plan equivalía, en cierta forma, a experimentar también el suicidio sin suicidarse, a convertir en realidad el sueño de saberse muerto y volver a la tierra y visitar desde allá, sin ser percibido ni visto ni tocado ni recordado, a los antiguos afectos, a las anteriores relaciones personales que dejara en vida, sin ser advertido en el camino por la figura triste y tierna de su padre, que le decía no tengas miedo, no pongas jabón con v chica, nunca vayas a trabajar para el gobierno, nunca vayas a ser policía, yo este salero me lo voy a colgar del cuello porque nunca hay sal en esta mesa, que le regalaba unos chicles... Nada había que temer. Si Junius legó a la posteridad alguna correspondencia que sería investigada por peritos calígrafos, allá él. A algo se atenía o algo así deseaba, tal vez sin aceptarlo del todo, que sucediera (el criminal que en el fondo quiere ser castigado), pero muchos lustros después. Él, Bruno, no haría lo mismo, no correría el menor riesgo: sus hojas quedarían intactas, sin ninguna corrección manuscrita, e incluso manipularía con guantes de estambre algunas de las fotografías y, por supuesto, todos los microfilms.

¿Pero en definitiva qué tenía Junius que él no tuviera? Caramba, se dijo, la importancia burocrática del puesto que ocupaba Junius en la Inglaterra del siglo XVIII no era la única que determinaba el impacto de sus artículos en la sociedad de su tiempo. También la genialidad de su estilo contaba, su deliberada imitación o muy bien asimilada integración o refundición en su prosa de las mejores líneas de Tácito y de Séneca, su admirado filósofo y autor favorito. Acerca de su identidad se forjaron innumerables suposiciones, tantas que llegaron a enlistarse más de treinta personas que pudieron haber sido Junius. ¿En quién recaerían las sospechas actualmente? ¿En el comentarista de algún semanario que escribiera con iguales giros, semejantes párrafos largos, metáforas anticuadas que delatarían por su amaneramiento a un hombre de poco más de cuarenta años, periodista, locutor, editor? ¿En qué cabeza cabía atribuir a un redactor contemporáneo frases o expresiones como «miel sobre hojuelas» o palabras como *genízaros* o *pelafustanes*? Detrás de lo escrito procuraría que asomara la bestia de un corrector anquilosado, maniatado en los moldes de figuras retóricas que fueron aceptables en su juventud. Era otro el nivel de Junius. Sus cartas fueron leídas por primera vez en *The Public Advertiser* de Londres hacia 1768, el 21 de noviembre, y más tarde, en sucesión no interrumpida desde el 21 de enero de 1769 hasta el 12 de mayo de 1772. Las suyas —no sus cartas: sus invenciones— aparecerían bajo la digna forma de un libro aproximadamente dos siglos después en un país de otra cultura, otra historia y otra lengua. Y en una ciudad imaginaria.

Deshuesar, negociar, maltratar, denostar, ultrajar, abusar, ofender, traicionar, desacreditar, calumniar, deturpar, eran los verbos que Bruno debía evitar no para dejarlos implícitos en el sentido global del mamotreto sino con el fin de no pasear

jamás la mente del lector por los meandros de una connotación parecida. Creía sin embargo que todo aquel juego de artimañas, giros verbales, referencias irreprochablemente inventadas y peculiares afijos, tendrían más tarde un efecto de búmeran en su contra. Sería señalado: el colaboracionista, el traidor, la pluma mercenaria, el *ghost writer* que tiraba la piedra y escondía la mano, el pérfido. El simple temor imaginado lo paralizaba ante la máquina de escribir y la hoja en blanco. Sabía también (no podía hacerse el ingenuo) que, como las huellas digitales, los tipos de la máquina podrían asimismo ser identificados al microscopio y mediante ampliaciones fotográficas reveladas en papel de tenues líneas azules o superpuestas en una lámina transparente y cuadrículada. Vino a su memoria el caso concreto de Alger Hiss, que fue condenado por espionaje justamente tomando como prueba una Remington con la que, según quisieron argumentar la parte acusatoria y el FBI, fueron copiados los documentos del Departamento de Estado, escondidos y descubiertos después en una calabaza. Tanta prevención no parecía tener fundamento (nadie estaría en condiciones materiales de hacer una comparación ni un análisis cuantitativo o cualitativo o grafológico —como le había sucedido al pobre de Junius— de sus recursos estilísticos), pero no recordaba si había firmado o no alguno de sus artículos perdidos en revistas de provincia ilocalizables o si en algún lugar había dejado una nota o una lista de compras de su puño y letra. Para excluir aún más todo peligro de identificación posible contaba con la seguridad (así se lo habían dicho) de que el manuscrito pasaría en cadena por las manos de varios revisores y editores a la inglesa que uniformarían o deformarían (pensó él, molesto) la redacción hasta volverla de tono objetivo e impersonal. No habría riesgo alguno, sobre todo si en el taller de mamotretos se contaba además con un técnico en procesamiento de datos.

XI

La gran nave de la antigua iglesia dejaba entrar la pálida luz de la mañana en el recinto de la hemerobiblioteca. Montones de expedientes se elevaban de las mesas y del suelo junto a las repletas estanterías de libros. Escritorios de caoba, entre pequeños cubículos divididos por ventanales, servían a los investigadores, que abrían grandes volúmenes de periódicos y revistas coleccionados. En las bóvedas de la iglesia, cuyos rasgos churriguerescos hacían sobrevivir el pasado colonial, se traslucían aún los frescos que en serie mostraban a lo alto el vía crucis de Cristo y que en algunas partes se descomponían en pátina, fuera del alcance de los restauradores. Un eco de pasos resonaba al fondo de la pared cubierta de mapas y calendarios. Los archiveros de madera tenían clavijas de cobre desgastadas. Las hojas de los altos tomos encuadernados se desprendían solas, cremosas, y de vez en cuando, según la ligera corriente de aire o la perspectiva del visitante recién llegado, iba y venía un olor a húmedo encierro. En ediciones todavía nuevas, a medio abrir los libros en rústica, se organizaba la historia del país y de sus principales personajes bajo un sistema de redes en el que se cruzaban las diferentes biografías y procedencias políticas hasta trazar el ascenso o el descenso, o el desplazamiento lateral, de cada uno de los protagonistas que de manera periódica producían información o la retenían toda o a medias.

De unos recortes apenas ordenados, recuadros tomados de la prensa y enmarcados con rápidos trazos de lápiz rojo, papeles unidos por clips con el nombre de la publicación, la fecha y el número de página al calce, empezaban a recomponerse sobre el escritorio, como piezas de un rompecabezas, la historia y sus elementos dispares: unas cuantas líneas, unos párrafos sin relación de continuidad en los que escuetamente —con la fingida objetividad o imparcialidad del reportero— se hacía la crónica, al lado de un reportaje gráfico, de varios grupos de estudiantes unas veces reunidos y otras dispersos que corrían perseguidos por unas patrullas de la policía

mientras un camión remolcaba unas jaulas. En otro recorte de un diario se daba la noticia de la desaparición del profesor Ocaranza: había abandonado esa noche, ya muy tarde, las oficinas de *El País* y luego de caminar varias cuadras cinco individuos, altos y de pelo corto, bajaron de una camioneta azul ártico sin placas, casi blanca, y le salieron al paso. Le apuntaron con una escuadra y no se supo del profesor en tres días, según se infería de otros recortes de prensa añadidos con una grapa, en los que se cerraba el relato con la simple conclusión de que se le había encontrado en una fiesta vestido de mujer. Bruno completó la escena ante sus ojos revisando un juego de fotografías y los borradores de una denuncia que no llegó a presentarse ni a publicarse, y pudo precisar que los asaltantes ordenaron a Ocaranza que subiera a la camioneta, le vendaron los ojos, lo llevaron al descampado donde inconsciente le pintaron las uñas y los labios y las cejas antes de fotografiarlo y forzarlo a que adoptara poses «obscenas».

Bruno solicitó copia de cada uno de los recortes y mientras esperaba pensó en la prudencia, la frialdad, la impersonalidad técnica que debía hacer sentir para ser admitido en el gran taller de panfletería. Si sobre sí mismo se traspapeló en el material que le dieron un informe policiaco que reseñaba lo que los agentes suponían sus primeras incursiones en la ciudad, sin advertir que en realidad se reintegraba a sus orígenes luego de más de veinte años de ausencia, su actitud coherente era fingir demencia y en todo caso atribuir lo escrito sobre él al pasado biográfico del profesor Ocaranza. Si entre los informes psiquiátricos se incluían historias clínicas relativas a cualquier enfermo cuyo expediente se elegía al azar y sólo en función de una edad semejante a la del profesor, su deber era considerarlo en frío y calcular de qué manera las calificaciones de los médicos podrían hacerse coincidir con la conducta de Ocaranza en su juventud o en tramos de su vida aún no esclarecidos del todo. Por ello más gusto que sorpresa le causó el «reporte» que establecía, de manera muy sucinta, los pormenores de sus «primeras» errancias por la región, desde el momento en que bajó del avión y se le suponía un forastero, un visitante anónimo sin antecedentes buenos o malos: Bruno vio allí entre los informes su ficha del hotel Serena, la descripción de los contactos que hizo desde el principio para encontrar trabajo y dedicarse más tarde a editar una revista de luchadores, bailarinas, asuntos policiacos y políticos. Por lo visto no se entendía muy bien la mezcla que hacía del mundo de las actrices con el de algunas figuras del poder. El espectáculo en su revista tenía las mismas reglas que la vida pública, la misma proclividad narcisista, el mismo cuidado por el detalle y el mismo sentido del tiempo, la ocasión, el *timing*, el momento oportuno, el arte de callar y de hablar, el talento para manejar el silencio, las pausas, retener la información, extraerla, ofrecerla en fragmentos, darla completa o exagerada, escamotearla.

Sí, hacía saber a sus superiores un agente sin nombre ni clave de identificación: Bruno Medina venía haciendo desde hacía ocho meses una labor parecida al chantaje, en pequeña escala pero a innumerables personas; se había venido dedicando a la

elaboración de una revista semanal de carácter policiaco y no pornográfico, pues la publicación de fotografías de mujeres en paños menores y sin paños era un mero aditamento o mejor dicho un accesorio para darle mayor atractivo a las notas rojas, que suelen ser muy tristes, ya que ante todo lo que se persigue o pretende —el informante atribuía este argumento a Bruno, en un inexplicable desagravio que no tenía por qué concederle— es informar sobre las actrices, humildes pero trabajadoras, de la asociación de actores local y sucursal de la nacional, cuyo sindicato está interesado en la promoción de sus fotografías, con fines de trabajo.

No eran los datos sobre sí mismo los que lo desconcertaban sino esa especie de justificación no solicitada que deslizaba el agente, el mismo tal vez que en el vestíbulo del hotel Serena le mostró un duplicado de su pasaporte. Al no estar fechado el «reporte», lo único que se le ocurrió fue que se redactó unos ocho meses después de su llegada, y que no contaban con que conocía mejor que sus vigilantes el terreno. Bruno se había sentido siempre atraído por la curiosidad de saber con exactitud qué significaba iniciarse en la vida a través de meras imágenes estáticas. Ya no se enteraba de los acontecimientos cotidianos por medio de la observación o la experiencia directa sino mediante las palabras de los diarios o los libros o las fotografías que ilustraban las revistas en los estantes públicos donde se solazaba hojeándolas. Así, obraba por la vía de la representación, por el camino del fingimiento, de algo que daba el todo por una parte. Pero de aquel acto contemplativo (la vista absorta recorriendo las páginas repletas de grises y negros, de cuatro colores superpuestos y brillantes que adulteraban magnificando o embelleciendo de manera artificial los objetos y las personas) brotaba una incomunicable, secreta alegría. Porque en las páginas de una revista nadie vivo existe; todos están representados, en una situación subrogada. Se trata siempre de una proposición, una sustitución convencional. Y no otra cosa era aquel mundo de mujeres desnudas y luchadores enmascarados que Bruno iba recortando al croquis y pegando en grandes láminas de cartulina apaisadas arriba de los pies de foto que él mismo inventaba, junto a sus comentarios de lucha libre que cocinaba semana a semana basándose en las noticias de las páginas deportivas y sin asistir jamás a tener la experiencia directa de la lucha en la arena y entre la algarabía del público y que firmaba como el Cronista Enmascarado.

Como las bailarinas a los cabarets, venían de la capital las estrellas del ring, y pronto los juicios tajantes del Cronista Enmascarado establecían pronósticos y tomaban partido por el Santo o la Tonina Jackson. Sin la vivencia del espectáculo, Bruno dejaba que las crónicas de los diferentes diarios alimentaran las suyas. Ciertas noches de la semana las instalaciones del circo estaban reservadas a los encapuchados y a los luchadores técnicos, maestros en las patadas voladoras de la lucha aérea y en llaves como la quebradora. Allí en el circo cobraban vida los modernos gladiadores que se repartían el bien y el mal y el espacio en las revistas. Allí llegaban Alejandro Cruz (el desenmascarado Black Shadow), hermano de Blue Demon, y con igual

señorío el Santo y el Cavernario Galindo, Sugi Sito, Enrique Llanes, el Médico Asesino y el Enfermero. En los puestos de periódicos se hacían competencia las publicaciones de box y lucha y las vodevilesas. Eran las mujeres de la capital, en tinta sepia o negra, y en las páginas de *Veá* y *Vodevil* se leían historias que se sucedían de un número a otro en la forma clásica del género folletinesco. Una de ellas aparecía jugando con una escoba que se le untaba en los muslos, luego se tendía en la alfombra y cruzaba las piernas, mientras en otra parte de su colección Bruno veía al luchador enmascarado correr hacia el centro del circo, entre los espectadores, vestido con una gran capa al vuelo de terciopelo y lentejuelas, el alto cuello rodeándole la nuca como a una princesa. Escondidos debajo del colchón o en un rincón del ático en la casa a medio construir, los ejemplares solían llenar las tardes solitarias de Bruno, mientras el Santo se apuntaba tres caídas para salir con su incógnita intocable, al tiempo en que Alejandro Cruz sentía las inclemencias de la humedad nocturna en la frente y el pelo antes de que concluyera todo y dejara su melena en el cuadrilátero frente a un desalentado grupo de partidarios que lo seguía hasta los vestidores. Allí, en el sótano del edificio del hotel Serena, en la zona norte de la ciudad, Bruno recortaba minuciosamente las fotografías que iba pegando con engrudo en los cartones de composición: las siluetas de las *vedettes* que por la mañana retrataba en los entarimados de los cabarets, luego de que en las primeras horas del amanecer el último cliente abandonara el lugar o se quedara dormido en cualquier mesa, lo cual en cierta forma permitía el claroscuro de las soñolientas figuras, a media luz natural, a medida que se oreaba el ambiente y se dejaba salir el hedor de tabaco y sudor y aliento alcohólico de los últimos marineros de la madrugada. Así se le veía concentrado y en silencio allá en el fondo de su cuarto oscuro donde, también él con los ojos irritados por el desvelo, seguía con tijeras las líneas de las piernas y las cabelleras, las caderas y las rodillas de las encueratrices más jóvenes y desgarbadas que en esos años brillaban como estrellas multicolores en las marquesinas y aspiraban a la gloria nacional e internacional de Ninón Sevilla, Meche Barba, María Antonieta Pons y Rosa Carmina.

A su ya realizada vocación de cronista enmascarado, editor y reportero, añadió el entusiasmo de refundir en su revista, con el mismo tono y el mismo despliegue, notas policiacas y políticas con características regionales, color y sabor locales, mediante la fórmula de entreverar la violencia en todas las actividades abiertas y subrepticias que el medio de la naciente ciudad en expansión propiciaba como una película no filmada ni conocida por quienes se refugiaban allí en sus intimidades hogareñas, en sus esferas de cristal plastificado y seguro.

Pocos meses después de aquel aprendizaje lucrativo, inserciones pagadas y embutes, cartas apócrifas a la redacción, entrevistas imaginarias con funcionarios, luchadores y actrices, Bruno fue cediendo poco a poco a la tentación de poner en práctica el proyecto de recoger diversas versiones unidas por un criterio común: la interpretación de los hechos tendiente a desviar el juicio que hasta ese momento

empezaba a cobrar consenso en la opinión pública. No pudo negarse. No sabía decir que no.

Más tarde, allí estaban sobre la mesa las primeras cuartillas. El vocabulario, los diccionarios de sinónimos, el manual de retórica y poética, las declaraciones de los testigos y de los declarantes en los careos, los párrafos de la defensa citados de mala fe, apenas disimulaban la materia bruta de la primera versión. La ubicación de los verbos respecto a los sustantivos se veía intencional, falsa, demasiado amañada y los mecanismos mentales con que asociaban los varios elementos de la historia cobraban semejanza con los que lo llevaban, en el juego, a disolver el conflicto. Cuando tenía una alternativa, como la de perder o ganar, resolvía que ambas soluciones le serían benéficas o cuando menos no perjudiciales. Ante el desafío que significaba la proposición del libelo adoptaba la misma actitud que ante el juego: triunfar o fracasar en el tablero de ajedrez o en la cancha de tenis se volvían valores equivalentes. Le daba igual perder o ganar. Y ante la ira, el coraje de su adversario y su ansia por salir triunfador, colocaba las piezas en tal forma que se dejaba vencer sin que el contrincante se apercibiera de su íntima, secreta maquinación: cederle el juego de una manera insospechable, aparentando un error estratégico. Así eludía el riesgo, ocultando una burla en contra de todos. Si tanto me quiere ganar, que gane, vamos, ahí está, ya ganaste tú, imbécil, se decía con furioso gozo en su interior. Si supieras que en el fondo yo soy el que te ha hecho ganar. Qué contemplable era la estupidez.

No sabía decir que no. No podía enfrentar ninguna posibilidad de compromiso y, mucho menos, propiciarlo, así fuera pasivamente. Experimentaba un sentimiento de invalidez; nada podía hacer para rechazar la incitación de elaborar el mamotreto. Entró de lado al proyecto, como no aceptándolo del todo. Quería ver antes el margen de invención que tendría y los límites que el propio material de investigación le imponía. Quedó atrás el trabajo reporteril cotidiano. Siguió días de ocio al tiempo en que paulatinamente se adentraba en los materiales básicos que informarían las principales líneas argumentales, y fue durante esa primera etapa de preparación que sintió un cambio apenas perceptible en su manera de expresarse. Algo le decía que obraba de arriba abajo y en esa dirección empezaba a producirse su adjetivación: desorientador, imprudente, panfletario, irresponsable, provocador, eran calificativos que antes no había estado en situación de emitir. No se dan cuenta de que esto viene de arriba abajo. O son muy audaces o muy ingenuos o muy inconscientes o muy autodestructivos. Así se desplegaba su nuevo lenguaje. Qué autodestructivo es usted, profesor, se le ocurría pensar al leer los informes. No se da cuenta de que la piedra la tenemos nosotros y que un día le puede caer en la cabeza. Y allí, entre líneas, en el hecho de señalar que al profesor Ocaranza sólo se le habían tomado cinco fotografías en posiciones diversas, se encontraba una de las primeras señales de contenido cuya inferencia, según el propósito de Bruno, quedaría a cargo del lector. Una imagen valía por mil palabras. ¿Por qué mil?

El olvido va editando por su cuenta, fugado de nuestra memoria: la precaución de anotar en una libreta de apuntes cuanta idea o frase se le ocurriera dejaba de tener una función práctica. Jamás volvía Bruno a las notas, como si el hecho mismo de registrarlas lo eximiera de tener que recordar el motivo, el germen, de lo que probablemente iba a ser la matización de un tema. En todo caso, por sí solas, las reminiscencias se impondrían con el flujo natural de la vida, porque el destino también editaba. Y las perturbaciones venidas del exterior era mejor eludirlas, no darles entrada en esos momentos en que se quiere acceder al sueño fisiológico. No era lo mismo, qué diferencia, al intentar dormir, ocuparse en conciliar tantos pareceres tal vez no bien interpretados y que provienen de los innumerables contactos personales del día, que abandonarse relajadamente a las impresiones remanentes de la lectura en silencio o del trabajo conseguido gracias a la continuidad de muchas horas de concentración. No era lo mismo.

Más tarde sería cuestión de poner tal cuales los malos momentos, los exabruptos del profesor cuando vivía presionado: y luego se me dice que soy un alcohólico, un orate, pero él ni poeta es, es un farsante, una mierda. Todas las carreras son carreras militares. Yo no quiero napoleones aquí. Se les olvida que un hombre crudo es un animal sagrado. Y se lo estaba diciendo así —leía Bruno que decía Ocaranza— cuando mencionaron lo de mi renuncia y se las presenté, se las eché en la cara sin que me la exigieran, es cierto, se las puse de sombrero, se las embarré, luego de treinta y dos años de servicio.

La jubilación también se la podían meter por donde mejor les cupiera. Yo no quiero napoleones aquí, les dije, y tiré la máquina de escribir por la ventana del segundo piso y en la madrugada volví y les oriné los portones cerrados del edificio. Allí empezó todo. No, allí terminó todo. ¿Y quién era a fin de cuentas Ocaranza? ¿Un héroe trágico incomprendido y débil, pequeño, indigno de su propia conmiseración? Mentira. Ésa era la coartada: el libelo de su propia vida.

XII

Además, el gesto significaba un honor en la vida de quien había hecho ese voto de obediencia y esclavitud voluntaria que precisaba de una gran vocación y sobre todo de una entrega definitiva. Había que ser institucional: creer en las instituciones, no en los hombres. La relación con la autoridad, el patrón, la convivencia con los otros criados, se volvía allí una carrera de mulas que jalaban carretas tratando de morder la zanahoria colgada de un hilo amarrado a una vara sostenida por el jefe desde el puesto de mando. Bruno contemplaba la parsimonia solemne de la oficina, el ambiente de trabajo, la serenidad de quienes no tienen prisa, tomaba asiento en una de las sillas metálicas. Era un placer saber obedecer, ¿pero sabía tomar decisiones por sí mismo? ¿Era como un niño? ¿Era un bebé, un animalito? A ese taller —lo fue descubriendo poco a poco— habían ingresado burócratas jubilados que creían expiar sus fracasos políticos —fallas del azar, de las redes tejidas con los años, desde la escuela y los encuentros socialmente redituables— como un disoluto y voluptuoso libertino que se refugia y tranquiliza en el convento. El castigo tenía entre ellos, Bruno incluso, ahora, un significado formal; perdían puntos en su hoja de servicios. Austera, no militar, la hemerobiblioteca era un caserón de la época colonial, una iglesia soberbia en cuyas naves y galerías resonaban las pisadas y los resuellos como un eco proveniente del pasado. Sólo en su interior, en intramuros, corría la historia, se desarrollaba y dirigía. El exterior, el mundo real, el de la calle, sucedía allá afuera. Aquí, la palabra inventariada, escrita, era lo único que contaba aunque su asociación con hechos o dichos fuera prefabricada. El inventario, el archivo: eso era lo que contaba. Lo demás todavía no cobraba existencia. De ahí la validez incuestionable de las actas de nacimiento, los títulos de propiedad y profesionales, el papel moneda, la letra impresa, los sellos, los signos en molde. Como un seminario o escuela correccional, la gran fábrica concentraba el acervo de su propio mundo y sus habitantes. ¿Ya había mandado Bruno, ejercido el mando, antes? ¿Sabía dar órdenes?

Porque para saber obedecer había también que saber dar órdenes (le decían), y así se movían, unos a otros, con estas palabras. ¿Aquí? Sí. En un país de criados. Todos dicen que sí. De putas. Y la incapacidad de decir *no*, la impotencia, el servir para que otro cobre, se acoplaban muy bien con el proyecto de participar en lo que fuera como chofer, guardaespaldas, mesero, oficinista, policía, soldado, periodista, médico, bolero, sastre, cantinero, masajista, taquimecanógrafo. ¿Se trataba de un destino religioso? ¿Se entregaba Bruno a la servidumbre por ociosidad, humildad, sabiduría, interés en la vigilancia de los demás desde una posición intangible e impersonal? Se encontraba entre los hombres para no participar; receloso, no se comprometía con ellos. A la larga les impediría entrar en su vida, y los vencería, sí, a largo plazo, el que ríe al último ríe mejor. No, a él no le darían gato por liebre, pues no por mucho madrugar amanece más temprano ni era el caso de que vale más malo por conocido que bueno por conocer, al contrario: más valía pájaro en mano que ver un ciento volar, aunque una golondrina no hiciera verano. Harto. Estaba harto. No todo era blanco y negro... ni siquiera gris. Harto del no hay que hacer leña del árbol caído, harto del no hay que confundir la libertad con el libertinaje, harto del está muy bien la crítica pero la crítica positiva, no negativa, y a él la que le atraía era la negativa, la constructiva; harto de oír que en gustos se rompen géneros y que al que madruga Dios le ayuda. Pero ése era el lenguaje de la tribu. ¿Qué quería decir *perfectible*? Él, Bruno, allí y afuera, era una cosa. Experimentaba su cosificación como un placer ilegítimo. Era mucho más soportable cumplir con el papel de criado que participar, más fácil castrarse de antemano en un sentido figurado. Era más práctico y más pasivo que tomar decisiones y asumir responsabilidades. Mejor que otros las tomaran por él, por él que gozaba de una posición subrogada: el mensajero, el mandadero, el lavador de coches, el autor de las tareas más humildes del taller, el barrendero que recogía las virutas empapadas y las pegaba en una masa y en bloques y erigía paredes, muros, con ellos. Y la propina la aceptaba porque se trataba de llevar el pan a la mesa, lo cual era una actividad estrictamente personal; se daba debido a la particular naturaleza del servicio, prácticamente como si el criado diera la sopa en la boca, porque era algo que de alguna manera sólo debería hacer él: llevarse la comida a la boca, mondarse las muelas, cepillarse los dientes, componer en la máquina de escribir la versión gubernamental de la vida.

El más alto honor consistía en la destrucción de su identidad personal. No quería ser un individuo. Había aprendido no sólo a no ser él mismo, sino a no ser del todo... y a estar entre todos los demás sin chistar —con una ubicuidad ni siquiera morbosa, más bien indiferente, aunque no exenta de miedo—, como si no existiera. Era el hombre invisible. Su identidad era no tener identidad. Él era él y las cosas, el objeto pasivo de la historia, el redactor fantasma, el cronista enmascarado, y esa casa, esos alargados aposentos, aquel calor sacrosanto, aquellas órdenes, aquellos rechazos y desprecios y perdones y halagos más bien podrían ser el origen, la tierra, el afecto, la leche tibia, el regaño maternal y la reconvención sin rencores. Su periplo circular aún

no había terminado: como Telémaco, nunca había salido de casa y nadie podría explicarle mejor esta verdad. ¿Sabía, por lo demás, lo que veía en el instante en que pasaba del sueño a la vigilia? ¿Quería recordar aquella sensación? ¿Podría recordarla? No estaba dormido. Tampoco despierto. Pero la voz del sueño le decía: puedes preguntarme lo que quieras, y Marco Bruto al contemplar en la escalinata la figura abandonada de César le decía: podríamos no existir, nadie notaría nuestra ausencia.

Bruno era capaz de arriesgar la vida por una frase, por un juego de palabras. Cuando habló de que no era lo mismo el ejercicio de la política que la política del ejercicio le tomaron al vuelo la que se entendió como una sugerencia. De su propensión a exhibirse como caricaturista verbal pasó a dejar las frases a medio terminar, para que se interpretaran al gusto y se le ofreciera después cualquier trabajo irrechazable por la misma ambigüedad con que daba a entender que lo deseaba. De ahí los peligros de su indiscreción irrefrenable. Si algún día llegaba a conocerse la verdad, seguramente la sospecha recaería en él por algún comentario inoportuno. Tenía en sí mismo a su peor enemigo. No lo olvidaba y por ello se hacía el propósito de, una vez concluida la obra, eliminar por completo el recuerdo de su participación en el infundio, o retirarse tal vez a otro lugar del país o del extranjero.

Coludido con la versión de uno de sus informantes, enfrentaba ahora la oportunidad de someter sus debilidades a la disciplina que el libro de encargo le imponía. Ésa era otra de las ventajas: medir su voz, evitar la desmesura, no cometer imprudencias, aunque se le antojara hacer guiños al lector o insinuarle que los atributos del profesor Ocaranza correspondían a algún otro personaje vivo, por mucho que le atrajera la idea de sembrar aquí y allá sospechas de que el viejo periodista era, en algunos tramos autobiográficos, el autor de buena parte del mamotreto. La crítica, que de seguro no se publicaría en las secciones especializadas de los diarios pero sí se reproduciría de boca en boca en ciertos medios, no le importaba gran cosa si no se dirigía a él en lo personal. Sin embargo, le afectaba de una manera íntima, ante sí mismo, sobre todo si se juzgaba desarmada la historia, mal compuesta, mal hecha. Ante esa posibilidad sí se avergonzaba. No había a quién comunicarle, por lo demás, los motivos de su encono más profundo: el desprecio de que había sido objeto por parte de algunos editores, la indiferencia de ciertos centros de poder literario en los que se resolvía, sin más trámite, su inexistencia. Varias veces lo habían hecho regresar por donde había entrado, con su carpeta eléctrica bajo el sobaco y con la cantaleta amable de que el camino de las letras está lleno de escollos y de que no hay que abrir la puerta con demasiada facilidad a quienes quieren publicar. Tenía derecho, cómo no, a estar resentido. Cómo carajos no. Se sabía marginado, ignorado por todos, y para empeorar más su situación de trabajador solitario, de redactor disfrazado en cierta forma, de jinete solo en la pradera y acosado por coyotes, resentía encima el peso de no poder compartir con nadie estos rencores. A nadie podía gritarle que todos eran unos caníbales insaciables que no

dejaban hueso sucio, que la traición a sí mismo asomaba en el plagio de sus propios sueños, que se faltaba al respeto, que se condenaba a la esterilidad al trasponer, para evitar pensar, sus sueños por escrito y violentar ese mundo que no, no podía pertenecerle: era otro el que lo creaba, eran monólogos del más allá absolutamente sin sentido alguno.

En fin, sería lo de menos. Eran problemas del futuro y no había por qué adelantarse a los hechos.

XIII

Nos permitimos hacer del superior conocimiento de usted que con esta fecha dimos cumplimiento a la orden de investigación y vigilancia respecto a la congregación estudiantil en los tramos del bulevar Salinas y el bulevar Agua Caliente que se llevó a cabo al atardecer, alrededor de las seis de la tarde, del martes próximo pasado. Recibiendo la comisión de vigilar el entronque de ambos bulevares salimos de inmediato a esa zona y sin novedad y siendo las 18:30 pasó una unidad de bomberos con rumbo oeste y luego pasaron seis camiones de la policía con personal a bordo, ignorándose su destino. Dimos parte de inmediato, haciendo después el recorrido por el bulevar Agua Caliente y encontramos los comercios cerrados, excepto una cantina y una farmacia. Dimos parte de la situación y se nos ordenó trasladarnos al Club Campestre.

Varios autobuses de diferentes líneas se encontraban secuestrados y bloqueando las calles adyacentes, y nos apercibimos también de la presencia de unos trescientos estudiantes que cubrían la entrada del club y efectuaban un mitin en el cual se injuriaba severamente al gobierno constituido así como a las autoridades policiacas. Después de tomar la palabra varios dirigentes y delegados de diferentes escuelas se invitó al público en general a pasar al salón de baile del club, mediante previa identificación, ya que tenían conocimiento de que allí se encontraban varios agentes de las diversas corporaciones policiacas; esto lo hicieron con el objeto de que personas ajenas al estudiantado no se introdujeran en dicho plantel, en el cual se encontraban muchas mesas en el centro como barricadas hechas de los mismos muebles del lugar colocados a la entrada y además una leyenda que decía «Agresión bruta: fuera pistoleros», por lo que viendo la situación nos introdujimos en el edificio en construcción que está al frente, desde el cual pudimos observar que golpeaban a dos individuos diciendo que eran perros de oreja, así como a unos veinte individuos en la azotea con fogatas, ladrillos y bastantes frascos, al parecer bombas molotov.

Allí en el edificio nos informó el velador que una muchedumbre se introdujo tumultuariamente en dicho edificio rompiendo la barda de madera para sustraer varilla, ladrillo, madera y piedras.

Acto seguido procedimos a dar parte por la vía telefónica, y mi colega, entonces, al solicitar a un transeúnte si no tenía cambio de un peso pues necesitaba monedas para telefonar, reconoció que el desconocido, quien muy amable accedió a darle la moneda, era el mismo que se había visto en ocasiones anteriores y que en el medio estudiantil reconocen como profesor Ocaranza. No le prestamos más atención y se dirigió hacia la puerta del Club Campestre a platicar, según se nos dijo más tarde, con los estudiantes que se reunían alrededor de la alberca. Después de deliberar unos momentos procedieron a reacomodar los autobuses en el campo de golf con el fin aparente de tapar cualquier acceso y sacar el aire a las llantas, percatándonos entonces de que los vehículos llevaban leyendas injuriosas para las autoridades. En estas maniobras fue cuando destruyeron un poste del alumbrado público llevándose la lámpara al interior del club, dando parte cuanto antes; después estacionaron dos vehículos quitándoles bujías, cortando bandas y sacándoles la gasolina para prepararse a incendiarlos en caso de que se presentara la fuerza pública. En el transcurso de estas maniobras estuvieron pidiendo identificación y evitando la circulación a cuanta persona pasara por la zona, dando parte. En ese momento empezaron a llegar grúas para retirar los camiones. Tras unos minutos de espera, los transportistas decidieron dirigirse a la puerta posterior del Campestre y allí se encontraron con que uno de los autobuses, marcado con el número 94, había sido llevado por los estudiantes hasta el pórtico del edificio. Uno de ellos, alto y con chamarra de mezclilla, se entabló en una disputa con un preparatoriano no identificado que se oponía al regreso de los camiones, a la devolución, debe decir. Llegaron a las manos, pero sus compañeros los separaron. El susodicho oponente se separó del grupo y sin que nadie lo advirtiera se trepó al camión número 5 azul y blanco de la línea Altamira. De pronto empezó a salir fuego de ese autobús y los propios estudiantes sofocaron el incendio con tierra y con un extinguidor de espuma que trajeron del interior del Campestre. Los magnavoces de una patrulla llamaban a la cordura y pedían a los estudiantes que depusieran su actitud. Luego invitaron una y otra vez a los muchachos a que se retiraran a sus hogares. Algunos hicieron caso, pero la mayoría no. Unos quisieron quedarse a ver cómo sacaban los autobuses y otros para impedirlo. Mientras tanto los choferes se impacientaban. Uno de ellos advirtió que se estaba incendiando un camión y decidieron entrar a saco para rescatar los autobuses, pensando que todos podían incendiarse. Se le ordenó al chofer de una grúa que intentara quitar de la puerta el autobús que estorbaba la entrada. El operador enganchó la gigantesca unidad y trató de jalarla hasta la calle. Fracasó en el intento, porque el camión se incrustó en uno de los quicios.

Los estudiantes dejaron de pelear entre sí y los que se oponían a la devolución de los camiones decidieron hacer frente al nuevo enemigo. En un santiamén se

generalizó la pedriza contra los transportistas, quienes regresaron a su vez los mismos proyectiles junto con pelotas de golf que rebotaban peligrosamente y los estudiantes tuvieron que tenderse pecho a tierra. Alguien ordenó a los choferes que sacaran ese autobús a como diera lugar, aunque tuvieran que derribar la puerta. Se ordenó entonces a una grúa que diera vuelta a los campos y penetrara por la puerta posterior. El chofer obedeció, pero al entrar en los terrenos del campo de golf recibió una verdadera lluvia de piedras y pelotas que destrozaban los cristales del vehículo. El chofer, entonces, salió por piernas.

La guerra a pedradas y bolas blancas de pasta se reanudó. Los estudiantes regresaron a su vez las piedras que ya les habían devuelto los transportistas y otra vez los proyectiles volaron de uno a otro lado. Mientras tanto una grúa seguía luchando sin éxito por desentramar el camión que estaba estorbando. El motor aullaba y las llantas patinaban sobre la tierra suelta, pero la gigantesca mole no se movía, como si estuviera atada con garras a las entrañas de la tierra. Entonces otra grúa como un dinosaurio se acercó en reversa a la que trataba sin lograrlo de desatascar el autobús. Un ayudante del operador enganchó ágilmente a la otra grúa con la defensa delantera y unos segundos después se lograba el objetivo. El autobús salió por fin del atolladero, entre rugidos de motores, patinar de llantas y una lluvia de chispazos producidos por el acero al rozar contra el concreto y las puertas de hierro. Otra grúa se engarzó en reversa contra una de las puertas, la enganchó y derribó al jalarla. Piedras y pelotas de golf continuaban sobrevolando de uno a otro lado, como en una batalla medieval en la que se hubieran arrojado cadáveres con catapultas y vejigas de cerdo llenas de aceite hirviendo. De pronto apareció por el bulevar un camión de redilas que remolcaba unas jaulas con leones, al parecer de circo, amarillas y con letreros borrosos. Los estudiantes quedaron estupefactos. También algunos policías. Siguió aumentando la tensión. Hubo gritos y silencios, y el camión que iba jalando las jaulas iba precedido por un motociclista que le abría el paso. Mientras los estudiantes huían, casi atropellándose con los agentes, el chofer del camión estiró la mano para soltar las puertas de las jaulas, pero los leones se negaban a salir. Les tuvieron que pegar con látigos, parecían animales viejos, cansados. Uno de ellos, pues eran tres, sólo rugía de cuando en cuando y bostezaba como echándose a dormir. El efecto psicológico de todas maneras se había cumplido, los estudiantes no creían que nada más era para asustarlos. Eran poco después de las ocho de la noche, las 8:15 para ser precisos, cuando hicieron acto de presencia treinta patrullas y once autobuses cargados con agentes provistos de equipo antimotines. Centenares de jóvenes y curiosos huyeron desparramándose por todos lados cuando de los vehículos oficiales, colocados junto a las jaulas de los leones, bajaban presurosamente los policías con cascos que ocultaban sus rostros con caretas transparentes de plástico, con macanas especiales y rifles lanzagranadas. La fuerza pública entró a la vez dividida en grupos por las dos puertas del edificio, realizando una operación de pinzas. Hubo algunos muchachos que escaparon aterrorizados brincando las alambradas del campo de golf.

Otros corrían en todas direcciones gritando que ahí venían los leones y de repente se veían frente a frente con algún policía, el que hacía uso de su macana. Se produjeron varios incidentes, pero ninguno de gravedad o con lesiones que ameritaran atención médica, siendo falso por tanto, como pudimos comprobar, que uno de los leones hubiera descuartizado el brazo de una estudiante. Unas jóvenes que se habían acercado para curiosarse sufrían ataques de histeria y gritaban horrorizadas y lloraban. Otros estudiantes se vieron traicionados por su inmadurez y no sabían qué hacer. Dentro y fuera del edificio la policía aporreaba y efectuaba detenciones de algunos estudiantes y uno o dos profesores y luego los metían en jaulas y patrullas. Serían unos veinte de ellos que forcejeaban con los guardianes del orden al tratar de huir. Cuando se presentaron las patrullas los estudiantes corrieron al interior del club, lográndose capturar a nueve, quedando sitiado todo el edificio, y casi al mismo tiempo llegaron más grúas y gran cantidad de elementos uniformados y con chalecos antibalas. Se les conminó a los estudiantes a que salieran sin oponer resistencia a lo que ellos no accedieron exigiendo que no se les profanaran sus terrenos puesto que allí iban a construir su universidad y que les dieran las garantías que la Constitución reza, estando ellos en la azotea y el edificio a oscuras. Esto duró hasta que se presentó un batallón de armas de apoyo de la brigada de infantería al mando de un coronel que no se supo su nombre así como tres tanques blindados y vehículos ligeros de asalto. Un comandante les dijo que se rindieran y que no les iban a pegar a lo que ellos contestaron que les dieran un vehículo y se iban a su casa. Se les pidió de nuevo que bajaran de uno por uno y al no hacerlo les dieron cinco minutos para que procedieran a bajar pero ellos en lugar de descender entonaron el himno nacional. Y como no bajaban aún abrieron la puerta y subieron por ellos encendiendo la luz, bajándolos a macanazos y culatazos de uno en uno hasta contar más de ciento cuarenta detenidos faltando parte de los que se encontraban en el mitin, los cuales se fugaron por la parte trasera del edificio hacia los cerros, y además se descubrieron varillas de fierro, bombas molotov, piedras, botellas de vino a medio consumir, una olla de pulque, volantes de exhortación a la violencia, estopa, gasolina y asientos de autobuses capturados. Después se embarcó en jaulas y carros a los detenidos para conducirlos a la cárcel. Eran cerca de las cuatro de la madrugada. La policía aseguró que muchos de los muchachos presentaban inconfundibles síntomas de estar drogados. Tan drogados como los leones, dijo uno de los tenientes, medio en serio medio en broma. En pocos minutos, el Campestre quedó vacío, salvo dos o tres policías en cada puerta y en las esquinas del campo de golf. Ya para ese entonces las jaulas habían sido desalojadas del escenario, por órdenes de un general allí presente que comandaba la operación. El movimiento de rescate de los autobuses se puso en marcha de nuevo en medio de gran tensión, pues se temía que los estudiantes se reagruparan. Varios de los autobuses fueron desbielados premeditadamente. Los estudiantes vaciaron el aceite y pusieron a funcionar los motores hasta reventarlos. Les echaron azúcar a los tanques de la gasolina, y pintura por el carburador para inutilizar los motores. Los radios de

los veinticuatro autobuses fueron extraídos de su lugar. Sólo nueve de las veinticuatro baterías fueron recuperadas. Fue destrozado el alambrado eléctrico de todas las unidades. No hubo un solo camión al que no le hubieran destartado los asientos y le hubieran roto los vidrios. A todos los camiones les perforaron las llantas con picahielos, navajas y cuchillos. Lo que comunicamos a usted para lo que a bien tenga ordenar adjuntando propaganda así como los números de las placas de los automóviles que estuvieron proveyendo de estopa y gasolina a los alborotadores.

XIV

Lo que le había sucedido en los últimos días era que había perdido el tono. Experimentaba como una empresa irrealizable la posibilidad de recuperar el entusiasmo y la concentración continuada que en un principio lo movieron a ordenar, parte por parte, los fragmentos dispersos y las ideas apenas bosquejadas que había garabateado en su libreta de apuntes. Contaba por un lado con los recortes de periódicos, los partes policiacos, los historiales clínicos, y por otro con las transcripciones de las cintas magnetofónicas que se le habían suministrado y que registraban el habla, el modo coloquial, de los personajes previstos. Pero, y aquí venía lo más desquiciante, la grabadora empezó a parecerle un instrumento diabólico: hablaba y pensaba por él, erigía casi en persona física a otro idéntico a él mismo, era como el equivalente sónico de un espejo, una voz sin cuerpo, sola y desnuda, una voz distinta a la que por su cabeza circulaba incontenible, como un río loco.

Despertó sudando. Aún la mañana no se había definido: era la continuación dilatada de la noche, oscura y muda. Trunco el sueño, el pensamiento incesante no lograba disminuir su aceleración. Nada podía frenarlo. Ni un grito. Ni un conteo de venados en la colina imaginada. Fluía el pensamiento a tropezones, en imágenes y palabras, objetos, cajas de zapatos que contenían basura, toallas absorbentes manchadas de sangre, bolsitas de té, paños, y además una escalera, computadoras, discos de archivo, tarjetas perforadas; frases sueltas, incompletas, sin relación de continuidad: de fuentes generalmente bien informadas, la arrogancia del poder desquiciado, sus aspectos agresivos lindan con la necrofilia, no pudo identificarse con su padre ni con su madre. Como entre visillos, aquí y allá, se colaba en el sueño interrumpido el presentimiento amenazante de que algún día, tarde o temprano, sería descubierto. ¡Oh, dolor! ¡Oh, piedad! ¡Oh, silencio inalcanzable! Páramo de alivio. Médanos en los cuales recostarse. Hamacas. Añoranza de una caída en el vacío, entre las nubes más altas y desoxigenadas y la tierra.

Y tenía que empezar de nuevo la historia. Muy mal había entendido hasta entonces que de lo que se trataba era de hacer ver el proceso de degradación elegida al que se entregaba un redactor seducido por la encantadora maldad del anonimato. Los materiales periodísticos con los que había sido provisto empobrecían su imaginación, le impedían hablar con su propia voz, eran una rienda que lo maniataba y circunscribía a un plan perfectamente trazado por otros. La uniformidad de la información, los boletines oficiales, los diecinueve diarios matutinos que le entregaban todos los días no lograban armar uno solo digno de lectura —conforme a una muy selectiva edición personal, de lector— sino una variedad de periódicos que en rigor, bien vistos, eran el mismo pero con diferente título.

Ante el panorama deprimente de una prensa avasallada, Bruno sabía que en el fondo el profesor tenía razón. Cómo no coincidir con él si ambos —Bruno y él, según Bruno— eran muy buenos en su oficio. Aquí sí que se sentía de tú a tú, en el mismo nivel de excelencia, y lo reconfortaba el hecho de tener enfrente por lo menos a un enemigo respetable.

Muchas veces, al leer y releer los recortes y los cuadernos de notas que se le habían proporcionado, Bruno sentía que a él mismo, a Bruno, se refería el profesor Ocaranza cuando hablaba con desprecio de los diversos empleos que precedieron a su asunción del periodismo. Vendedor de autos, maestro rural, cobrador de facturas para una fábrica de camisas, litigante en ciernes, cantinero, telegrafista: todos estos oficios le habían producido un desencanto insoportable y se fue apartando de ellos. Sus inquietudes, sus delirios quijotescos, no tenían cabida en el mundo y optó entonces por irse marginando para, según él, no ser tragado. Había que dar voz a quienes no la tenían ni podían tenerla, y así vislumbró no lo que podía ser una vocación (nada en su pasado juvenil lo había encaminado por ahí), sino sencillamente una posible arma de lucha, pequeña, constante, como una gota de agua que horadaría las rocas de la estulticia. Se fue aislando, pues, hasta el día en que descubrió el olor de la tinta y tuvo la sensación de que su destino estaba programado. Luego, de esa adicción no pudo librarse nunca. Las máquinas de la imprenta, el brillo líquido del plomo fundido, lo marcaron, como un troquel, como la aguja que deja un tatuaje perpetuo. Se hizo a la idea de que en la prensa encontraría una actividad que no tenía por qué comprometerlo con todo lo que detestaba, pero el sueño duró poco. Pronto comprendió que el oficio lo ligaba como en un tormento chino de la época de los mandarines a todas sus repugnancias. Creía, incluso, que podría tener la coartada del espectador, pero poco a poco se aventuró por el rumbo del servidor más impotente de todo aquello que nació rechazando. Se convirtió en el sistema de sonido, en la caja de resonancia, en el instrumento de todos los que no sabían hablar y mucho menos escribir (no de los que tenían voz ni medio en donde expresarla), como una grabadora, como una mecanógrafa. Si no fuera por nuestro oficio, llegó a decirle a alguien, tendrían menos efecto las actividades del mundo feliz. Se sintió el peor, o el mejor alcahuete del pueblo, el correveidile de todos los inspectores y todos los

protagonistas que usufructuaban las páginas de esos heraldos negros, un siervo de sus voces, el redactor de las declaraciones intercambiables de los funcionarios o de los gerentes o de los directores, el fiel transcriptor de las palabras trucas y disociadas de los hechos que pretendían representarse en un país gobernado por gánsteres.

Era cierto —se daba ánimos— que un periódico como el suyo podría abrir una brecha en el aparato periodístico que en aquel tiempo se caracterizaba por una asfixiante calidad ilusoriamente nacionalista. Sin embargo, no fueron en vano aquellos años, se decía. Crearon escuela, propiciaron una cierta conciencia por parte de autores y lectores. Fue una época de limpieza y valentía que era iluso suponer eterna. Se regocijaba de que una publicación como la suya cambiara pautas, rompiera con el modo tradicional de aislar las notas rojas de las políticas y propusiera incluirlas con igual relevancia que la información de espectáculos; pero a menos de un año de aparecer en los puestos, *El País* dejó de jugar el rol del último reducto democrático liberal del gobierno, pues el Estado lo mantenía (lo supo después) y le otorgaba un crédito ilimitado de papel. Ocaranza no era el dueño, cierto, pero a veces se divertía; era el que trabajaba, el encargado de la obra negra, como decían sus compañeros de dominó en la Ballena. Eso sí era ser un libelista, con firma y todo, con fotografías, con editoriales pagados, con el ardid de la objetividad, con cierta credibilidad a veces, mucho más efectivo que un escritor fantasma.

Hasta el día en que soltaron los leones del circo, hasta el momento en que se pagó una muy razonada y muy bien documentada campaña en favor de las instituciones psiquiátricas («tema que a usted tanto le obsesiona», le habían dicho a Ocaranza), *El País* fue la patada de ahogado del sector «progresista» del gobierno y él, Ocaranza, se había incorporado tontamente a ese proyecto hasta donde le había sido posible. Vino entonces la descomposición del periódico, por dentro, como una manzana engañosamente roja, ante la presumible inocencia de los lectores. El dueño aparente, testaferro de los auténticos detentadores del poder inmediato y ambiguo que a veces la publicación parecía tener, carecía por fortuna de la más mínima sensibilidad ante la información y el lenguaje. De ahí que en los primeros meses de trabajo Ocaranza fuera dejando atrás poco a poco la autocensura y abandonándose a los dictados de su glándula crítica. Utilizaría el medio de otros (un poder sordo, invisible, allá arriba) para ponerlo al servicio de otras causas y otras voces, a pesar de que la convivencia cotidiana con el dueño le resultara un pan amargo que tenía que ganarse todos los días.

El propietario aparente lo supervisaba poco, entretenido como siempre estaba en el teléfono o en los restaurantes o en las antecámaras de alguna secretaría de Estado. Así caminaba la cotidianidad de aquellos años hasta que tuvo lugar el derrumbe: tropa en las calles, tanques, sirenas que en la madrugada atravesaban una ciudad enloquecida y en vela, autobuses incendiados, cientos de miles de manifestantes en las calles. El desgaste era evidente: las cosas no podían seguir marchando como hasta ese entonces y pronto la censura se hizo sentir en el seno del periódico. El dueño ficticio se pegó a

su oficina prácticamente día y noche. Por el teléfono llegaban las órdenes de publicar desplegados tendientes a distorsionar lo que sucedía en las calles. Asociaciones fantasmas de profesionistas revolucionarios, nombres inventados daban la versión de los hechos idéntica a la oficial. *El País* tuvo que abandonar, por una especie de pudor extraño o para disimular su cinismo, su retórica vanguardista de antaño, quitarse la máscara y exhibir el verdadero rostro de sus dueños incrustados en el aparato represivo del régimen. Un reportero informaba desde un circo de las afueras que los leones se habían evaporado, o mejor: que nunca habían existido. Los titulares de la primera plana se inscribieron en la historia nacional de la infamia: LA INTRANSIGENCIA DE UN GRUPO SECTARIO PROVOCA LA ACCIÓN ENÉRGICA DEL GOBIERNO, CRIMINAL PROVOCACIÓN EN EL MITIN CAUSA DEL SANGRIENTO ZAFARRANCHO, SE DESVANECE LA EXISTENCIA DE LOS LEONES.

Y cuando Álvaro Ocaranza vio la máquina del teletipo escupir los primeros indicios de que algo turbio se fraguaba en aquellos días, entonces el propietario aparente convocó a una asamblea de todos los miembros del periódico para echarlo a la calle. La intimidación consecuente cercenó el intento de organizar a los trabajadores de la prensa y de oponerse a la inserción pagada de desplegados anónimos o firmados por asociaciones fundadas al vapor. Lo que vio Ocaranza salir del teletipo fue la misma esfera metálica de siempre, la bola de estaño en la que estaban grabadas las letras del abecedario, como en un globito terráqueo: todas las mayúsculas y también los números del cero al nueve, todos los signos que golpeaban el rollo de papel a una velocidad imperceptible para el ojo humano. Y allí se empezaron a trazar las líneas que ante la mirada atónita de Ocaranza parecían partes de guerra.

Bruno hubo de conocer más adelante el registro electrónico de aquellos hechos: véase página siguiente + resúmenes + tipo A. Sáltese el resumen especial + tipo B/resumen + número. Termine de preguntar + tipo C. 9 líneas. (C) Jaulas con leones fueron remolcadas aledaños escuelas superiores. Estudiantes refugiáronse gradas y salones del Museo y Biblioteca del Estado y dispersáronse campo de golf Campestre. Versión oficial acepta escape de un león al caer una jaula y abrirse una portezuela accidentalmente. Una estudiante perdió brazo descuartizado y fue puesta fuera de peligro hospital Cruz Roja. Un soldado mató a la fiera. Declaraciones veterinarios afirman leones estaban drogados y cansados. Comité estudiantil declara que leones estaban hambrientos y que la jaula fue abierta por un policía de careta transparente pero borrosa. 6 OF./TOM. 1177005/IRG. 3/líneas. Añádase nota leones. Jefe zona militar desmiente que león fue fulminado de un bazookazo. Aparte, dueños circo afirman leones nunca salieron sus instalaciones.

La dependencia de muchos poderes pero sobre todo del gubernamental impuso a *El País* la necesidad de aceptar esa mercancía que era de muy determinada calidad y de muy limitados alcances. Se llegó a extremos de caricatura, y así el periódico se

convirtió en el más implacable sancionador de la represión en todos los campos. La situación del periódico convirtió a sus trabajadores en lo que ya de hecho se había convertido él mismo: en agentes del gobierno. Sus páginas fueron a partir de entonces fuentes indispensables de la Procuraduría de Justicia. Las deformaciones personales del dueño aparente hicieron que se establecieran relaciones de complicidad juramentadas con sus subordinados, pero no había podido ser de otra manera: nadie en pleno ejercicio de su dignidad humana, su sensibilidad, su razón, podía contratar su anulación individual a tales extremos, convenir de antemano en escribir sobre cosas que no existían. Y es que yo, para qué voy a negarlo, vine a ser algo así como un subproducto de la sociedad despojado de toda posibilidad de crítica y de reflexión. Me sabía un profesional de la farsa: el engaño sin máscara, estaba allí para que me usaran, me pagaran y me despreciaran. Mis colegas venían prácticamente de todos los campos, destruidos en todas las luchas, y no tenían más remedio que aceptar esa condición: improvisados, alcohólicos, y también triunfadores que se enriquecían sin culpa con su actividad o por lo menos alcanzaban niveles decorosos de vida encontraron una posición a través del oficio. Algunos procedían del lumpen y con la credencial de periodistas se disponían a *llegar*, pero casi siempre a cambio de una degradación de origen. No eran como el contador, el ingeniero, el abogado, el comerciante, el médico, que congruentemente ganan dinero, compran casas y automóviles y viajan al extranjero, no, en la mayoría de los casos acumulaban ingresos a partir de su adecuación a una mala conciencia que —a algunos de ellos, no a todos— habría de acompañarlos. Se hacían de su condominio, su rancho, o cualquier otro bien, porque se los había regalado el político tal o el industrial tal a cambio de tal. Era una forma de mendicidad la nuestra, una dependencia buscada como condición de sobrevivencia. Dábamos las nalgas sin que nos las pidieran. Los mismos periódicos eran regalos de políticos, que después solían seguir inyectándoles capital o cubriendo sus deudas, a algún amigo en decadencia. Llevaba una vida parasitaria, simbiótica. Todos me despreciaban pero al mismo tiempo todos me buscaban. Sólo para caer en esa trampa hube de rechazar antes otros oficios. No sé exactamente en qué grupo encajaba. Tuve la tentación de incluirme en el de los alcohólicos, pero me faltó valor.

XV

Bruno apuntó a grandes rasgos lo que podría ser el final previsible del profesor Ocaranza. Dejaría que la posteridad juzgara si sus ideas para prever el futuro concordaban o no con el perfil biográfico de ese personaje suyo que, en vida, interpretaría probablemente como una amenaza la descripción de su muerte: Ocaranza se fue dejando morir en su guarida con la pasividad de quien espera la extinción de su especie, no porque fuera demasiado rara o escasa sino porque ése era, acaso, el mínimo y último deber que debía cumplir ante la humanidad: no dejarle en el mundo seres pusilánimes, faltos de fe, ejemplos poco edificantes si lo que había propuesto algunas veces, vivo, de labios para afuera, era la creencia ciega en la lucha. A este futuro inubicable en el destino del profesor Ocaranza, Bruno refería los desplantes más abyectos del viejo periodista, su incapacidad de entusiasmo, su convicción de que la protesta y la crítica no servían para nada. Cuando Lauca reincidía en sus manías anecdóticas y le mostraba su sorpresa ante el ímpetu renovado del profesor pocos días después de haber sido abatido, y le aseguraba que ya no existían dinosaurios como ésos, Bruno no podía disimular su desazón, el agrio humor que le provocaba el ver que aquella conducta heroica no encuadraba en su esquema. Según ella, nada vencía al profesor. Al volver a la carga, decía Lauca, Ocaranza era un toro moviéndose en la oficina de la redacción: miraba por la ventana, hojeaba con avidez todos los periódicos de la mañana, se le ocurrían ideas para nuevos reportajes, sugería temas a investigar, entrevistas, sin dar órdenes, estimulante, dueño del mundo, incontenible. Parecía recién salido de la alberca, en posesión de una energía sobrada pero siempre bajo sereno control. Se volvía, según ella, quijotesco: el hombre podía ser derrotado pero jamás vencido. Lo que a él lo movía era la decisión de hacer periodismo, de jugar como un niño sabio así fuera en el periódico más importante y grande del mundo o con un mimeógrafo rudimentario. En el juego, en el hacer, estaba el sentido de sus acciones y no tanto en su proyección

cuantitativa. Por eso estaba seguro, decía la Quebranta, porque —y aquí se tornaba reiterativa en sus amores literarios, en una alusión o en una cita de algún escritor de la generación perdida norteamericana, que de perdida no tuvo nada— en sus alzas y bajas en ese viraje frecuente del escepticismo a la confianza Ocaranza sabía que las cosas no tenían remedio pero al mismo tiempo había que hacer algo por cambiarlas. Su valor, su coraje para oponerse al sistema, su capacidad de indignación... eso era lo que lo mantenía en pie y lo salvaba de caer en el estercolero.

Pero Bruno se encontraba del lado inquisidor, aunque furtivo. Desde la otra orilla de los acontecimientos, y en otro tiempo, rehacía y organizaba la historia. Los hombres viven los hechos, se decía, pero yo soy el que los comunica, a mi manera, como los periódicos. Sí, los boletines de prensa son oficiales y la información va y viene o no vuelve y es uniforme y es poder, y entre más periódicos haya menos se entera la gente. Así es. No tenía dudas acerca de para quién estaba trabajando. Sabía de qué lado estaba, pero sólo él lo sabía. Obraba al servicio de ellos. Ellos sabían quién era él, pero él no los conocía en persona. Le constaba tan sólo que la decisión de servirlos lo inscribía *ipso facto* en una escuela de criados: al tiempo que se restringía su capacidad de maniobra, adquiría también un control sobre sus palabras y los efectos de estas palabras en los demás. Le bastaba el convencimiento de que ellos lo tenían todo, los medios de producción y de comunicación, el monopolio de las máquinas y del papel, los medios electrónicos y escritos. Nada los saciaba. Nada los satisfacía suficientemente. No toleraban la disidencia. Nada los irritaba más como el que alguien se saliera de la formación, como si el rumbo marcado fuera el correcto y el único. Nada los aplacaba. Lo querían todo. Querían también las conciencias. Su arrogancia, la misma del poder desquiciado, actuaba a través de la humildad anónima de Bruno y él lo sabía. ¿Qué gloria o fama habría de desprenderse de un trabajo realizado en la oscuridad?

Si en algunos párrafos llegaban a comprobarle los fragmentados plagios que se permitía para darle movimiento a la acción, diría, con toda naturalidad, con toda candidez, que en efecto él era el autor anónimo de aquellos capítulos, pero no de todos... A sus posibles acusadores les diría en su cara, como aquel crítico italiano harto: la literatura es mierda, de acuerdo, pero a mí la mierda me gusta. Yo soy un verdadero técnico de la mierda; en la mierda me encuentro a mis anchas, déjenme entonces trabajar en paz. Y cuando mucho llamaría la atención por la forma de no inmutarse. Era su mitomanía, su grafomanía y su derecho, su privilegio, no su sentido de una ética convencional. Preparaba con todo las armas de defensa para el futuro, y ¿cuál mejor que la de proclamar estar haciendo una propuesta comunicativa al margen, o más bien en contra, de lo que hasta ahora se había venido entendiendo por plagio? Diría, con toda desfachatez, ante sus colegas de oficio en particular, que había hecho la paráfrasis como para que lo descubrieran, no por medio de lapsus o guiños al lector sino con toda intención, puesto que su única salvación moral era el cinismo limpio y desafiante, que lo había hecho, sí, como para burlarse de la idea romántica y

jurídica que todos tenían del plagio. En definitiva las palabras eran de todos; las ideas, patrimonio cultural de los pueblos: todos somos el gran autor colectivo del gran libro interminable escrito por la humanidad toda. Ni siquiera esta idea era nueva. Ya había llegado el momento de llamar la atención sobre la gran soberbia estúpida de individualizar al autor, de firmar con el nombre propio algo que no era sino reflejo de ideas y palabras ajenas, voz de la calle, eco de la historia, murmullos que provenían del habla en los camiones, de los anuncios en la radio y la televisión, de la jerga periodística empleada en las notas policiacas. Para él, el gran novelista involuntario era el que se escondía tras un seudónimo y no había buenos ni malos; todo se mimetizaba y no había un joven libelista anónimo y, aparte, un viejo honesto vilipendiado y deturpado. Allí en su escritura enmascarada estaba el desparpajo, la absoluta falta de intenciones literarias, la verdad cruda y cínica y despiadada de la miseria y la corrupción urbanas y, por extensión, nacionales. ¿Esta voz, es mía? ¿Inventé yo los signos que componen el idioma? ¿Estos códigos que se llaman diccionarios en todas las lenguas son de alguien en particular? Les diría.

Ese mismo tema, que se fue acrecentando a medida que cobraba forma el infundio del mamotreto y se delineaba el personaje, fue el que lo llevó a indagar en la historia algún caso de persecución de tipo lingüístico. El más notable, según creyó ver, había sido el de Junius. Las enciclopedias editadas a partir del siglo XIX daban su ficha bibliográfica, pero excluían su identidad porque ésta era un misterio. La controversia acerca de quién había sido Junius perduró a lo largo de los siglos XVIII, XIX y parte del XX. En una ocasión muchas personas, más de treinta, fueron enlistadas como posibles autores de las cartas de Junius, quien tal vez eligió este seudónimo porque ya había utilizado antes, con iguales fines de ocultamiento, las firmas de Lucius y Brutus y posiblemente quería agotar el nombre completo del patriota romano, aunque también quiso experimentar con otro juego de identidades protegiéndose bajo el *by-line* de Némesis, Philo-Junius y Veteran. No se supo, y esto fue lo de menos, si su filiación voluntaria a aquellos nombres propios se relacionaba también con Marco Junius Brutus o con Lucius Junius Brutus, el cónsul romano que hizo ejecutar a sus hijos Titus y Tiberius, o con el Lucius Junius Brutus de otro linaje y tribuna de la plebe. Por otra parte, una de las opiniones que cobraron más peso (y ello se explica en *The Handwriting of Junius Professionally Investigated*, Londres, 1873) fue la de atribuir la paternidad de las cartas a un tal sir Philip Francis, como pretende demostrarlo Taylor en su *Junius Identified*, publicado en Londres hacia 1916. A favor de esta tesis se esgrimió el resultado de una investigación realizada por el perito calígrafo Chabot sobre la correspondencia póstuma de Francis, las cartas cruzadas entre Junius y su editor Woodfall (quien recopiló los materiales en un libro) y las galeras de corrección de imprenta de sus *Cartas*.

Era obvio. Saltaba a la vista. ¿Cómo no verlo? Y sobre todo: ¿cómo no hacer un esfuerzo mayúsculo para encubrirlo? Existía una posibilidad perfectamente real de que algún día alguien pudiera reconocerlo. Las artimañas, los circunloquios, los giros de su estilo prestado, ajeno, usurpado, sustraído de diferentes autores, encontrarían tarde o temprano un clasificador que a su vez llevaría los datos desglosados a otros analistas y, sí, la suya podría interpretarse como una obra de propaganda en la que los términos emocionales y sentimentalizados podían hacer del autor una presencia viva aunque informe, inidentificable, un ser vivo pero invisible, una ausencia significativa que no era sino una presencia pesada y perturbadora para el lector y para la víctima biografiada. Por ello había que tener mucho cuidado y tomar providencias: todos esos artilugios en juego serían más tarde intercalados entre otras invectivas y luego barajados para romper el hilo argumental que por lo demás ya estaba perfectamente esclarecido desde el principio. La legibilidad de los materiales, las diferencias estilísticas, la amplitud de registro, la coloratura, quedarían a cargo del tercer o cuarto editor o corrector de estilo que recogería las versiones finales de cada capítulo sin conocer a los redactores primeros ni los materiales o las fuentes propiciadoras de las tramas y las intrigas. Para estos fines precautorios, Bruno no debía poner demasiada (sospechosa) atención en ciertas palabras ni en su reiteración innecesaria ni abusar del tono coloquial en las frases, incluso en el caso de transferir algunas conversaciones registradas magnetofónicamente. O sea, no había que ser demasiado natural. Había, eso sí, que cuidar de la longitud promedio de los párrafos, combinar oraciones simples con otras más complicadas a base de frases subordinadas, guiones o paréntesis.

Por otra parte, ¿cómo se iba a plasmar físicamente el resultado final de esa impostura? ¿Cómo sería impreso? ¿En qué lugares de las librerías y en cuáles librerías de la ciudad sería exhibido? Había que considerar necesariamente estos detalles (pensar por adelantado) si se pretendía cubrir todo resquicio a futuros investigadores de la policía literaria. Sería el crimen perfecto, nadie podría acercarse a un tribunal denunciando la publicación de un libelo. No habría autor. No se señalaría el lugar de la imprenta o en todo caso se pondría un colofón con datos falsos. Sería un folleto más, alto y ancho, de unas doscientas tres páginas en tipo Berkeley de once puntos.

Mire usted, señor agente del Ministerio Público, vengo a denunciar esta calumnia. En este libro se me denigra. No sé quién lo hizo ni dónde se imprimió, pero supongo que éste debe de ser un delito que se persigue de oficio. No quiero quejarme en los periódicos porque eso sería tanto como darlo a conocer al público y promocionarlo, pero sí quiero que se haga algo a través de las vías criminales. En realidad, el golpe me lo dieron bien: no sé hacia dónde moverme, no me puedo defender, equivaldría, a sancionar la existencia del libelo. Sólo por el estilo podría sospecharse de algunos periodistas que cobran «asesorías» en oficinas gubernamentales, o a quienes de pronto les venden un terreno muy barato, o les cubren alguna deuda, o les ponen una

casa a su nombre. Tiene que ser un trabajo muy bien pagado. Lo difícil es hacer comparaciones de estilo cuando no hay nada con qué cotejar el texto del libelo, cuando el posible autor ha escrito pero no publicado ni publicará nada en su vida con su verdadero nombre. Mi familia, mis hijos... piense usted. Más de un ingenuo se creería la historia. Cuando el río suena... Ja, ja, así se quejaría y meditaría el que se supiera aludido, el que leyere, el que reconociere su caricatura...

Hubiera deseado Bruno un tipo de letra Bodoni itálico por lo menos de diez puntos, pero en realidad los panfletos que iban saliendo del taller eran impresos en Baskerville y en Futura: tipos horribles, dizque electrónicos, dizque IBM, con los que nunca se podían igualar las columnas o las cajas del libro del lado derecho y la i se encimaba a la letra que le precedía cuando el acento no caía en alguna consonante vecina. Con este tipo de consideraciones las fuentes del linotipo volvían a fijarse en su memoria fotográfica. A él la que le gustaba era la tipografía clásica. El Garamond con itálicas y versalitas, el Bodoni, otra vez, de ocho puntos, el Egyptian para las cabezas, también en cursivas y negritas. Y, claro, no se podía utilizar ninguna de las familias tipográficas que tenían las imprentas de la ciudad (serían detectadas de inmediato, con simple lupa), y por ello ya alguien en el salón de mamotretos se encargaría de importarlas.

Más que el temor a estos tecnicismos sólo comprensibles para especialistas de las artes gráficas, lo que más castigaba a Bruno era la sola idea de estar produciendo un objeto macabro. Algo de superchería, algo deletéreo que se hervía en las calderas del infierno, algo movido por incontrollables fuerzas maléficas, brotaba de aquellas páginas para las que aún no se sentía preparado y ante las cuales no había conseguido todavía el mínimo desenfado del cinismo que reclamaban. Ni su labor más ardua y meticulosa de sastrería literaria le permitiría librarse de ese maleficio.

No era fácil explicarse por qué a él en cierta forma no le había importado hacer el libro. En el fondo le era indiferente, no le interesaba en lo absoluto aunque en lo más hondo de sí mismo nadie más que él deseaba de todo corazón lograr interesarse en lo que decía la gente y no atenerse tan sólo a los datos provenientes de un asqueroso informe burocrático. Eran cosas importantes, se suponía. Había que tomarlas con seriedad. Pero ¿qué era en la vida tomar las cosas en serio? Siempre le transformaba el rostro una risa irreprimible de sí mismo, una burla sardónica que lo invalidaba. El país debía ponerse en orden; la paz sería apenas el clima propicio para hacer proyectos y no, qué va, llevarlos a la práctica. Eran cosas importantes. Seguramente muy importantes. Algo le indicaba, sin embargo, que poco a poco las cosas adoptaban cierta coherencia, pero luego el orden (el orden natural de las cosas) lo apabullaba y, como al comer, justo en el momento de la deglución, como el mordisquear un sándwich en la cafetería de la esquina, lo ahogaba una tristeza inexplicable. Se le venían las lágrimas a los ojos. En el acto de comer empezaba esa incertidumbre, esa sensación que no debía, no era justo, hacer sentir a los demás.

Todas estas consideraciones a futuro disminuían su capacidad diaria de trabajo. Sin querer se concentraba en las posibles dificultades que más tarde tendría, como el homicida que nunca logra convencerse de la perfección de su crimen. Dedicaba más energía a la invención de una o varias coartadas que a la obra misma de denigración que se le había confiado. El temor de ser investigado después le impedía dormir.

Y se decía, muy bien, si yo tengo estos materiales, cambio los nombres, las situaciones, los lugares, no se va a dar cuenta nadie de que los datos proceden de personajes y circunstancias muy concretos y de acontecimientos relacionados con mi propia vida. Lo que se ha dicho de mí, la versión que se tiene de mí y que no es la misma que yo supongo que tienen de mí, aparecerán entre otras presunciones sobre el pasado de Ocaranza. Si tan sólo no hubiera tenido la malhadada oportunidad de haberlo conocido, así fuera por unos cuantos días o visto esporádicamente a lo largo de unos meses en un cierto periodo de nuestras existencias, la distancia respecto al personaje y la imagen que de mí se hizo serían de muy distinta manera. Las vidas individuales transcurren en paralelas imperfectas; durante un determinado espacio de tiempo se tocan, hacen la cruz del encuentro más o menos íntimo de coincidencias y simpatías, pero luego se separan cada vez más como en un ángulo abierto al infinito. Me imagino que algún inspector meticuloso podría decir: bueno, y ¿este señor cómo se enteró de todo esto? Alguien, en alguna dependencia gubernamental o en alguna oficina del medio industrial, le debe estar pasando corriente. De lo contrario no sería posible tanta concordancia. Convertir a un reportero varado en la gandulería de los cafés en un maquinador de historias está muy bien como trasposición; sin embargo, ¿por qué tendría que ser ésa la relación? Si es verdad que aquí o en algún departamento de inteligencia militar se confeccionan libelos, es demasiada coincidencia que este señor haga de un tal profesor Ocaranza el blanco de una perversidad inconcebible. No puede ser. No puede encajar todo tan bien, una pieza sobre otra.

Le inquietaba que algún maniático de la policía literaria y ocioso (por supuesto) midiera el tamaño de sus oraciones y predicados, advirtiera el uso ambivalente de sus conjunciones, entreviera en fin su personalidad a pesar de lo mucho que él, Bruno, se había empeñado en disimularla. Pero ¿los lapsus escritos? ¿Los *lapsus machinae*? ¿Había olvidado que las teclas de una máquina de escribir eran tan originales e irrepetibles como las rayas de las yemas digitales? No había dos teclados iguales, como microscópicamente podría probarse. ¿La respiración propia de su discurso podría ser confundible?

Algún técnico en contenido latente y manifiesto indagaría más tarde las menudencias de su prosa desigual y trabajosa. En algún cubículo de análisis perteneciente a los laboratorios de criminalística lo descubrirían, pondrían a uno de sus sabuesos a seguirle la pista entre las líneas, a uno de esos acumulativos descifradores empecinados o lectores de novelas policiacas, escudriñadores de códigos secretos o analistas de propaganda que ejercen una suerte de semántica

detectivesca y comprenden el grado de distorsión, la abundancia numerada de supresiones, la inexactitud intencional de algunos datos y pueden dar así con el mensaje oculto de las descripciones más sutiles.

No ignoraba tampoco Bruno las consecuencias que, un par de siglos después, tuvieron las cartas de Junius. La ociosidad de un lingüista de gabinete no conocía límites. ¿En qué cabeza cabía ponerse a invertir meses o años de investigación para dar con el verdadero autor de aquellas cartas en las que se fustigaba al rey y a los funcionarios públicos, a los ministros, a los tribunales de justicia, con una sátira despiadada y con gran derroche de ingenio, conocimiento de causa y elocuencia? Sólo en la mente afiebrada de un profesorcillo ávido de prestigio, como era el caso del sueco Alvar Ellegard, se podría concebir semejante empresa. ¿Pero para qué servía? Era como darle importancia en una tesis doctoral, extravagantemente desconectada de la vida, al uso de la u en los poemas de Góngora. La u, la letra más eufónica del castellano. Sin embargo, ahí estaba la prueba documental de tan malévolamente divertido: *A Statistical Method for Determining Authorship: the Junius Letters 1769-1772* (Acta Universitatis Gothoburgensis; Gothenburg Studies in English, núm. 13), de Alvar Ellegard, 115 páginas. Göteborg, 1962.

Para mayor abundamiento se contaba también con el registro de un artículo publicado por el profesor Douglas Chrétien, de la Universidad de California (Berkeley), en la revista *Language*. Se trataba de una reseña crítica del libro de Ellegard y se advertía, u opinaba, que más que identificar a Junius el fin del trabajo del autor sueco era poner a prueba un método de estiloestadística y que, claro, las cartas de Junius sólo servían como pretexto. Entonces, si mucho tiempo después (ciento noventa años para ser exactos) alguien se ocupaba —con computadoras y un equipo completo de procesadores de datos y filólogos y lingüistas— en desentrañar el misterio, ¿cómo iba a escapar él, Bruno, de una inquisición semejante cuando ese procedimiento ya se había perfeccionado en algunas universidades o en algún servicio de inteligencia político? El mismo George Orwell contaba en 1945 que éste era precisamente el tipo de trabajo que a él le hubiera gustado hacer siempre y cuando estuviera aplicado a una buena causa: «Es sabido que la Gestapo tiene equipos de críticos literarios cuya misión es determinar, por medio de análisis y comparaciones estilísticas, la paternidad de los panfletos anónimos».

XVI

En seguida y en la misma fecha, presente en esta oficina, el que en su estado normal y no ebrio responde al nombre de Álvaro Ocaranza López, quien es exhortado en los términos de la ley para que se conduzca con verdad en las diligencias en que va a intervenir, y advertido de la pena en que incurren los falsos declarantes, por sus generales manifestó llamarse como queda escrito, ser de sesenta y cuatro años de edad, divorciado, con instrucción, que no puede presentar su credencial en virtud de que la dejó en su casa, y que en relación con los hechos que se investigan declara: que el de la voz trabaja como subdirector del periódico *El País* y como catedrático de historia del teatro en la Universidad, que en relación con los hechos que se ventilan en la presente averiguación motivados al parecer por una manifestación que se efectuó el día de ayer por la noche y en donde sin motivo alguno el dicente fue detenido, esto manifiesta: que el día de ayer, después de haber visitado su antigua casa donde vivía para recoger una correspondencia, de lo cual puede dar testimonio el taxidermista que tiene allí su taller y que le rentaba un cuarto de huéspedes, salió a la calle y luego de caminar varias cuadras apareció un grupo de estudiantes que estaba tratando de voltear un camión de pasajeros en el estacionamiento del Club Campestre cuando en ese momento llegaron varias radiopatrullas de la policía y que cuando se empezaron a bajar, los estudiantes de inmediato agarraron piedras y botellas con gasolina y se las arrojaron a los policías para que no los atraparan, siendo entonces que el dicente se aproximó por interés periodístico y para ver si había allí algún reportero de su periódico, pues juzgó de importancia los hechos y se dispuso a cubrirlos, y entonces uno de los policías le dijo que se metiera a la patrulla para que se protegiera y cuando acabó la trifulca ya no lo dejaron salir y lo trajeron a esta jefatura de policía, que el declarante considera que es injusto y un abuso de autoridad lo que han hecho con él. Que por todo lo anterior niega toda intervención en la presente averiguación. Que nunca ha tenido antecedentes penales, así como que

también ignora que fuera a presentarse un suceso como el que pasó. Que es todo lo que tiene que decir, lo que previa lectura de lo expuesto lo ratifica y firma al margen para constancia. Que el de la voz presta sus servicios en esa empresa desde hace cerca de treinta y dos años. Que a pregunta especial que se le formuló al dicente por el agente del Ministerio Público en el sentido de que si conocía o tiene algunos conocidos o amigos en las escuelas cercanas, el de la voz manifestó que no tiene a ningún conocido que pertenezca a las escuelas mencionadas. Que a otra pregunta que se le formuló al de la voz por personal del Ministerio Público, en el sentido de que si le consta que los estudiantes sin motivo alguno estaban apedreando los edificios que se encontraban a su alrededor y que hizo que la policía tuviera que intervenir para dispersarlos, a esta pregunta el de la voz manifiesta bajo protesta de decir verdad que vio que varios agentes los incitaban y que antes un camión de redilas había remolcado, o hizo pasar por ahí casualmente o intencionalmente, que no lo sabe con exactitud, unas jaulas de un circo que llevaban unos leones, al parecer mansos, pero que fueron abiertas las portezuelas para espantar a los estudiantes antes de que la policía iniciara el ataque y que esto lo vio desde el interior de la patrulla donde oyó también por el aparato de radio que ya debían ser retiradas las jaulas. Que por todo lo anterior el dicente considera que es improcedente su detención y que además ya han transcurrido más de setenta y dos horas de la misma, más de tres semanas. Que es todo lo que tiene que declarar, lo que previa lectura lo ratifica y firma al margen para constancia.

Si en una oportunidad Ocaranza pudo presenciar la demostración que sobre una nueva terapia compulsiva hizo el doctor Franz Meduna ante un grupo de científicos y pasantes de medicina, una técnica a base de bióxido de carbono que se aplicaba al paciente a través de una mascarilla, nunca imaginó que muchos años después los anales de la psiquiatría local proporcionarían a Bruno abundantes elementos y sugerencias para hacer engarzar en su biografía partes de historiales clínicos y diagnósticos pertenecientes a enfermos ya fallecidos. El incidente que el joven reportero Ocaranza refiriera en una de sus crónicas, y del que Bruno sabía por una colección de recortes, se había suscitado cuando el médico voluntario que se prestó para el experimento no despertó al tiempo previsto por el doctor rumano sino media hora más tarde. No tenía nada de particularmente dramático la nota periodística, sólo que marcaba la lejana fecha en que fue introducida en el país esa práctica terapéutica y en que Ocaranza empezó a poner el ojo encima de esos temas y por lo mismo, para que su trama fuera perfecta, Bruno fue intercalando el nombre y los datos de Ocaranza en los fragmentos que copiaba del archivo de historiales clínicos. Además, tenía la idea de que en la sección de antecedentes era necesario establecer las premisas de la conducta extravagante de Ocaranza, de su desadaptación, su autodestructividad y su ineptitud para el matrimonio perdurable. No era cosa de

afirmar a secas que el caso de Ocaranza se inscribía desde tiempo atrás en el campo de la psicopatología (nadie lo podría creer), pero sí se antojaba hacerlo por lo menos objeto de unos estudios realizados en los años en que el doctor Meduna instruyó a sus colegas sobre el tipo de tratamiento a base de carbógeno que debían recibir los enfermos mentales. Y como si el bagaje de diagnósticos que tenía a la mano fuera insuficiente, Bruno armó este tramo de la vida de Ocaranza con un informe que se refería nada más ni nada menos que a Bruno Medina y no a ninguno de los pacientes registrados en el archivo.

De sus papeles personales (facturas, contratos de arrendamiento, recibos, pasaportes cancelados, títulos escolares, diplomas), Bruno extrajo unos folios amarillentos en los que se asentaba que el estudiado (y aquí al transcribir añadió: «Que se protege bajo el nombre de Álvaro Ocaranza López») es un sujeto que representa la edad que tiene, de mediana estatura aunque un poco alta respecto a la media y corpulento, ojos negros y tez blanca (y aquí corrigió: «Tez ligeramente morena...»), nariz aguileña, siendo físicamente atractivo.

No terminaba aún la lectura del informe cuando ya se veía clavado en la máquina de escribir revolviéndolo todo y aseverando con un tono de autoridad médica que Álvaro Ocaranza había sido sometido a un espectro completo de pruebas proyectivas que iban desde la conocida como Wechsler hasta otros *tests* que en el código de los especialistas llevaban los nombres de Bellevue, Machover, Frases Incompletas, Apercepción Temática (TAT) y Rorschach.

Por fin podía sacar de su esfera más íntima algo incomunicable o susceptible de terribles interpretaciones ambiguas si caía en manos de quienes le quisieran hacer daño. Una vez endilgado a Ocaranza el documento sería destruido para siempre y echado por el desagüe. Y es que su actitud al iniciarse las pruebas —contaba Bruno— es recelosa, aunque después se muestra más confiado. Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

Wechsler-Bellevue: Escala verbal, 73. C. I., 118.

El puntaje señala una capacidad ligeramente superior al término medio, mientras que los diferentes subtests señalan superioridad en cuanto se refiere a memoria, juicio, y capacidad de abstracción y un nivel medio para atención y comprensión.

En Rorschach encontramos que sus potencialidades intelectuales son mucho mejores de lo que cree y de lo que su rendimiento indica (12 M), y que esto sucede especialmente porque su creatividad (77 A) se convierte en negativa, por la baja calidad de estas respuestas, además de que el mismo número de ellas está indicando compulsividad. Tiene contacto con la realidad (9 P) aunque su nivel de aspiraciones intelectuales es muy alto, especialmente por lo negativo de sus potencialidades internas.

Al llegar al renglón de los aspectos emocionales de la personalidad, Bruno colocó en el nombre del «estudiado» el de Ocaranza y se siguió de corrido trasponiendo que el sujeto tiende, y seguirá haciéndolo en lo futuro, a actuar en forma introvertida: aun

cuando el número de respuestas M es muy alto, y esto generalmente indica buenas potencialidades de autocontrol, *insight* y autoaceptación, en el estudiado pierden estas cualidades por su baja calidad. Creemos por tanto que su desarrollo emocional sufrió distorsiones desde las primeras etapas, dando como resultado fijaciones en cada una de ellas y como consecuencia rasgos de carácter muy primitivos.

Tenemos así, respuestas que implican oralidad y agresividad:

L núm. I: «Patos con la boca abierta».

L núm. II: «Ositos tocándose la boca abierta. Dos osos grandes chocando sus bocas, cabezas, cuerpos. La idea de choque me la da la sangre, la chispa, el choque violento que hace que explote la sangre». Respuestas que indican fijación anal: «Un animal con una corona de rey, las patas dobladas hacia arriba y una cola larga y peluda y en la punta un nudo. Casi hasta vérselo el ano». Etcétera.

Es muy probable que estas fijaciones hayan sido intensas pues han dado como resultante una personalidad a nuestro juicio muy patológica, dado que encontramos rasgos esquizoparanoides y muchos de sus concomitantes: falta de relación interpersonal, rasgos homosexuales y una extrema agresividad que creemos llega a la necrofilia.

Nos hacen pensar en estas condiciones respuestas como: «Máscara de luchador con cara de gato, cara de animal parecida a un tigre, demasiado feroz para ser gatito. Y éstos son los ojos». Lám. II: «Murciélago con cara roja». (Proyección y confabulación.) «Un hombre tendido, con los brazos alzados, un antifaz en los ojos y un moño en la panza.» Etcétera. Esto además se confirma en Callighor, donde además su primitivismo y su regresión son muy marcados dando como consecuencia exhibicionismo y narcisismo, como es frecuente en los orales puros. En relación con su homosexualidad, ésta se presenta probablemente en forma latente, por la intensidad de los datos. Éstos son: predominio de figuras femeninas desnudas, indiferenciación de atributos masculinos o femeninos, TAT: «Sus ojos demasiado separados, para un rostro femenino». Y en Frases Incompletas: «Cuando veo a una mujer y a un hombre juntos... quiero ser el hombre». Y en Callighor, donde dibuja a las mujeres con rasgos viriloides, etc... lo cual indica que su identificación predominante es con la mujer y obviamente en sus relaciones sexuales no puede asumir el papel masculino, aunque dado que a la mujer la siente distante, fría, limitante, e inclusive malévola, esta identificación es muy ambivalente. «Las madres son un mal necesario», dice en Frases Incompletas.

Sus aspectos agresivos, que nosotros pensamos lindan con la necrofilia, los encontramos en los siguientes ejemplos: «Murciélago parado en posición de ataque. Cara de animal demasiado feroz. Venados dándose de topes». Etcétera. Y en niveles más profundos: «Un tornillo que va penetrando. Un taladro penetrando en una masa, una masa muy blanda. Una cicatriz abierta, sin coser. Un pene, diseccionado transversalmente, desprendido del cuerpo. Un par de ojos de carnaval con cuernos gruesos, que se pierden como en manchas de sangre coagulada y del que se

desprenden dos manos que sostienen unas bolas de azúcar. Un barrenador, taladro, ¿no?, que se acaba de introducir en un músculo de carne plomiza, me parece que está viva, que trata de liberarse o sufre esta penetración». Y: «Un par de filetes, con algunas partes podridas en el cuerpo, medio azul, medio negro, me da la idea de putrefacción». Y en TAT: «No volverá a tener huéspedes. ¡Que se pudran los estantes! ¡Que se fundan los focos! ¡Que se llenen de hongos los libros y los colchones de las camas!» Etcétera.

El sujeto tiene vivencia de su aislamiento, y una sensación de inseguridad e impotencia que lo angustian. En Rorschach: «Bailarinas girando. Hombres cayendo en un pozo». Y en TAT Ver Lám. I, 4, 13, 14, etc.... Se defiende de esta situación intelectualizando en forma compulsiva, y su ansiedad en ocasiones se localiza cuando dice: «Me gustaría perder el miedo a... caerle a una mujer en un camión». Así, sus relaciones interpersonales son sumamente distantes y proyecta en quienes lo rodean sus rasgos principales, haciéndoles sentir a todos, incluso a su padre, y a su madre, que son fríos y destructivos.

Por lo demás creemos que estamos ante un paciente con mejor capacidad intelectual de lo que su rendimiento indica. Su grado de productividad, por tanto, está en un nivel muy inferior al que podría alcanzar, teniendo una actitud cercana a la indiferencia. Su conflicto central es para nosotros la falta de una identificación adecuada, pues no pudo establecerla ni con su padre ni con su madre... Presenta fijaciones fuertes desde la etapa oral, dando como resultado tendencias regresivas, que sólo se satisfarán a través de una simbiosis con la madre, aunque ambivalentemente su mayor agresividad se dirige a la mujer... Aun cuando a nuestro juicio la vida interna del estudiado está muy dañada, el que exista en bastante cantidad hace pensar en una posible reestructuración a través de una terapia adecuada. Sus rasgos más patológicos son: tendencia a la necrofilia, homosexualidad latente, falta de identificación adecuada, tendencias regresivas a niveles muy profundos que producen rasgos esquizoparanoides, que nos hacen considerarlo en una situación limítrofe con la psicosis, pues pese a la desintegración encontrada, existe contacto con la realidad y mecanismos de defensa que lo ayudan a mantener cierto equilibrio.

XVII

No iba aún a la mitad de su manuscrito cuando el conocimiento de la mera existencia del método estiloestadístico se convirtió para Bruno en una perturbadora obsesión. Dejó a un lado los recortes de periódicos, los expedientes judiciales, los partes de los agentes, las historias clínicas, el dictamen sobre los *tests*, y corrió a la hemeroteca de la antigua iglesia para revisar los «índices de literatura periódica» y determinar qué armas podrían tener sus futuros perseguidores.

Descartó de entrada aquellos estudios de estadística que se limitaban a hacer cálculos peregrinos de numerología sin establecer conclusiones contundentes. Dos de ellos eran el de Claude Brinegar («Mark Twain and the Quintus Snodgrass Letters. A Statistical Test of Authorship», *Journal of the American Statistical Association*, 1963) y el de F. Mosteller y D. L. Wallace «Inference in an Authorship Problem», *JASA*, 1993. El primero se propuso la tarea de demostrar, aunque con escaso éxito, si unos artículos aparecidos en el *New Orleans Daily Crescent* en 1861 habían sido en efecto fruto de la imaginación de Mark Twain (cuyo verdadero nombre por lo demás era Samuel Clemens) bajo el seudónimo de Quintus Curtius Snodgrass; y el segundo dudaba entre Alexander Hamilton y James Madison cuando quería hacer de uno de ellos el indiscutible autor de ciertos papeles insertos en *The Federalist*.

No eran estos proyectos fallidos los que desvelaban a Bruno (aunque sí exacerbaba su miedo el hecho no casual de que se hubieran intentado). Era la operación de Alvar Ellegard sobre las cartas de Junius lo que le impedía comer y dormir.

De hecho, el investigador sueco logró constatar que sir Philip Francis y Junius eran una y la misma persona («one and the same person»). La cuestión de la identidad no era tanto lo que reconcomía a Bruno, sino la eficacia de las pruebas psicoestadísticas, la probabilidad de que de una manera válida y general las peculiaridades lingüísticas de una obra pudieran —como ya había sido el caso, según

la investigación de Ellegard— correlacionarse con individuos concretos y ser excelentes *huellas* para propósitos de identificación. Su temor era la posibilidad de que uno fuera editando su propia vida si escribía y, mediante la escritura impresa, pudiera inadvertidamente ir dejando al paso una estela de «huellas digitales lingüísticas», rasgos y características propias y privativas del que escribe y no de ninguna otra persona en lo individual.

Una prueba de vocabulario con la frecuencia de ciertas palabras podría organizarse en una computadora que seleccionaría los vocablos más socorridos por el autor. De ahí surgiría la primera lista de control: aquella en la que se enumerarían las palabras del material de Bruno. Y luego, una segunda lista en la que se haría el conteo de palabras extraídas de un gran corpus de material contemporáneo del mismo tipo (el estilo más o menos generalizado de la época en relación con ensayos y artículos periodísticos, obra de otros autores que abordaran temas similares). Cotejadas las listas, se deduciría electrónicamente un promedio de cada palabra en cuanto a frecuencia.

Por allí podrían descubrirlo.

Bruno no se atrevió a dar un paso más adelante en su trabajo hasta no comprobar antes qué indicios podría pasarle al enemigo en las trescientas cuartillas que hasta el momento había llevado a su redacción más o menos definitiva. El estilo, ése era el peligro. El tono de voz, la personalidad, la manera de ser y de sentir individual. Todo el conjunto de su ser más íntimo, de su yo social, era lo que se proyectaba. Pero, ¿hasta qué punto? Contraviniendo las normas del reglamento interno tuvo que solicitar en el taller el auxilio de un especialista en procesamiento de datos. Sólo después de un estudio pormenorizado, Bruno estaría consciente de cuáles eran las palabras clave que lo particularizaban y que más pronunciadamente definían su estilo, es decir, los rasgos constantes o las combinaciones de rasgos reiterados en su forma de escribir, sus hábitos lingüísticos subconscientes, sus estribillos personales («por lo demás», «en un principio», «por otra parte», «de alguna manera», «de algún tiempo a esta parte», etc.) y no tanto las figuras retóricas conscientes o deliberadas más o menos en boga en la mayoría de los colaboradores de la prensa. Como en las parodias, sabía que las peculiaridades conscientes de un estilo podían imitarse, pero no la impronta inconsciente que era justamente la que se indagaría al hacerse una prueba de paternidad en contra suya. Si algún día se procesaba el libelo con el objeto de identificar y juzgar al delincuente se tendría que analizar el estilo del mamotreto y de otros infundios impresos con los que se compararía el libro de Bruno.

Si se podía localizar un número determinado de atributos estilísticos, la pesquisa no se dejaría al azar: esas características debían tener un cierto valor discriminatorio para los fines de la investigación.

Los principales presupuestos, o las hipótesis fundamentales, debían prever si los perfiles distintivos en el estilo y el lenguaje propio de un escritor permanecían constantes o cambiaban —pero de manera previsible— a lo largo de toda su

producción. O, por lo menos, si algunos de estos atributos eran lo suficientemente raros como para colocar al autor aparte de casi todos sus contemporáneos. Para mayor embrollo, las hipótesis podrían estar sujetas a graves limitaciones: 1) La posibilidad de que el estilo variara a través de los años, y 2) El imponderable caso de que un texto, aunque fuera aceptablemente largo como para que emergieran las ondulaciones estilísticas subjetivas, no permitiera hacer surgir las palabras clave deladoras por medio de una constante estadística, o que las fluctuaciones fueran cada vez menos al grado de impedir que la constante se manifestara de modo prominente.

Cuando este método fructificó en la obra del investigador sueco, Bruno pudo ir entendiendo por qué —con una aproximación matemática— la declaración de que sir Philip Francis era el mordaz crítico atrincherado tras el seudónimo de Junius podía admitirse a partir de entonces sin ningún signo de duda. Era muy posible, viéndolo bien, que Mark Twain hubiera jugado asimismo con la tentación de ser o sentirse otro al embozarse bajo el elegante nombre de Quintus Snodgrass y que en verdad haya sido el agazapado autor de las proclamas aparecidas en el *New Orleans Daily Crescent*.

Funcionario del Foreign Service, jefe de la War Office, miembro del Consejo de Bengala y el Parlamento entre 1783 y 1797, y armado caballero en 1805, sir Philip Francis había cometido la imprudencia de hacer reimprimir sus cartas en una edición de dos volúmenes con el editor H. S. Woodfall en 1772. La correspondencia que intercambió con éste y las galeras de imprenta corregidas a puño y letra por Junius sirvieron para establecer la primera sospecha mediante el análisis grafológico, aunque las pruebas no fueron irrefutables. Bruno no se atrevería a la audacia de dejar por ahí notas o apuntes, así exhibiera, para satisfacción propia y nada más, la agudeza de su estilo literario y su inventiva sarcástica. Lo grave del caso era que el libro de Ellegard no se encaminaba tanto a resolver el enigma literario o histórico de identificar a Junius sino a desarrollar un método estiloestadístico de validez universal para determinar la paternidad de cualquier texto no firmado. Probar un peritaje, un sistema, era el objetivo penal. En el caso de Bruno no se trataría ya de verificar la eficacia de un método ya probado: se buscaría dar con el autor del delito y procesarlo.

Las ciento cincuenta mil palabras de las cartas de Junius —texto aceptablemente largo— se habían elegido como material de estudio o masa crítica a fin de que afloraran ciertas uniformidades estadísticas; y asimismo porque se contaba con grandes cantidades de materiales contemporáneos, incluso trabajos de los candidatos más viables a la identificación.

No era su caso como el de Junius. ¿Para qué esa transferencia de personalidad si Junius tenía por méritos propios una cierta importancia como funcionario y si en última instancia carecían de valor sus cartas como escritos políticos? Qué ocioso, se decía Bruno. ¿Por qué temer tanto a la crítica? Sus temas, como los de Junius, también eran invenciones. Su estilo, áspero, acrimonioso, incidía oblicuamente primero, luego procedía mediante ambigüedades que hacían pensar cualquier cosa

denigrante en contra del profesor Ocaranza y de quienes lo rodeaban. En cambio el ataque de Junius era frontal, caía sobre un ministro denunciando su inmoralidad o su mezquindad. Era un asalto maligno casi siempre, sin pruebas, meras especulaciones y provocaba ira, indignación, réplicas, a pesar de que la agresión personal y el abuso no eran cosa del otro mundo en las controversias políticas inglesas de la época y así había sido durante generaciones enteras. Sólo que Junius lo hacía mejor que nadie, fustigaba al rey y a sus ministros, creaba personajes y diálogos que los lectores podían asociar con figuras de la política o reproducía sin comentarios párrafos ajenos que se leían como una antología de la estupidez más reciente; de ahí su superioridad (y su popularidad): recogía un cierto sentir o malestar general y tenía su público. Su éxito residía en su estilo. En su prosa más feliz mostraba la influencia de Bolingbroke e imitaba con frecuencia a Swift, Tácito, Séneca. Pero su imitación nunca era vicaria. Adaptaba, no repetía. Y un halo de malignidad, un cinismo descarnado que le hacía no quedar bien con nadie, animaba todo su trabajo. Muchos felones hubieran sido condenados con menos pruebas y hacia 1816 ya nadie se preguntaba quién era Junius sino ¿fue Junius realmente sir Philip Francis? Éste no lo admitió en vida. Pero la similitud de Junius y Francis en relación a opiniones, gustos, disgustos, simpatías y diferencias, conocimientos y debilidades, refuerza la hipótesis.

Así, antes de recoger el informe técnico del procesador de datos en el taller de mamotretos, Bruno veía que algunos problemas históricos —inaprehensibles para la ingenuidad humana— pueden traducirse en términos que pueden alimentarse en las insaciables fauces de una computadora. Por ello se vio que las diatribas de Francis eran similares a la insolente invectiva de Junius más que a la mayoría de otros escritos contemporáneos comparados.

Como venía haciéndolo desde hacía varios meses, Bruno acudió esa mañana a la antigua iglesia y sintió el cuerpo del gran portón de madera repujada al intentar tocar con el puño de hierro que había levantado y, otra vez, el portón se abrió suave y pesado, por su propio peso. Se encaminó de prisa hacia el fondo de la blanqueada nave que albergaba la hemerobiblioteca, se anunció, y tomó asiento en uno de los cubículos del taller esperando el resultado del procesamiento técnico que había solicitado. Aún no se libraba del disgusto que significaba haberse forzado a tener un primer lector, tan anónimo como él, autor, pero que le resultaba un mal necesario si quería cubrir y desechar cualquier indagación futura de estiloestadística. Pronto una empleada se acercó e hizo la devolución del manuscrito. Bruno esperaba encontrar sobre las primeras páginas tablas estadísticas, gráficas y cuadros, un informe plagado de tecnicismos, cuadros sinópticos. En cambio al abrir la carpeta eléctrica negra que contenía las trescientas cuartillas preliminares se topó con unos párrafos escritos a máquina, fríos e impersonales en su factura, no en su contenido. Era la primera respuesta, la reacción espontánea de un lector a quien por razones de seguridad no podía ni debía conocer:

Recibí los capítulos de su libro. Me sentí emocionado. Me quedé con una sensación muy corporal de necesitar que me traiga todo todo todo. Ojalá lo esté terminando ya. Ojalá que ya lo haya terminado y ojalá que me lo pudiera traer ya, pero ya. Lo que me envía en todo caso me gusta muchísimo, sobre todo por la sobriedad y por la forma tan directa en que se van mezclando los personajes, los temas, la anécdota. Yo, que estoy metido en la perforación de tarjetas y en el archivo, le tengo envidia porque siento cómo está construyendo esta obra que, en justicia, debería firmar con su verdadero nombre. Y veo cómo en los distintos pasos todo se plantea con precisión y al mismo tiempo con el necesario *suspense*, con la necesaria hambre de más. A mí me gustaría mucho que el libro entero conservara la sobriedad de estos capítulos porque me parece descarnado, como inhumano, como río subterráneo, y ahí otra vez la envidia. No veo la necesidad de apoyarse en una explicación de la enciclopedia *Espasa Calpe* para indicar que la pretexto era una forma de la tragedia latina cuyos personajes se vestían con la toga de este nombre y el asunto estaba sacado de la historia nacional. Lo de la Quebranta se pierde, no está desarrollado, es una presencia muy etérea. El caballerango y el taxidermista también se extravían sin solución de continuidad. ¿Por qué quiere usted forzar esa similitud entre Séneca y el profesor Ocaranza? No es necesario. No le añade nada al asunto. El simbolismo no es que haya pasado de moda ni es lo que ahora, a falta de mejor frase, se denomina «sistema de relaciones», eso no importaría, lo único cierto es que no se entiende. Lo siento todo más bien como un involuntario diálogo de la traición en el que usted no ha reparado; además, la quebrantahuesos no es un ave como el cóndor que exista en América del Sur (más bien son aves como pequeñas águilas que se alimentan de ratas y víboras en el desierto de Sonora, en terrenos ralos, de clima seco, se dejan caer desde una rama intempestivamente, se elevan con la rata en el pico y desde las alturas la dejan caer contra las rocas para abalanzarse en picada contra ella y desgarrarla). Ahora que si el taxidermista... pero eso ya es mucho buscarle tres pies al gato. Y para nada. Mejor déjese llevar por la libertad de movimientos que tienen estos capítulos: brevedad en una línea, cambio a narración en primera persona plural, cambio a estilo policiaco-acta de Ministerio Público, cambio a narración en tercera persona, cambio a primera persona introspectiva, etc. Creo que esa libertad le servirá al libro, le servirá a usted para asegurarse de que quizá su maestría, su dominio de la escritura esté en la diversidad, en la multiplicidad de estilos, pero en la unidad perfecta de su idea, de su historia, de su río subterráneo que es esa línea del *faker*; policía, delator... No tenga usted demasiados sentimientos de culpa. Lo noto inseguro. Es cierto que sería más eficaz encomendar a un autor conocido, y que firmara el libro, esta tarea. Se le pasan los datos y ya. Se les cambian los nombres a los verdaderos personajes; la gente de todas maneras entendería. Pero no es éste su caso. Un panfleto firmado por un novelista famoso sería más aceptable y se vendería más... Ah, y nada de adjetivos

como el «flatulento» crítico al referirse al profesor Ocaranza. Suena mal, sale sobrando y es de pésimo gusto. Y fuera, también, con lo de las intrigas romanas, las orgías del viejo y su caterva de jovencitos togados alrededor de la alberca y entre manjares y racimos de uvas y bailando el can can. Por favor. No encaja. Es una mentira. Y sobre todo yo, como lector suyo, exterior a la cápsula de cristal en la que debe estar metido al escribir, le puedo decir que desde afuera a mí la sobriedad de lo que lleva escrito me parece sensacional, valiosísima, muy efectiva, muy aprehensiva (que lo agarra a uno). Ojalá, si esto le interesa, guarde en su mente esta impresión mía y que si eso es lo que quiere hacer siga así. No quiere decir que yo le quiera imponer una forma de hacer las cosas sólo porque a mí me gusta. Pero usted entiende. Quiero decir que si es así como ve el estilo del mamotreto —como le llaman aquí, y no se apene— yo lo siento muy descarnado y, para mí, eso de descarnado es padrísimo. Y ahora a la parte técnica, que para eso me pagan.

Mire usted, la prueba de paternidad de un texto depende de la relativa frecuencia del uso de ciertas palabras clave según se comparen con su relativa frecuencia en el millón de palabras de una lista de control. Las palabras típicas de un autor son las que él usa mucho más a menudo que otros. Por eso, cuidado. Cuidado con las manías. Lo de la *flatulencia*, lo de *fatídico* mejor sustituyalo con sinónimos. Éstas son las famosas palabras clave. Como en los sueños, el que hambre tiene en pan piensa. Si usted repite mucho *zanahoria* quiere decir que algo trae con las zanahorias. No que sean fálicas, no, o dulces, o frescas, no, pero acuérdesese de los conejos, de la carreta con la yegua y la zanahoria que le ponen enfrente colgada de una vara para incitarla a que avance. Acuérdesese. La palabra *irrefutable(mente)* es una palabra clave. Y al contrario, las palabras blancas son aquellas que un autor usa más raramente que otros, pero también, y por ello mismo, son significativas. Muy es un ejemplo. *Mucho muy*, aparte de ser un barbarismo o un mexicanismo, como dicen los españoles, es el colmo: es un error de usted muy personal. ¿Por qué tiene que repetir tantas veces el adjetivo *deslavado*? Otro tic es andar escribiendo su *mamá de él*, como si no bastara con decir su *mamá*. Y esto vale igual para lo de un *vaso con agua*; lo correcto es *vaso de agua* porque se entiende que está lleno de agua: es como un litro de leche o un galón de gasolina. Milagrosamente no se delata usted usando *bien* en lugar de *muy*, como sucede en algunas transcripciones coloquiales. Cuidado. *Achtung!* Ojo. Quítele unos pocos *por lo demás*. Estos grupos, por lo demás, coinciden en un área *neutral*, media, o en medio, o al centro, que contienen palabras que el autor utiliza ni más a menudo ni menos frecuentemente que sus colegas (de la lista de control) en un promedio general. La frecuencia de ocurrencia de una palabra o de una expresión permanece, pues, más o menos constante en diferentes textos escritos por un gran número de escritores contemporáneos. No hay que preocuparse, se lo digo yo.

Luego, sé que a usted le inquieta particularmente el tamaño de los párrafos. A todos al escribir nos da por alargar o cortar los párrafos, cortos al principio, y cada vez más largos a medida que se desarrolla el asunto. Es como cuando uno se

zambulle en una alberca: aguanta diez, veinte segundos debajo del agua, y tiene que salir pronto. Cada vez que uno sale es como poner un punto y seguido o un punto final, según. En ese sentido al hablar y dejar las frases incompletas pasa que parece que uno deja tirados por ahí puntos suspensivos. Es como ir agarrando aire, como irse calentando y subiendo la voz, como pasar de un tono depresivo a uno exaltado y dramático. Muchos, demasiados párrafos de doce líneas cada uno, dice usted. Sí, eso puede ser una manía inconsciente, como que hasta allí, hasta las doce líneas, le alcanza la voz, y luego toma aire. Pero esto puede resolverse quebrando los párrafos o uniéndolos a la manera de Marcel Proust. No es problema. Es fácil de disimular. Meta puntos y aparte. En todo caso, esta variación estará condicionada tanto por la extensión del texto como por el tamaño de la frecuencia. Habrá una mayor fluctuación en textos cortos que en largos, y en palabras de baja frecuencia que en palabras de alta. El argumento es técnica y estadísticamente sólido. Lo que resulta es un procedimiento (¿por qué no decir *procedimiento* en lugar de *método*?) en el que cada ocurrencia de una palabra perteneciente a un grupo cuenta sólo como una ocurrencia del grupo, por decirlo así. De esta manera se obtienen entidades de considerable frecuencia y las fluctuaciones debidas a la baja frecuencia, o al texto corto, se mimetizan. No desaparecen del todo, pero se vuelven tan pequeñas que no resulta factible una prueba de identificación. Así que el riesgo es mínimo y no se ha inventado aún la computadora que determine estas variantes ni que tenga tantas posibilidades de combinación como el cerebro humano. No se inventará, además. Sería como igualar el pensamiento y lo sorprendente de la mente y el instinto a las relaciones alámbricas de la electrónica. A lo más que podría llegarse sería a completar una lista diagnóstica de quinientos vocablos (entre palabras clave y palabras blancas), frases cortas y largas, y cotejadas con un texto de nuestro tiempo (de los periodistas que cobran aquí, por ejemplo). Pero, ¿cuál? ¿Los comentarios editoriales en los periódicos? No. ¿Los boletines oficiales? Tampoco. Lo único que podría servir sería el trabajo editorial consuetudinario de un sospechoso...

Para que usted esté tranquilo, he aquí pues las conclusiones (inevitablemente técnicas):

La palabra *irrefutable(mente)* ocurre 23 veces en 82 000 palabras del texto de usted, con un promedio de $23/82.20$ que es igual a 0.0002798, y ocurre 65 veces en 1 000 000 de palabras de textos contemporáneos, con un promedio de $65/1\ 000\ 000$, que es igual a 0.0000650 (aproximadamente).

El adverbio *muy* tiene un promedio de $55/82.200$, que es igual a 0.0006691 en el texto de usted. Y $2\ 123/1\ 000\ 000$, que es igual a 0.0021230 en los textos de otros.

Hay que dividir entonces el promedio de usted entre el otro promedio de la misma palabra: para *irrefutable(mente)* se consigue 4.305 y para *muy* 0.315 (más o menos). Por tanto, usted usa *irrefutable(mente)* cerca de 4.3 veces tan frecuentemente como se usa en los materiales contemporáneos, pero usa *muy* cerca de 0.3 veces con la misma frecuencia.

Tenemos después (ya voy a terminar) 458 palabras características de usted, aparte de frases incompletas y construcciones típicas, y la frecuencia de ocurrencia en algunos pasajes (123 000 palabras) se comparó luego en su frecuencia tanto en el ejemplo de 231 palabras de usted como en el ejemplo de 1 000 000 de palabras compuestas en los escritos de otros 131 autores contemporáneos.

Las palabras clave y blancas entonces son más que estructurales o gramaticales, las que usted usa más y menos que sus contemporáneos. Me parece que sólo habría que tener un poco de cuidado con esas palabras de relleno, como *un, todo, también, una cualquiera, y*, o expresiones como en *todo caso, por lo demás*, y evitar un poco la repetición de la estructura *no sólo esto bla bla bla, sino además bla bla bla...*

Pero a fin de cuentas, todo esto no tiene ninguna importancia. Se puede mentir con la estadística; no demuestra nada. Hay ejemplos para todos los gustos. Se pueden conseguir diez ejemplos en un sentido y luego otros diez en sentido contrario. Lo que importa en todo caso es el significado del conjunto, la organización verbal, la disposición de los temas, pero no nos pongamos pascalianos.

Finalmente (y no olvide que los lenguajes son poblaciones estadísticas), un conteo de las palabras más usadas, de sus frases cortas características, y de las conjunciones bien o mal utilizadas, nos viene a demostrar que un análisis estiloestadístico, en su caso, no tiene la menor posibilidad. Por el método psicografológico yo no me preocuparía (la letra será de imprenta). Duerma tranquilo. Mientras aquí su ángel de la guarda no haga cortocircuito, usted no se preocupe.

Siga adelante.



XVIII

... do not look at previous draft; rewrite from mood.

F. S. FITZGERALD

Nada y mucho me enseñaron esos años metido en la redacción del periódico, al fin y al cabo todos estamos situados en posiciones frágiles, intrascendentes, en las que en calidad de piezas altamente reemplazables servimos a un sistema con el pretexto de que tenemos que comer y no sabemos hacer otra cosa. Y es que aprender un oficio no significa nada. De gente con habilidad para hacer algo, o para vivir sin hacer nada, están llenas las oficinas burocráticas. Lo que sí nos ilustra muchísimo, luego de algunos años, es el darnos cuenta de que el sistema sólo requiere de esa nuestra tal o cual habilidad y no sólo nuestras opiniones sino nosotros mismos resultamos prescindibles e intercambiables. Mi intención no era hacer mi autodefensa; no me encontraba ni remotamente en el banquillo de los acusados. Yo no protestaba por el hecho de que no hubiera manicomios en la ciudad sino por todo lo contrario: me oponía a que se abrieran, a que se encerrara a quienes andaban en la calle... Apenas me limité a proponer la creación de una casa donde durmieran y desayunaran, lo cual no tuvo nada que ver con la difusión detallada sobre la ambigua presencia de los leones del circo en el lugar de la manifestación ni mucho menos con el problema de las águilas, cuya caza estaba vedada, que le recogieron al taxidermista. Lo que sucede a veces es que yo con la noticia me deformedo; sólo sé que en el fondo hay algo justo, impreciso quizás en sus datos más nimios, pero en definitiva algo que permite producir el efecto comunicativo necesario.

Ocaranza venía pensando en la ciudad sin hospitales psiquiátricos, pero ya, se decía, las autoridades sabían qué hacer con el problema; bueno, no hacer, más bien los patrulleros ya sabían cuál era el sentido de las órdenes que habían recibido: sacar a hombres y mujeres extraviados y sin rumbo a las afueras de la ciudad, porque ni los dineros del municipio ni de todo el país bastaban para dotar a la población siquiera de un centro para consultas externas. Con la clausura del manicomio de La Rumorosa los enfermos circulaban por las calles, andrajosos, en harapos unos, otros simplemente fijos en las bancas de los parques, con la mirada perdida, sin atención en nadie. Y no. No se trataba de una organización intencional de que, en efecto, no se proveyera de casa a quienes tomaban la ciudad por albergue en todas sus calles y rincones. No, sino del simple y escueto hecho de que los fondos de la comunidad eran insuficientes, decían, para construir al menos una modesta clínica o siquiera un lugar donde se ofreciera algún tipo de ayuda, ya que el hecho de que no hubiera reclusorios —o cárceles disfrazadas de manicomios— tal vez no era tan lamentable. Los calificados de locos entraban en relación con todos los transeúntes, había una mínima comunicación de grito a grito, y el individuo de conducta atípica convivía en su ciudad casi podría decirse como cualquier ciudadano si no fuera por su condición de paria y de vago despreciado por la normalidad citadina. El hecho no era pintoresco, era trágico. A finales del año que acababa de concluir, una mujer que recorría las calles desnuda fue encontrada al amanecer del día siguiente muerta en la playa, violada. Lo último que se supo de ella fue que una radiopatrulla la recogió y se perdió por el rumbo de la carretera que lleva hacia los alrededores de la ciudad y la playa. Otro caso vendría siendo una mujer, casi una anciana, de faldas anchas y largas hasta el suelo, que iba y venía por las calles despidiéndose de cuanta gente encontraba a su paso, pues se disponía a emprender ya su ansiado retorno a la provincia natal o un largo viaje a Nagasaki. Llevaba varios años despidiéndose. Los vecinos le daban recados y comida para el viaje... aún en preparación. Decía adiós... veliz en mano: eterno asidero del inmigrante que se estanca en la ciudad al no poder seguir hacia el norte ni volver hacia el sur. Otro era aquel que hurgaba en los tachos de basura revisando callejones malolientes en busca de algún sombrero que ponerse sobre el que ya llevaba puesto, otra camisa para encimarse en las camisetas o las otras raídas camisas que lo abultaban, espulgando los basureros para dar con alguna bota abandonada y arrancarle la suela y clavarla y reclavarla en las cinco o seis suelas de vaqueta o de hule encimadas que ya había clavado, haciendo un tacón alto y grotesco, en sus propios zapatos viejos, en busca de un abrigo largo que le cayera en todo su cuerpo, encima de los pantalones dobles y las camisas triples, como las capas de una cebolla miserable y marchita.

Allí andaba por las calles y justamente en eso venía pensando el profesor Ocaranza cuando se dirigía a su antigua casa para indagar si durante su ausencia

había llegado alguna carta, algún periódico... porque allí le llegaba su correspondencia, todavía... en la casa de huéspedes de la verde casona situada en el centro de la ciudad y cuyo dueño era don Luis el taxidermista... un anciano cacarizo que abrió la puerta y se le quedó viendo sin reconocerlo de inmediato. Se colocó los anteojos de media luna que traía en el bolsillo de la camisa a cuadros rojos y se llevó en concha la mano a la oreja acercando la cara.

—Usted —dijo con admiración meditativa, y lo hizo pasar.

El profesor Ocaranza encontró a su paso la puerta abierta del baño y distinguió al fondo la tina de patas de león que contenía cajas y mallas de alambre y al lado, sobre la taza en desuso, una olla con agua hirviendo y águilas. Más adelante descubrió su cuarto de antaño convertido, en el segundo piso, en un gallinero mojado y hediondo, con dos o tres gallinas enclenques. Por la ventana volvió a ver, al caer la tarde, el estacionamiento de las marisquerías adonde llegaban las parejas a comer camarones entomatados y a beber cerveza hasta el amanecer sentadas en los autos y besándose mientras él, Ocaranza, las contemplaba desde la oscuridad, sólo las piernas de las parejas, cuerpos a la mitad, pantalones y faldas cortas, sólo de la cintura para abajo, las manos llevando la botella de cerveza a la boca y tomando con los dedos las galletas de las copas llenas de ostiones. Y a medida en que antes se dirigía a la casa de huéspedes se preguntaba si Lauca no había seguido enviándole todas aquellas cartas y aquellos retratos. Obviamente todavía existía la casa a pesar de los nuevos edificios que se levantaban en torno, porque sí, efectivamente, el anciano taxidermista alzó con un dedo la visera de su gorra negra de boletero de ferrocarril, de pequeños orificios en la copa, abrió la puerta y le dijo:

—Sí, sí don Álvaro, qué manera de perderse tanto tiempo, hombre, sí, tiene usted allí unas cartas, pero no sé dónde las puse. Déjeme subir a buscárselas. Suba, suba usted. También le llegaron unos periódicos y unas revistas.

Y entonces Ocaranza vio las tres gallinas blancuzcas y desplumadas en parte de sus cuerpos, picoteadas y rosadas mientras el anciano desaparecía en uno de los cuartos de arriba. Pronto volvió don Luis con un paquete de cartas atadas con un listón verde. Le entregó las revistas y los periódicos que desde hacía poco más de un año habían estado allí sin desdoblarse, esperándolo, envueltos en un dibujo de Vargas, inútiles, extemporáneos. Tuvo la sensación al examinarlos de que no había transcurrido el tiempo, como si los acontecimientos descritos estuvieran teniendo lugar ese día, acumulados, todos los hechos de catorce meses en una sola noche. La intransigencia de un grupo sectario provoca la acción enérgica del gobierno. Criminal provocación en el mitin causó sangriento zafarrancho.

Leyó las cartas en la calle: la misma letra manuscrita, muy bien dibujada de Lauca, la tierna y adorada Quebrantacorazones, la tantas veces condenada e incomprensida, el mismo llanto de sus últimas escenas, la decepción y el reproche. ¿Por qué te fuiste sin decir nada? ¿Por qué no volviste?, le hubiera querido él preguntar antes de que fuera demasiado tarde. ¿Con quién te fuiste?

No había vuelto a pensar en ella desde el momento en que, una noche, llegó a su casa y encontró que sus vestidos, sus libros, sus discos, una pequeña mesa blanca y redonda a la que le tenía un apego especial, un suéter morado de lana, habían formado un helado vacío, un hueco en dos de las esquinas del estudio. Le había parecido, entonces, a pesar de que en largas y al final serenas conversaciones se había preparado para ese último instante, que parte de la estancia había sido socavada por una fuerza que bien podía semejarse a la irrupción violenta y pesada de una pala mecánica, una boca dentada de hierro que desde la calle hubiera entrado a morder y desgarrar parte de su intimidad.

A partir de entonces se fue adaptando a la idea de volver a vivir solo. No volvería a pensar en ella, o por lo menos cada uno de los objetos que asociaba con ella no le resultaban ya, por su mera presencia, dolorosos. Lo cierto fue que desde aquella tarde en que Lauca se fue, Ocaranza experimentó una sensación incierta, amarga tal vez, de alivio. Nunca antes, en anteriores separaciones, había estado tan seguro. Nunca antes se le había manifestado de manera tan clara la convicción de que el hecho de no volver a verse, y tocarse, había sido lo mejor para ambos. Sabía que a su edad el daño no sería irreparable: era en el fondo una mujer buena y tierna, incapaz de crueldad alguna, inquieta, predispuesta a apasionarse sin la menor cobardía, o por lo menos ésa era la imagen que tenía de ella, y sabía también que él, a su edad, en muy poco podía dejarse aniquilar, o al menos eso fue lo que por el momento le convino pensar.

El diálogo prolongado antes, trunco después, que de alguna manera seguía haciéndose presente, fue desvaneciéndose a medida que arrojaba algún cenicero a la basura, algún libro cuya lectura había compartido con ella, o hacía perdidizo en la calle algún objeto que no podía permanecer más tiempo junto a él sin emparentarse con ella. Fue limpiando de escollos el regreso a casa. El acomodo de los muebles, la compra de un nuevo juego de sábanas, de distintos colores, la renovación de las cortinas cambiándolas de un color oscuro a uno claro, le permitieron reorganizarse e ilustrar la ilusión de que habitaba un escenario diferente, virgen en cierta forma, adecuado a partir de cero, una vez más, sin volver la vista. Todo valdría la pena si se proyectaba hacia adelante.

Y así lo había hecho. Puso su mente en blanco en todo lo que se refería a Lauca. En las semanas subsiguientes, en los meses que se fueron acumulando en una distancia cada vez más amplia en el tiempo, la había borrado prácticamente de su memoria. No había vuelto a pensar en ella y allí, más de catorce meses después, estaban sus cartas referidas a otros hechos y a otro momento. Habían sido días de gran agitación, exilios voluntarios y forzosos, encarcelamientos, errores judiciales, acusaciones anónimas, un lapso de violencia abierta que todo lo ocupaba y adquiriría importancia por encima de cualquier descalabro sentimental o amoroso. Por ello aquella separación fue diluyéndose y sus consecuencias inmediatas minimizándose ante la brutalidad imperante en las calles. La propia desaparición de Ocaranza, cuando una camioneta azul ártico y sin placas le cerró el paso y fue secuestrado,

quedó en su memoria tiempo después como algo inmerecedor de todo rencor y cortante, como la suma de todas sus humillaciones a lo largo de su vida en las que no pasaban a segundo plano las derivadas de sus ocasionales incapacidades amorosas pero sí se estancaban sobre una suerte de lago remoto de sus recuerdos donde acaso ya no sobraba energía para el resentimiento.

XIX

Bruno sabía que ponerse a leer los expedientes policíacos y las declaraciones judiciales le produciría tal fatiga, y al mismo tiempo tal confusión revulsiva, que en la noche le vendría el conocido mareo de los días anteriores, una bruma de sensaciones que lo disminuían, lo reducían a la condición de una rata condenada a trabajos forzados o al confinamiento en soledad. El sueño se encargaría de ir aclarando el agua pútrida de ese estanque lechoso en el que, en su memoria, sobrenadaban acusaciones, nombres propios, infundios, historiales clínicos con omisiones notables, como si se produjera una operación de la mente para evitar trastornarse y poder sobrevivir mínimamente lúcido; pero en contrapartida el sueño le deparaba visiones apenas delineadas, el sueño se cobraba ese alivio proveyéndole de una atmósfera de pesadilla y terror, como si ése fuera el precio que exigía el sueño a cambio de salvarlo e intervenir trastocando los datos y coadyuvar en la transformación de esos detalles que tenían que disimularse y descomponerse y recomponerse en la redacción definitiva, que por fortuna no quedaría en sus manos, del libelo tantas veces pospuesta.

De ninguna manera podía correr el riesgo de ponerse a escribir inmediatamente después de terminada la revisión de los materiales dispuestos en las carpetas. Tenía que tomar distancia, echarlos a dormir, hacerse de otro tiempo mental, a fin de descontaminarse de los giros burocráticos y del soporífero discurso del lenguaje judicial, del tono y los esquemas y las fórmulas de la jerga criminal. Pautas, valores, deseos, metas, habrían de entrecerse en lo que, ya en la página escrita, vendría siendo un texto con fluidez propia, la transposición en relato natural de las abstracciones conceptuales que a la luz de una cierta teoría del delito apoyaban las tipificaciones de la conducta que se ajustaba, como en un molde de panadería, a lo que la ley definía, con todos sus elementos, como infracción. Delito es lo que la ley dice que es delito... pero sería víctima tal vez, más tarde, de su propia memoria a punto de reventar, de las

palabras no pronunciadas pero indeleblemente escritas en los expedientes. Y fue allí en sus sueños donde se vio a sí mismo invadiendo el futuro, no, no el porvenir siniestro que avizoraba o preveía para él como justo merecimiento, no, sino tan sólo irrumpiendo en el centro de la ciudad y llamando la atención de todo el mundo. Y así debían andar todos los que como él se habían extraviado en el mundo, en la calle, en los oscuros pasillos del hotel Serena, entrando en relación con todos los transeúntes o los empleados de las tiendas que se burlaban de ellos (los locos deambulatorios, prófugos de La Rumorosa), cuando ellos sonreían y surgían de pronto de un basurero en el que obsesivamente iban recogiendo vestimentas y botas y sombreros que se encajaban uno encima de otro. Porque Bruno a nadie hacía daño, acaso de cuando en cuando insultaba a algún automovilista y le golpeaba la puerta a patadas. Quienes lo contemplaban sabían que a cierta hora de la tarde, al caer el sol, pasaría por una cierta calle y lo señalarían con el dedo y se detendría en cualquier callejón entre los botes de basura a revisar si podía ponerse un pantalón encima del que ya llevaba puesto sobre la pijama de franela, un saco a cuadros del profesor Ocaranza que le caería encima de su chamarra verde olivo, una camisa encima de los harapos que lo cubrían a medias y dejaban ver su pecho manchado de tinta o aceite o sangre y su cara brillante y ennegrecida por el carbón de las chimeneas, el hollín que con nada se quitaba de las tetillas y los hombros, ni con jabón ni gasolina. También se iba clavando suelas de viejos zapatos en las suelas de sus botas federicas, una roja y otra negra, de tal manera que se le formaba un tacón inmenso, alto y desproporcionado respecto al diseño de la bota original: encima de todo su cuerpo se ponía el gran abrigo del profesor Ocaranza, negro, largo, hasta el suelo.

Y sí, al despertar esa mañana tras un sueño intranquilo, Bruno Medina sabía que ésas habían sido las órdenes. Tanta prevención no descartaba por supuesto la imprevisibilidad de una mente desquiciada como la del calvo y estrábico señor de traje cruzado que había concebido, allá arriba, en las oficinas que comunicaban al sótano por un elevador, y con infinito gozo, la impostura: la agresión intelectual (hasta literaria, se diría) de un libro en un país en el que nadie leía. No había manera de calcular qué acciones emprendería alguien no corrompido por el poder sino enloquecido. Para el jefe, el patrón, el señor, vestido de civil y no de militar, el poder era como la heroína, le causaba una adicción virtualmente física y lo retrotraía a la infancia. Volvía a ser el niño rey que llora para saciar su hambre, que se pasea como un emperador en su carrito de cuna empujado, el bebé omnipotente a quien nadie podía desafiar, mucho menos Bruno. Sus declaraciones tenían un efecto de magia. Bastaba con que pronunciara una frase para que la realidad se acomodara. Las cosas cambiaban al menor proferimiento. Y claro que para él, el señor, era muy cómodo ir ajustando lo que él vivía como realidad a sus dichos. Su lengua era su varita mágica: hágase la luz, y se hacía. Hágase el libelo, y se ponía en marcha toda una maquinaria diabólica. No se relacione al gobierno con los cambios en el interior del periódico, y no se le relacionaba. Y así era creído por todos los miembros de la colectividad. Yo

no estuve allí cuando estalló la bomba, decía, yo andaba de viaje. Yo no tuve nada que ver con la matanza de los estudiantes. Yo no estaba allí la noche de san Valentín, decía Al Capone, de veras, no, aquí tengo testigos. Yo estaba en Miami. Tanto poder en la cabeza, en la médula espinal, en los nervios raquídeos, lo invadía como la heroína en el cerebelo y no hacía de él un hombre sino una pistola. Qué una pistola: un cañón, todo su cuerpo era un arma aniquiladora y se sabía un rifle, un falo, una verga parada. Y antes de actuar no era que deseara preparar a la opinión pública, sino acoplar a su conciencia la decisión de actos fríos y despiadados, los males necesarios que comportan, dicen, todas las razones de Estado. La ley estaba concebida y hecha para utilizarse en favor del interés del Estado, pero era la ley la raya, el punto de referencia, el de aquí para allá y el de allá para acá, la coartada de la legalidad que convenía orquestar a todos los niveles, salvar. Todo menos la forma. Todo menos la apariencia; todo era sacrificable. Si la ley requería elementos de juicio, elementos de juicio se le proporcionaban. La forma, por encima de todas las cosas. El crimen incluso no era crimen si estaba sancionado por la legalidad: la norma, el ordenamiento sagrado. Triunfaba como siempre la verdad *técnica*, la verdad sucia de los abogados y de los jueces. La verdad del expediente. La historia podía acusarlo de todo, menos de haber faltado a la ley.

¿Cómo, pues, como jefe de la tribu, como genio del mal, desde la conspiración de escritorio, le resultaría moral y materialmente imposible la concepción y la realización de un proyecto como el del libelo? Qué va, como daño era mejor que la muerte. Duraba más tiempo la vejación. La venganza. Incidía más en lo íntimo, y corroía más que el exilio.

Y yo aquí estoy, se decía Bruno, viéndolo todo como si sucediera en una pecera. Desde que el avión se detuvo en la pista de aterrizaje en el aeropuerto de Tijuana y Bruno se puso los lentes ahumados e imaginaba que una multitud lo recibía como a un luchador enmascarado recién salido del ring mientras atravesaba la plaza en medio de aplausos y gritos, desde ese momento, Bruno tuvo para sí que ya encarnaba al protagonista de una cinta de intrigas internacionales, de amores suspendidos, de negocios felices. Se sabía traidor, espía doble, dueño él mismo del destino político de algún poderoso. Sí. Como en una pecera: el profesor fue juzgado y condenado por la cooperativa de su periódico y lo echaron a la calle cuando la rebelión de redactores y colaboradores tuvo que ser aplastada. Los sombreroños con brazaletes blancos y una plumilla en el sombrero fueron rodeando las oficinas del periódico desde la noche anterior. Se colocaron militarmente en cada una de las esquinas. Avanzaron en una operación de pinzas, se reunieron con su quinta columna en los talleres, tomaron la dirección general. Su agresividad era medida por todos, con tacto y técnica, su sentido del tiempo, su puesta en escena, como un equipo de fútbol perfectamente bien coordinado. Sabían sopesar la intensidad de la tensión, subirla de tono o aplacarla. Ocaranza lo había previsto en sus artículos y crónicas, pero todo fue en vano, tal vez porque su modo de insinuar las cosas era demasiado paródico, indirecto, a base de

mensajes ocultos que quería pasar a los lectores. No hubo respuesta, por supuesto. Nadie se lo imaginaba. Y no hubiera podido ser de otra manera. Había ochocientos setenta y cuatro periódicos matutinos y seiscientos treinta y dos vespertinos, pero en conjunto no llegaban al millón de ejemplares diarios en todo el país. Se quería disgregarlos para que no tuvieran fuerza. Casi un periódico por cada doscientos habitantes. Se echaba así una cortina de humo: mucha información (diversificada pero en el fondo idéntica) para no informar nada. Se trataba no de aclarar sino de enturbiar, no de hacer visibles las cosas sino de ocultarlas, no de que se viera el bosque sino de que los árboles impidieran escudriñarlo. El título de cada uno era lo que distinguía la igualdad de todos los periódicos. Si los reporteros quisieron hacer del suyo algo distinto, excluido de la manada, de la regia formación de vacas especializadas en la servidumbre, no se les toleró. Hubo que callarlos. Hubo que taparles la boca. Hubo que sacarlos de la pecera donde Bruno creía contemplar el vaivén de la historia. Todo se permitía, menos la disidencia. Se proponía la crítica, pero se prohibía la crítica. Y no hubo un solo periódico que protestara y se solidarizara, porque no tenía sentido la protesta. No hubo un solo diario indignado, un solo periodista que también, por extensión, se sintiera agredido. Se guardó silencio. La boca pagada de antemano desquitaba ahora su sueldo no abriéndose, o escribiendo libelos. Y el proyecto de patito feo del reino quedó aislado, solo. Los periodistas y escritores y linotipistas salieron a la calle del desempleo y la mentira, la calle sin hermanos solidarios, la calle de la ciudad sin periodistas. El atentado hacia adentro (la traición) y desde afuera (el golpe) y desde arriba se consumó durante esas catorce horas que fueron de la noche a la mañana y al mediodía y a la tarde del día siguiente, un jueves sombrío y lluvioso, de atónitas miradas, de impotencia ante la arrogancia de la venganza y la intolerancia del poder desquiciado.

Exacto, como en una pecera. Bruno tomó material de sus diarios personales, de sus sueños, y sintió que a sí mismo se plagiaba. Sentía que a sí mismo se robaba ideas y frases, que algo de ilícito e inconfesable había en el hecho de usurpar a los sueños realidades que no debían ni siquiera nombrarse. Y con ello vino el inconfundible sentimiento del traidor que circula desnudo por la plaza. ¿Robarse a sí mismo? Mis propios sueños, mis propias ideas y palabras. Ah, sí, te decía... nada y mucho me enseñaron esos años metido en la redacción del periódico... Servir a otros fue convirtiéndose en una actividad natural: cobrar en oficinas ajenas al periódico, redactarle sus estupideces a los funcionarios, darle sentido a sus incoherencias prodigándome en sonrisas cortesanías en los restaurantes y en las recámaras del poder. Todo formaba parte del orden natural de las cosas. El mundo era así y era de locos proponerse cambiarlo porque, según decían, nuestro puritanismo no era protestante: era católico. Nuestro sentimiento de culpa, nuestra mala conciencia de clase. Esas cosas. Pendejadas. Esas explicaciones no solicitadas, tú dirás...

El suyo era, no podía negarlo, un temperamento depresivo. Hubiera preferido Bruno no haberse encontrado jamás con el profesor Ocaranza, ni siquiera en calidad

de anónimo alumno, uno entre tantos cientos de estudiantes que atiborraban el aula, no haberlo conocido, pues a pesar de que habían transcurrido muchos años desde la última vez que lo vio, el mero hecho de haberse relacionado lo incomodaba, le acarrea el sentimiento de estar cometiendo algo semejante a la traición. En la espalda del profesor centraba la imagen de un puñal encajado, *a knife in the heart* el recuerdo de haber olvidado a su padre, de haber aprovechado su inocencia madura y confiada para derivar de allí el poder que se cifra en la confianza y que procede justamente de todas las traiciones. Se sabía mentiroso, el actor alevoso de un asalto moral a largo plazo y por varias interpósitas personas (los sucesivos redactores y correctores del libraco) que, pese a sus escasos resquemores, se diluía en una suerte de fascinación, o pasión, irresistible. No debería usted hablar de esas cosas, profesor, le hubiera gustado decirle yo, mire usted cómo son las cosas, nunca trabajaré para el gobierno... aunque el policía a veces todos lo llevamos dentro. Un agente contaba el otro día que ideó una manera de matar con una aguja larga, confesó que a un estudiante se la había metido debajo de la oreja, hasta la hipófisis. La ética es la estética del futuro, profe, no se haga...

Durante las primeras horas de la mañana, Bruno se sentía dueño de sí mismo y de su historia. Seguro. En las noches se volvía temeroso, presa de peligros infundados y ruidos nocturnos. Era el suyo, en sentido figurado, un mundo de cárceles privadas, centros clandestinos de detención, como lo era también cada capítulo del mamotreto, cada uno de los compartimientos estancos en que iba acumulando los recortes, materia prima del vejamen. Sí, un mundo de cárceles interiores y amenazas reales: dese usted cuenta de que si desaparecen quince periodistas en este país en realidad no sucede nada. Nada más se perderían. Nada más se los cogerían, y todo con sus fotos y sus detalles. Nada más eso a ellos. A otros les podría suceder algo más. Piense usted en la disminución total o parcial de la facultad auditiva, abscesos hepáticos que han ocasionado fallecimientos, amputaciones de piernas, fracturas de costillas, brazos, piernas, dedos, cicatrices permanentes en la cara y en el cuerpo, pérdida de piezas dentales, alteración del funcionamiento de los riñones, tumores en la cabeza, los brazos y el abdomen, aborto en mujeres torturadas en estado de gravidez, traumas psíquicos y muerte. Piense usted en que un agente se le subió en el vientre y le brincó... Piense usted en los golpes con los puños cerrados o con culatas de rifles y cachas de pistolas en las partes nobles, en la cara y en la nuca; golpes en ambas orejas con las palmas abiertas y contra los tímpanos... Piense usted en la introducción de bebidas gaseosas —Tehuacán, Pepsicola—, alcohol o gasolina en las fosas nasales, con la boca fuertemente atada, las manos atrás, amarradas a una tabla, presionado el tórax por un policía sentado en el cuerpo del detenido... Piense en los toques eléctricos, con el cuerpo completamente desnudo y mojado, aplicados sobre todo en órganos sexuales, boca y ano... Piense usted en lo que siempre han hecho los policías y los militares mexicanos. Piense en la introducción de la cabeza en excusados llenos de excremento humano, quemaduras con cigarrillos en todo el cuerpo, martirio de

hijos menores y esposas en presencia del detenido, o en el encierro del mismo detenido en un auto, con las manos atadas al volante y el cuerpo arropado con una cobija, cerradas puertas y ventanillas, bajo el sol, en la época de máximo calor... ¿Y a quién le importa todo esto?

No era para amedrentarse, se decía, pero así se lo habían explicado, a boca de jarro, al profesor Ocaranza. Luego entonces: había que tener cuidado.

No podía aceptar que la expresión «miedo cerval» o la frase «estrujar el cerebro» fueran verosímiles en el vocabulario de quien ahora él suplantaba, el supuesto personaje detrás de la narración, la voz narrativa, ni que las descripciones de los primeros párrafos pudieran ser del mismo autor que hablaba en los fragmentos de las últimas páginas: hojas repletas de datos, listas de nombres propios, apellidos maternos y paternos, oficios y domicilios de las personas delatadas. No podía ser. ¿Qué relación había entre el primer descriptor de los desiertos y las sierras del norte, que en la introducción aparecían dibujados por un poeta proclive a las metáforas y deslumbrado por las maneras modernistas, y el cuentista del final que no ocultaba su indudable origen: el dictado de un alguacil? De leerlo, no lo creería ni él mismo.

La naturalidad del relato, su tono sincero y suelto, se perdía en cuanto aparecían las forzadas enumeraciones, los nombres, sobre todo los nombres, apellidos, domicilios, números telefónicos, lugares, notas subrayadas sobre los detalles minúsculos pero significativos en los que sólo una mente policiaca y elemental, de baja graduación, podía reparar. Saltaba a la vista que la elección de los datos y los objetos más relevantes estaba al servicio de lo que el agente quería encontrar, de lo que sus superiores querían que fuera la forma de las cosas para, a partir de esa falacia patética, obrar en consecuencia, conforme a sus deseos más ocultos e inconfesables. Pero luego no era el tema lo que más le preocupaba, sino el lenguaje. En un principio entendió que se trataba de bordar en torno a un cierto personaje aludiendo aquí y allá con adjetivos vagos, siempre en relación a un tema específico, visto desde todas sus aristas, puesto a prueba ante cualquier posible objeción, desde todos los ángulos probables, y que se proponía hacer ver lo que narraba, ponerlo allí mediante el subterfugio de hacerlo aparecer vivo y aceptable, pero sudaba nada más de enfrentarse al problema de elegir la palabra justa, y esto, a decir verdad, le daba una cierta sensación de trabajar en serio y de considerarse a sí mismo una especie de Balzac furtivo, alguien que actuaba por encima de las potenciales, perjudiciales implicaciones de la información que entreveraba entre líneas.

El temor de hacer ruido con la máquina de escribir ya entrada la madrugada lo remitía al cuaderno de notas, donde se le iba más suelta la mano. Al fin y al cabo lo que escribía en letra manuscrita no iría directamente a la imprenta; no sería impreso tal cual. Ya con el brazo caliente avanzaba largos párrafos de un tirón, pero frases como «no hace sentido», «no brinquemos a conclusiones», «ése es el punto», «conservar en mente», «no hace ninguna diferencia», denotaban perturbadoramente una estructura de la oración inglesa que, puestas aquí y allá, podrían echarlo todo a

perder aunque servirían, no obstante, para despistar a sus posibles perseguidores. Nadie podría rastrearlas hasta él ni aceptarlas de manera lógica, claro, como propias del supuesto narrador salido de los meandros y las sierras del noroeste alejado de toda escolaridad. La engañifa era perfecta. Los más acuciosos investigadores especializados en análisis de contenido y en psicografología tampoco lograrían armar la personalidad (el *identikit*) del autor anónimo si Bruno iba esparciendo cada tantas páginas giros a la francesa, como «pero es de la casa de la que quiero hablar», o a la italiana: «Te lo digo yo». Algunos usos del castellano peninsular o de argentinismos también le servirían para aderezar la presentación del asunto. O tal vez —maquinó— lo más seguro y lo más fácil sería imitar el estilo de alguien, ensayar alguna parodia mensa, y así dejarse de lucubraciones. Pero era ya demasiado tarde para iniciar todo de nuevo y, francamente, menos divertido.

En el otoño de 1943 los investigadores de la Sección de Análisis del Intelligence Service realizaron en Inglaterra numerosas predicciones acertadas sobre los principales movimientos militares del enemigo estudiando y cuantificando la propaganda emitida desde los países del Eje. Los analistas británicos hicieron una serie de agudas y dramáticas inferencias no sólo para especificar la ubicación de las armas (las bombas V-2 de Alemania), sino también sus diversos tipos y una sucesión de datos cruciales sobre su desarrollo y uso. Los elementos deductivos fueron generalizaciones proporcionadas por estudios previos sobre la propaganda alemana. El número de menciones de un tópico. El énfasis en minucias. La omisión de ciertos lugares geográficos. Pero estas probabilidades de investigación no preocupaban mayormente a Bruno, sobre todo si ya se había salvado —como se le había demostrado— de un método mucho más elaborado y difícil: la estilostatística electrónica puesta a prueba con las cartas de Junius.

De todas maneras no estaba de más seguir procediendo por eliminación. El análisis de técnicas de propaganda no lo alcanzaría, pues aquí también se precisaba, indispensablemente, de una comparación. Era necesario saber el «*quién dice qué a quién, cómo y con qué efecto*», pero en su caso ah, ja, ja, nunca darían con el *quién* inicial y detonador. El conjunto de significados implícitos en algunos símbolos y la clasificación de los portadores de signos sólo conducían a resultados equívocos que dependían en exceso de la agudeza del analista y de sus juicios erróneos. Existían de hecho varias pruebas (como la del uso del vocabulario peculiar utilizado por el enemigo) para detectar la presencia de componentes propagandísticos en las radiodifusoras de onda corta, pero la aplicación de este método hacia finales de la segunda Guerra Mundial suscitó innumerables críticas e interrogantes que lo ponían en entredicho. Abundaban problemas desde el punto de vista legal y dificultades lógicas inherentes a la distinción entre la correspondencia en el contenido y la colaboración en la intención, aparte de serios malentendidos al seleccionar los materiales cuestionados y no poder inculpar a nadie de propagandista y traidor.

Podrían a Bruno echársele encima todos los detectives del mundo y siempre toparía con pared al menor intento de dilucidar la disputa sobre la paternidad literaria de su gran trapacería verbal. Podrían cuantificar y codificar sus palabras compuestas, la extensión y la riqueza de su léxico, su tipo de ritmo, sus patrones estilísticos, la reiteración de determinados argumentos, sus sobados dicterios, sus sentencias rancias, sus lugares comunes, sus referencias sexuales, sus explicaciones innecesarias, su estilo asociativo, su manera de encajar situaciones y de hilarlas unas a otras, sus omisiones relevantes, sospechosas, sus focos de atención más obvios, su distribución de los temas, sus pautas recurrentes, sus categorías temáticas, su uso de los puntos suspensivos, sus manías de puntuación y su malicia al no cerrar los paréntesis para provocar confusión o ambigüedad (e irritación, sin duda), su afinación del tono general del asunto dominante, sus silencios implícitos, su tipo de discurso, la respiración de su a veces ahogada prosa, depresiva, y todo el montaje de sus falacias *ad hominem*, incluida su aura de objetividad, y ni aun así, con todo y eso, se sabría jamás que él, Bruno Medina, había sido el verdadero autor de la patraña.

El juego estaba hecho.

XX

¿Pero en qué consiste el juego en el fondo?, se preguntaba Bruno espatarrado en la cama. Monologaba. ¿Qué significa la seriedad? La Quebranta, recapitulaba ante sí mismo, se había puesto de cabeza y yo la tomé de la cintura. Ambos, como pudimos, tambaleándonos, nos subimos encima de las dos mujeres que se apoyaron en el suelo en posición de gatas. Yo de pie y Lauca de cabeza, yo cogiéndola por la cintura, yo de pie y ella cabeza abajo, nos tendimos sobre las espaldas de las dos mujeres que se habían colocado a gatas; y de un brinco nos volteábamos mutuamente, quedando a cada volteo yo en pie y la Quebranta bocabajo. Rodábamos por el suelo, pero ése no era el verdadero juego. En lo más hondo de mí creía darme cuenta de que mi mirada de borrego inocente y desamparado no era sino una maniobra que solicitaba y acaparaba el tiempo de todos. Me las ingeniaba para hacer cambiar el punto de atención respecto a algo que me inquietaba (el hecho de que la Quebranta tuviera a su padre en una urna en el ropero, tal vez) o me producía desasosiego en la conversación. Eran maquinaciones. No me podía concentrar en lo que decían sus palabras, me iba, volvía, preguntaba algo que luego, por el rostro que ellas ponían, se me aseguraba que ya lo habían dicho desde muy al principio, y por ello en ocasiones posteriores me cuidaba de ir soltando aquí y allá una palabra, una frase corta para ir manteniendo a flote la plática sin dar muestras de mi desatención.

Las revistas deshojadas cubren parte de mi cuerpo y la colcha de la cama, subiéndose por las almohadas, cayendo en el tapete del suelo y elevándose por encima de los zapatos y las bolsas de calcetines en forma de paisajes montañosos de piernas y senos a colores que delinear valles y mesetas y riscos entre los pantalones arrugados en el piso. Es demasiado tarde. Sé que muestro a alguien mi dinero mientras pico con un destornillador la rebanada de cebolla que se desacomoda entre el pan y el trozo de carne negra que sale de una hamburguesa. La escena es como a menudo en mi casa. Se ve a don Luis el taxidermista, que limpia una de las águilas

para disecarla y las plumas caen mojadas sobre una litografía de Vargas. Muy activo don Luis, medio borracho como sé que es, pero muy activo, de la mañana a la noche, silbando, con un picadientes en los labios, con su gorra de boletero de ferrocarril, muy trabajador, muy viudo. Mi padre ha muerto, tengo que reconocerlo. Llevo sus huesos en una bolsa de plástico transparente y voy a enterrarlos en el traspatio cerca de la barda blanca. Apestan. Entre los huesos de mi padre sobresale su pie derecho, ¿cómo supongo que es el derecho?, con carne dentro de un calcetín pero extirpada y está sangrando, medio sangrando. Curioso, pero las otras piezas óseas no están cubiertas de sangre. Son los restos de papá. Regreso mío. Alejamiento de la casa. De pronto me encuentro en la estación de los ferrocarriles o más presumiblemente en lo alto del puente, hacia las afueras de la ciudad, los pilotes bañados de aceite, la moneda que pongo sobre el riel se adelgaza luego de un sacudimiento y un enorme y pesado ruido de fierros se vuelve una hoja redonda plana y muy delgada de cobre, aplastada por el paso del tren, y allí, o más allá, en donde la ciudad se desprende por la vía hacia el exterior del mundo, en la zona de carga y descarga, allí, entonces y no antes, es allí donde encuentro a don Luis el taxidermista, quien me repite que no enterré bien los huesos de mi padre y que hieden. Pero yo sé, a mí me consta que los huesos están allá, en mi casa. La estación del tren parece la de un pueblo minero agotado y deshabitado que en las estribaciones que lo circundan dividiendo el desierto de las tierras negras goza de un ojo de agua en torno al cual los habitantes de los alrededores, luego de la siesta, se reúnen para refrescarse en las tardes de mucho calor y silencio. Estaba yo allí a punto de despertar cuando sentí que no podía situar, aclarar, si mi padre aún vivía cuando mi madre fue internada en el hospital. Al despabilarme tuve la impresión perfecta de que no, de que ya no vivía mi padre, y al meterme en la regadera y mientras me bañaba oponiendo la nuca al chorro hirviente de agua, recordé a mi madre cuando una vez, tendría yo seis o cinco años, me llevaba ella a ver al médico para que me curara del oído, pero mi madre no vio de qué manera se me introducía un pequeño embudo metálico y una borla de algodón amarilla y roja sostenida en la punta de unas tijeras muy finas, y no calculó tampoco ella que la consulta costaba más de treinta pesos. Ése era el precio de las consultas en realidad. El doctor me puso en el oído de nuevo una especie de embudo diminuto y extrajo el pus de la infección. Me limpió con algodón y me aplicó unos medicamentos de grasas y polvos, pomadas, y entonces dijo: son cien pesos. Y mi mamá se ruborizó y empezó a sacar los treinta pesos y una morralla de centavos y monedas de cobre y los amontonaba junto con otros billetes de un peso y cinco pesos en la mesa, en el escritorio del médico, hasta tratar de completar los cien pesos: pero el doc le dijo: así está bien, señora. Y recordé que a veces uno desconoce los afectos reales de la gente, aunque sea a nuestros padres a quienes desconocemos sólo porque son eso: nuestros padres... Esos caballos van corriendo por la larga avenida y hay un guía, jefe de la manada, que le enseña al caballo menor a sumergirse y aguantar la respiración debajo del agua. Entonces aparece el corderito blanco, blancuzco, rosado, que mata a otro de

un karatazo y se lo va a comer y éste lo sigue sumiso, inocente, blanco, la piel roja, como de conejo muerto la cabeza. La ventana de mi casa se estrella. El cordero le saca la cabeza al cordero para comérsela y es una cabeza como de conejo blanco, rosado, que le extrae despellejándola a la manera de los jíbaros, pero el cordero sin cabeza interior sigue enhiesto. La bestia sigue en pie. Blanco, rosadito, el otro cordero o la mirada de borrego lo persigue por el sendero. Como un caníbal, como un acto de asesinato de crueldad contemplado... Porque ha desaparecido mi padre. Se fue a vivir dos años a Nagasaki, en un monasterio budista o zen. Nos abandonó. Estaba decepcionado. Y era por su bien. Lo hizo por su bien. Así lo quería, aunque el corredor de autos, Niki Lauda, quemado el rostro, la cara sin pelo alrededor de las orejas, un mechón tan sólo en la corona del cráneo, como una calvicie lateral, los dientes filudos y salidos, como surgidos de una careta, los labios estriados, contraídos, la máscara de asbesto, me ofrece su auto para ir a competir en las carreras, pero el bólido pierde las llantas o se le revientan estallando estrepitosamente, las llantas se deshacen, a pesar de que yo he conducido a gran velocidad por la carretera que conduce a la pista, de sur a norte, por el lado izquierdo de la brecha de arcilla. Busco herramientas para componerlo pero no las hay. Siento que es demasiado tarde para entregar el auto al corredor austriaco. Ya se ha iniciado la carrera, los relojes sincronizados unos con otros han empezado a contar los segundos, las fracciones de segundo, los minutos, sin detenerse, y ya no podrá competir. El tablero marca cuatrocientos o quinientos en el kilometraje, y a lo alto del pueblo, más allá del lago plateado, empieza a esfumarse la sombra de Niki, y pronto asoma la cúpula de una escuela de arquitectura escocesa, rosa, ladrillos salmón, una iglesia detrás del colegio, como una ermita o un monasterio cartujo, como un alcázar, como un alféizar la pequeña ventana por la que me asomo, como una estampa ocre, marrón. Debajo del castillo encuentro el sótano, la recámara, la alcoba. He llegado. No se lo he hecho saber a nadie. Poco a poco se van enterando de mi llegada. Mi madre postrada, enferma, desahuciada. La abrazo. Voy a meterme en la cama con ella y me repugna que haya tanta gente en la casa. Un escritor de barba se sienta reclinado en la escalera junto a una metralleta y un *walkie-talkie* y hacia abajo, parado y con los pies juntos, un guardia obstruye el paso, como un doctor o un pantera negra, un gendarme sin pantalones, salvo un abrigo verde aceituna de militar, me irrita, me impacienta, me exaspera el hecho de que tenga yo tantos huéspedes en la casa, justamente en el momento en que una señora carga a un bebé de cuarenta años y ojos gelatinosos. El escritor de barba me pide el dinero que le debo... si dentro de unos días no encuentro trabajo, tendré que ir a la guerra; estoy en la fuerza aérea. Y voy, en un avión un poco viejo, y le pregunto al escritor de barba si él nunca ha volado solo. Nunca me dice. Yo sí, le miento. Pero el caso es que voy volando de hecho en un avión sin altímetro que ya casi no tiene gasolina y paso por una glorieta en reparación, de donde desmantelan una estatua, esquivo el alambre de los postes, varias veces, hasta que llego a la calle pedregosa por el sur; de la tienda de abarrotes

sale un hombre que podría ser mi padre pero se trata de un soldado nazi: me dispara a matar. De pronto, sin saber por qué, su pistola queda junto a mí y la tomo y mato a otro soldado nazi; y luego me matan, pero no muero, es como una película. El que yace en el suelo en mi lugar parece llamarse Etienne, el compañero de Saint-Exupéry, y me dice, conmovido: pero Etienne... y tenía que cruzar el desierto y me detuve en medio de la noche, apagué el motor y se hizo el silencio, no venía ni iba ningún auto, al apagarse el motor se produjo un silencio profundo, sudaba, la noche calurosa, las estrellas en la noche negra, apagué los faros y se volvió todo más negro y más claro, oriné en el universo, en la muerte del cielo universal y estrellado y cuajado de caminos de leche y carreteras aéreas, viajaba luego con Lauca y teníamos que atravesar el desierto de sureste a noroeste, pisoteando yucas y chollas, en diagonal, ya llevábamos tres días de camino en un auto gris y nos detuvimos en el primer hotel que apareció a lo lejos, en el que, construido en una sola planta, con techo de dos aguas y muy ancho, había una muchacha un poco somnolienta, drogada o una anciana, luego un avión sobrevolaba amagante por el lago y de cabeza el piloto, la cola rozaba la superficie del lago, que a esa velocidad era como una lámina de acero, desafiando a los ancianos azorados, creo que en estos tres días he manejado dormido. He estado escondiéndome en un hotel nauseabundo, no sé de quién; leo el diario, una libreta azul, y luego paso al restaurante del hotel Serena y en las mesas se encuentran comiendo los cirujanos y llevan zapatos tenis y unas largas capas de mezclilla azul como monjes o como cuervos... y en los tenis blancos se pinta una raya roja seguida de otra azul marino y una estrella, en la barra hay una muchacha y otro médico, me acerco a ellos y conversamos, pero no me hacen mucho caso, la muchacha sale, se va, el médico que se queda ensaya en un muñeco de yeso y armazón de madera con un lápiz metálico y localiza las partes del cuello y el cráneo que intervendrá mediante la operación. La Quebranta se arregla, se pone sus mejores vestidos, uno encima del otro, en la alcoba que ha conseguido en el jumbo jet, en pleno vuelo, a velocidad de crucero, se empolva y excita, se sienta en la taza del baño, detrás de las celosías, y la veo: le brota el semen por entre las piernas, y ésa era la ecuación mental que yo me hacía: si ya se había relajado, ¿para qué entonces se ponía elegante para salir? ¿Adónde? ¿A la noche del cielo? Se cambia la ropa, pues, para ir a alguna parte y la veo de arriba abajo, levanta las piernas, hacia mí, y deja que la vea y al verla se va excitando, ya está lista para salir a pasear, por los parques del aire, arreglada hasta que incontroladamente se viene y se baña en semen sin que yo aún alcance a tocarla y las gotas le saltan de los muslos y dice ya terminé, ahora qué, y decide no salir esa noche. Todo ha sido inútil, dice, decepcionante, sin sentido. Je, je, me dije, me llamaré Lucius, Junius, Brutus, Brunus, Brunius... y se extraviará mi verdadero nombre. Habré de contar todo esto, seré el Cronista Enmascarado. Estas pilas de periódicos habrán de sostenerme, impedirán que alguien en medio de la noche irrumpa por la puerta, violentándola... Debe de haber ratones abajo y por entre las grietas que se forman entre una columna y otra de revistas y periódicos aunque las

que he puesto a lo alto, presionándolas con el techo, descartan cualquier posibilidad de derrumbe, todo lo contrario; apuntalan los travesaños y me dan la seguridad que no tengo afuera de estas paredes. Aquí, en este hotel que en nada hace honor a su nombre, en la zona norte, doy con el cuarto de Bruno, viéndolo de paso, encorvado, al salir por una puerta posterior, atravesar un traspatio encharcado y ganar la calle principal e iluminada. Me topo con invitaciones de tipos que ofrecen boletos: pásele, es un lugar seguro; suscripciones a clubes privados, emisarios que me acompañan dos o tres cuadas, por entre callejones, proponiéndome entrar a presenciar las comedias, la danza de las rumberas, los numeritos de los saltimbanquis y la lucha libre entre enmascarados. Dos mujeres con mallas negras y atigradas entran en juego, una de ellas con una cola de gato o de pantera, y ambas con antifaces: se entrelazan en una lucha inofensiva y escapan entre las rejas de un corralito para bebés, la cola de gato uniéndolas. Después, ya no se trata de una representación viva. En la pantalla las bocas se encuentran, frías, sin deseo, posando ante la cámara que fotografía cada gesto. Más bien se tragan el sexo. Al emerger de una de estas visiones me contiene una profunda tristeza, una nostalgia, un sentimiento no de vergüenza, no de arrepentimiento o de culpa, no de desasosiego o de excitación, sino de llanto impotente, como si presenciara algo imprescindible. El falo en la boca de la mujer, el sexo de las dos mujeres, una lamiendo el clítoris de la otra, la otra introduciéndole un dedo en el ano, el semen en la cara, el cine, a través de una caja de lámina, la hilera de revistas y de libros, las colecciones de fotografías envueltas en plástico, el dibujo rosa de Vargas, la maja desnuda, películas, frutas entre los labios menores, y en mi cuarto de hotel: las revistas desparramadas sobre la cama y el piso, junto a mi cuerpo desnudo, en medio de todas esas páginas abiertas. *Vea*. Recorría la vista de una página a otra, volvía a ver la misma secuencia desde el final hojeando la revista al revés, invertida, como si el caer corrido de las páginas mostrara de manera literalmente insólita imágenes novedosas, no captadas así en la primera visión, siempre así en una ciudad desconocida, porque si aquellas mujeres valían era porque eran atractivas (atractivas por desconocidas) tal como en su tiempo lo fue la señora Mercedes Benz, a quien debemos la sólida eficacia de los parabrisas inastillables. La buena señora pereció en un accidente cuando viajaba por la Kurfurstendamm de Berlín en el último automóvil concebido por su esposo, se cortó la cabeza, surgiendo de allí la necesidad de procurar una solución para los cristales. Y así inventaría yo cuando fuera mayor, de edad y del ejército, un infante de marina en las arenas de Iwo Jima, en el espíritu y en la letra, fuera de la oficina, en el campo de batalla, lejos de los papeles paramilitares, de las bitácoras, de los planes secretos. Ése era el ideal de hombre para esa especie de mujer; el militar ante la mesa de operaciones, ante los mapas analizando los movimientos de tropas, el suministro de alimentos, la logística toda de la situación, el sentido general de la guerra. A este tipo de hombre admiraría...; y no importa que diga la verdad, lo que interesa es que la haga.

Dije mesa de operaciones. ¿Por qué? Era un escritorio anchísimo y circular y cubierto de mapas. Pero pronto dejó de serlo. Se trataba de una plataforma en un anfiteatro, Bruno me lleva del brazo, ambos vamos desnudos. Veo que el otro Bruno me lleva del brazo fraternalmente y al mismo tiempo siento yo que llevo a Bruno del brazo y veo que Bruno me lleva del brazo. Siento que pongo a Bruno sobre la plataforma helada y siento que Bruno me coloca en la plataforma que siento helada en la espalda. Veo a Bruno de frente, arriba, y Bruno me ve abajo, y veo a Bruno de arriba hacia abajo, él está por encima de mí, y veo a Bruno tendido en la plataforma metálica. Bruno toma un bisturí y veo que, con el bisturí en la mano, estoy a punto de penetrarle el pecho a Bruno con el bisturí y pongo el bisturí bajo su tetilla izquierda mientras siento el filo del bisturí que Bruno coloca delicadamente sobre mi tetilla izquierda y en ese instante despierto y digo, *me digo, le digo*: se pueden tener dos cuerpos pero no dos corazones.

XXI

Cree desenmascarar e impone una máscara.

MICHEL FOUCAULT

Claro que mi intención no era hacer mi autodefensa en el tribunal de la cooperativa. No estaba ni remotamente en el banquillo de los acusados. Tampoco ignoraba los instrumentos legales a mi alcance para exigir el fruto de mi trabajo y aun para obtener una indemnización, pero decidí hacer a un lado esos derechos. Espero que esa suma les sirva a quienes me despojan de ella, dije. Todo esto había que agregarlo a la cadena de trato desigual, como las *economías* del periódico en cuestiones vitales, los salarios y el equipo obsoleto y peligroso, como podía verse en las incontrolables emanaciones del plomo fundido, mientras que a juzgar por las apariencias los directivos gozaban de muy cómodas y hasta insolentes condiciones de trabajo y de vida. El director decía que la empresa empezó a funcionar gracias a que sus amigos le daban dinero a cambio prácticamente de nada y que se apartaba de sus creencias encabezar un negocio de corte capitalista tradicional, por lo que decidió fundar una sociedad cooperativa con esos donativos. Muy noble punto de partida, sólo que en la práctica el ideal cooperativo de evitar la explotación, mediante la igualdad entre los socios, era una broma, una ficción que ni siquiera cubría los derechos que los trabajadores podrían tener presumiblemente en una empresa capitalista de corte tradicional, como la seguridad en el empleo y en el puesto, las pensiones y las indemnizaciones por incapacidad, la manifestación de las ideas sin temor a coerciones, el ascenso por antigüedad y, en última instancia, la libertad de organización sindical con el fin de mejorar cada año los salarios y aumentar las

prestaciones. A cambio de todo esto, las denuncias de las irregularidades sólo tuvieron respuesta en forma de represalias, cuando lo más sencillo, si no les convenían las premisas del ideal cooperativo porque no eran aplicables a una empresa periodística, hubiera sido obtener trabajo personal subordinado mediante el pago de un salario y cumplir con los mínimos derechos del trabajador. En otras palabras: los amigos del dueño aparente le daban ese dinero porque contaba con doscientos trabajadores que hacían un periódico afín a sus intereses. Pero en el fondo lo que sucedió fue que las relaciones entre el dueño y yo se deterioraron y nunca dejaron de ser tirantes desde que le hicimos ver nuestro desacuerdo sobre la forma en que el periódico abordó el movimiento estudiantil y su conocido desenlace de la masacre. El cerco empezó a cerrarse en torno a quienes nos opusimos a avalar la actitud gubernamental y no nos arrepentimos más tarde. Unos dejaron el periódico *motu proprio*; otros, sufrieron la hostilidad y la presión cotidiana de los *reportes*; y en cuanto a mí, nunca faltaron desde entonces los *recados* contra el supuesto exagerado despliegue de la información sobre los movimientos revolucionarios y los países socialistas. Poco después de que yo leyera ante la asamblea mi modo de ver las cosas me dijeron que ya no me volviera a parar por ahí, y como mi apelación pública y fundada mereció un letrero en el pizarrón de los talleres donde los linotipistas manifestaban su repudio a la medida injusta, el dueño los reunió para decirles que yo era un agitador que quería adueñarse del periódico, al tiempo que me dedicaba epítetos del más claro corte macartista. Ya en una reunión con redactores había alertado sobre un supuesto *grupo de tupamaros* infiltrado en la empresa contra el que debía usarse, si era necesario, la fuerza.

Nos permitimos hacer del conocimiento de usted que, en relación con las investigaciones que nos han sido encomendadas, los vecinos del edificio donde vivía el sujeto investigado dijeron que las bolsas de basura que se colocan todas las noches en los pasillos eran subrepticamente examinadas por el inquilino del segundo piso, el mismo de chamarra verde olivo, sin que se supiera qué buscaba, si recortes de cartas o periódicos o toallas absorbentes, bolsitas de té mojadas o residuos de café molido, que se llevaba las bolsas de plástico a su habitación para revisarlas y que luego las restituía sin saber que una de las vecinas lo veía por la hendidura de la puerta. Ahora lo visitamos en su pabellón de La Rumorosa, donde ha sido confinado luego del episodio delirante de la bayoneta y donde el servicio de vigilancia nos reporta que ha estado agresivo, negativista a la ingestión de alimentos, queriéndose salir por lo que hubo necesidad de sujetarlo, nos acercamos adonde se encuentra sujeto y nos pide que se quiere salir, nos logra decir su nombre, Bruno, le hacemos otras preguntas, pero nos responde que su padre está a punto de llegar, que es el que se asomó hace un rato por la puerta y que le traerá dinero para comprar esta casa en donde se encuentra, se queja de que los demás le pegan, su lenguaje se nota incongruente, lo modifica

frecuentemente haciéndose escasamente coherente; cuando le preguntamos qué le pasó en la cara, ya que se le observa edema y dermoescoriación en arco izquierdo, nos responde: me pegaron aquí los policías, a medida que lo interrogamos se pone más inquieto queriéndose soltar por lo que creemos conveniente dejarlo tomar su medicación e interrogarlo cuando esté en condiciones adecuadas. Indicaciones: Valium 10, ampolleta IM y vigilancia estrecha. Reportar conducta.

No hay necesidad de dejarle la camisa de fuerza, se le observa tranquilo, somnoliento, en raras ocasiones no come y duerme bien, acepta el medicamento, mañana se valorará su exteriorización del anexo, se aumentará Epamín en su medicación. Indicaciones: Valium 10 mg cápsula. Vigilancia estrecha.

Como se asienta en la hoja de evolución y órdenes, el sujeto es de sexo masculino, de aproximadamente cuarenta años de edad. Motivo de ingreso: permaneció extraviado durante cerca de quince días, ignorándose su paradero y conducta. Fuente de información: indirecta, pero confiable, ya que se desconocen muchos aspectos de su vida. Su padre falleció por accidente no precisado. Su madre, por enfermedad no especificada. Tuvo cinco hermanos de los cuales murieron cuatro, uno por herida de bala, otro por cáncer, y de los demás no se precisa. Se niegan antecedentes neuropsiquiátricos, diabetógenos, consanguíneos, alérgicos, luéticos, fímicos. Pertenece a un estrato socioeconómico medio bajo. Habitación en malas condiciones de higiene y ventilación. Alimentación insuficiente en calidad y cantidad. Hábito tabáquico positivo, desde los quince años, actualmente negado. Fue producto del primer embarazo, desconociéndose datos fidedignos. Su edad clínica es similar a la cronológica, aparentemente integro, desaseado y desaliñado. Viste ropas de su propiedad, pero de segunda mano (adquiridas en el Surplus Army de San Diego, aparentemente). Posición libremente escogida. Sin fases características. Consciente. Coherente e incongruente. Desorientado en tiempo y lugar. Parcialmente desorientado en persona. Atención y comprensión, disminuidas. Con buena disposición de ánimo, y se muestra cooperador con los suscritos y para su internamiento. Emite discurso en tono de voz moderada, con lenguaje lento, disgregado, confuso, perdiendo a veces la línea directriz del pensamiento, en ocasiones un poco culto. No se detectan excesivas ideas delirantes, ni alteraciones sensorio-perceptivas; juicios y crítica, alterados. Capacidad de síntesis y abstracción, disminuida. Sin conciencia del padecimiento.

Exploración física: normocéfalo, sin padecimientos ni exostosis. Pupilas centrales y simétricas. Conjuntivas oculopalpebrales ictéricas. Mucosas orales regularmente hidratadas. Boca en malas condiciones de higiene, ortodoncia. Cuello de forma y volumen normales. No se aprecian adenomegalias, ingurgitaciones ni zonas dolorosas. Cardiopulmonar sin aparente patología. Abdomen blando, depresible, sin organomegalias. Resto de exploración neurológica somera: no reportó datos patológicos. Impresión diagnóstica: diagnóstico diferido. Recomendaciones: para el patio de hombres. Utilizar términos descriptivos y formular diagnósticos

presuncionales conforme a la Asociación Psiquiátrica Americana. Se recomienda vitaminar al sujeto, y prever posibilidades de intento de fuga.

Se le somete a interrogatorio y nos pide que le demos de alta, dice que quiere irse porque su padre lo espera en la puerta de esta casa para comprarla, que él mejor se va a dedicar a jardinero, que también le gustaría ser sastre; presenta errores de juicio valorativo importantes, dice que tiene que hablar en los periódicos y en la televisión para defender al presidente, no permanece en un solo lugar, camina por todo el pasillo, se le pide que se siente, lo hace pero se cambia frecuentemente, nos dice que no buscaba nada en las bolsas de basura, que tal vez alguna carta o algo de beber o pastillas, se expresa coherente y congruente en tono de voz alto, nos percatamos de que sus funciones mentales están muy bajas, se muerde constantemente las uñas, luego se muestra introvertido. Onicofagia. Es que así me las corto. Le explicamos que tenemos que platicar con él detenidamente por lo cual nos acepta y se queda tranquilo, pero continúa con intenciones de salirse. Se le observa amarrado, sujeto a una de las sillas pues se puso agresivo e intentó agredir a uno de los enfermeros con un recogedor de basura, además nos refieren que no duerme bien. Despierta a gritos. Es necesario aumentar carbamazepirina a su medicación y aumentarla para que duerma. Tegretol 200 mg cap. medio comprimido tres veces al día durante tres días. Después un comprimido tres veces al día de Valium 10 miligramos.

Se encuentra en su cama acostado, al ver que entramos se levanta, nos saluda, nos refiere que ya se siente mejor, que quiere que lo saquen. Observamos un cambio notorio en su comportamiento. Del servicio del aislado nos reportan que está muy tranquilo, que ya no desea salirse, que no ha estado agresivo de veinticuatro horas a la fecha, obedece indicaciones, come y duerme bien. Quiere fumar pero no se le deja. Evoluciona satisfactoriamente por lo que decidimos trasladarlo al patio de hombres. Indicaciones: las mismas. Lo que comunicamos a usted para los fines que estime convenientes.

XXII

Mal hacía Bruno en creer que pasados los cincuenta años los hombres tenían que adquirir el poder o su vida perdía todo sentido, pues no parecía ser éste el caso del profesor Ocaranza. A mí me interesan los querer, no los poderes, se le había oído decir, y por ahí andaba —en la visión de Bruno— su vida absurda y su desperdicio vital. ¿Cómo establecer las relaciones, cómo diluir las incongruencias? Todo había que entrelazarlo con algo, a alguien, referirlo a personas y circunstancias concretas, sin ambigüedades. Le estaba vedado hacer afirmaciones generales. Había que particularizar, embestir a fondo, atacar *ad hominem*.

Lo que les irritaba de este señor Ocaranza, pensó uno de nosotros, era tal vez que no respetaba jerarquías y que sus denuncias eran personales. A los trabajadores de la prensa les vino a enseñar, con su gesto, con sus desplantes, con sus incendiarios memorándums a la dirección general, que existía realmente una especie de aritmética política; les enseñó a contar, a hacer las cuentas, una contabilidad práctica del trabajo, y que ellos eran los verdaderos creadores de la riqueza informativa, de la noticia, de esa mercancía, porque eran ellos quienes la recogían de la calle. Tampoco gustó en el seno del periódico que Ocaranza les leyera la cartilla, que pronunciara el nombre del innombrable, ni mucho menos la paternidad de sus citas inconcebibles en ese ámbito («... y la crítica no es una pasión de la cabeza: es la cabeza de la pasión. No es un bisturí sino un arma. Su objeto es el *enemigo*, al que no intenta refutar sino destruir... y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra *ad hominem*...») porque además se dijo que el profesor Ocaranza había sido coautor en la comisión de delitos de sedición, daño en propiedad ajena, invitación a la rebelión y ataques a las vías generales de comunicación en los términos que tipifican las leyes penales, insistiéndose en que con las probanzas del estudio sobre los cuerpos de los delitos citados, y la conclusión de que estaban probados en autos, se demostraba la plena responsabilidad del profesor. Pero la acusación no se restringió sólo a la esfera

técnica de la ley. También se le inculcó en privado de apoyar y asesorar a otros reporteros en litigios laborales, aunque éstos a fin de cuentas votaron en favor de su «exclusión» bajo la amenaza de perder sus fuentes de información y de ingresos; de arrojar, en completo estado de ebriedad, una máquina de escribir por la ventana del segundo piso de la redacción, de difundir en todos los rumbos de la ciudad, y especialmente a las puertas del periódico, ante los transeúntes, descalzo, que era el periodista peor pagado del país; y de revelar en otras publicaciones que el periódico se fundó y funcionaba gracias a que su director tenía amigos que discretamente le daban dinero para publicarlo. Se le acusó de traer consignas de afuera, de los estudiantes, del poder chicano, de los panteras negras, de las organizaciones campesinas. Se le señaló como el autor de un desplegado en el que los trabajadores protestaban porque se les obligaba a cumplir jornadas extenuantes, dos o tres turnos pagados como jornadas normales desempeñadas por diferentes prestanombres, bajo circunstancias inferiores a las que se daban durante la época del maquinismo en el siglo XIX y todo esto bajo una administración rígidamente jerarquizada. Y luego, para mayor INRI, se le acumuló el cargo de romper delante de todos un cuestionario inquisitorial y policiaco que había hecho circular la dirección del periódico: qué viajes habían hecho al extranjero, con qué objeto, qué religión o filiación política tenían, a qué organismos sociales pertenecían o habían pertenecido, qué lugares de residencia habían tenido, qué lecturas hacían, y si habían tomado parte en conferencias, seminarios, convenciones, congresos (dónde, de qué carácter y en representación de quién). Tenían que declararlo por escrito.

También se juzgó innecesaria la ironía o en todo caso impropio que la empleara entre gente del mundillo oficial. Reunía a todos, jefes de prensa y reporteros de la fuente, en la misma caterva de nalgaprontas que se pasaban la vida afilando las uñas y limando las asperezas de su personalidad para promoverse y venderse lo mejor posible en el mercado de los rostros felices y las sonrisas puntuales, el encanto espontáneo y la generosidad a flor de labios, el calor humano, el interés genuino en los problemas del prójimo, y Ocaranza decía que no, que no tenía nada de malo esa actividad embelesada por el poder. No, todo lo contrario; se trataba de una fascinación irresistible. Nadie hasta entonces, desde la prolongada época de los emperadores romanos, se había resistido a la seducción del poder. Ya no bastaba ni era el estilo de los tiempos un cañonazo de cincuenta mil pesos; ahora era más que suficiente un telefonazo desde la voz y la garganta y el tono absolutamente mágico y sagrado desde palacio, desde el jefe de la tribu, sacerdote y rey a un tiempo, niño conducido en su carrito, jefe natural de la atónita y feliz tribu que destilaba su mejor baba en favor de la concesión de una gracia tan maravillosa e incomparable. Un telefonazo de veinte centavos, no de cincuenta mil pesos, era algo así como hablar en línea directa con el cielo, era tener a Dios en la línea, era una llamada desde el más allá. Era como si a uno le hubiera caído encima un rayo y luego se sintiese vivo de

nuevo, sobreviviente en deuda con la voluntad divina que maneja el azar, el peligro, la vida y su contraparte.

De inmediato le corrieron la atención de presentarle todas esas acusaciones por escrito, con copia a todos los compañeros. Y de esta insidia Bruno tenía que informarse y componer el mamotreto, la falsa biografía del profesor Ocaranza, hacer una, dos o tres versiones y después reciclarlas hasta borrar toda huella personal, la más insignificante proyección inconsciente de sus gustos u obsesiones. Y era cierto: Bruno no pasaba de encarar psicológicamente al personaje: le faltaba también comprenderlo históricamente, pues si Ocaranza tenía psicología de pobre, de alguien que padeció en sus primeros años elementales carencias (se le notaba el barrio), era perfectamente comprensible que de joven tuviera la costumbre de pedir cigarrillos y no se los fumara y se los pusiera en la oreja o los guardara en el cajón, para después fumárselos. Pero este dato de su biografía quedaría tal cual, como *prueba* de su carácter díscolo y mezquino. Bruno, a medida que asimilaba aquellas emanaciones del pasado les encontraba un lugar preciso en el esquema mental de su historia, preconcebía un posible efecto denigrante para Ocaranza, y tomaba notas al ver una película de ocho milímetros que le habían tomado a Ocaranza en un supermercado, en la calle, entre el público de una conferencia, e incluso en un mingitorio. En nada conmovió a Bruno el relato de un informe policiaco en el que Ocaranza cavaba su propia tumba, le disparaban a los lados, lo vestían de manera grotesca y le perdonaban la vida.

Eso de trabajar con tijeras y cinta adhesiva transparente daba la sensación a Bruno de operar en el cuarto oscuro de un estudio cinematográfico. En cajas de zapatos iba distribuyendo los diferentes tramos del relato, ideas inconclusas, párrafos no redondeados. Al contemplar en el piso aquellos compartimientos de cartón quiso creer que su contenido era dinamita pura, un ataque indirecto, una puñalada por la espalda, pero ya había dado de manera irreversible los pasos en lo que empezaba a establecerse como un hecho consumado. Era suicida dar marcha atrás. Había empezado ya la cuenta decreciente, irrefrenable y al fondo, a lo lejos, lo único que se columbraba era un callejón sin salida.

XXIII

—¿Dónde dejé los cigarros?

—Tome uno de los míos —se adelantó uno de nosotros dándole fuego. Nos habíamos estado guareciendo de la lluvia bajo el toldo de un hotel o tapándonos la cabeza con un periódico cuando caminábamos. De tanto en tanto caían gotas en el papel blanco de los cigarrillos encendidos sin lograr acertar en la punta y apagárnoslos.

—Frustraciones más frustraciones menos —había dicho el profesor Ocaranza—, las condiciones son más o menos las mismas. No se puede andar poniendo parches cuando se trata de cosas más profundas.

—No se me ponga usted tan wagneriano, profesor.

—No es eso, no, pero —añadió Ocaranza— ¿para qué querían nuestros nombres y nuestros domicilios? De todos: colaboradores externos también. Teléfonos, antecedentes escolares, el *curriculum vitae* de cada quien. ¿Por qué un control sobre los reporteros de los periódicos y las revistas? Sólo en los boletines oficiales se podía pontificar. Yo traté de eludir esa unidad burocrática de las primeras planas cambiándome a la sección de deportes; me pusieron a cubrir el béisbol. Los Potros de Tijuana jugaban contra los Padres de San Diego en el estadio de la Puerta Blanca. El Bacatete Fernández y Raymundo Zonta eran los únicos que valían la pena; los demás, puros aficionados. Una vez me reclamaron porque no incluí el incidente del borracho que se puso a caminar frente a la banda de música antes de que empezara el partido, como lo habían reportado todos los periódicos de Tijuana. El borracho era yo. De veras, créame. Eso sí fue cierto. Lo del bibliotecario, no. Yo no era. Fue un infundio eso de que yo quería ser reportero a fuerzas y que había provocado un incendio en el Centro de Investigaciones Históricas para ganar la exclusiva y que me contrataran. Falso que el director me haya protegido dándome trabajo en la biblioteca para que no me metieran en la cárcel. Esas bromas con el tiempo se fueron convirtiendo en

leyenda, en falsedades. Finalmente, a menos de un año para jubilarme, les aventé la renuncia en la cara. Ya estaba harto. Me presenté a cobrar y me encontré con que no se había pasado mi recibo a la caja porque el gerente lo había retenido. Se arguyó que en la edición dominical había aparecido un error de compaginación y que yo debía denunciar en un memorándum al trabajador o a los trabajadores responsables. No quise cumplir esa orden. No me dio la gana. ¿Cómo iba a provocar que mi señalamiento redundara en que se les confiscara el sueldo a los compañeros del taller? Además, los responsables no estaban entre los trabajadores sino entre los directivos, en quienes florecía la ineptitud y la indolencia en proporción creciente al aumento de sus privilegios. Y por otra parte a ellos no se les privaría, es decir, no se privarían a sí mismos de sus cuantiosos ingresos. Que yo debía responsabilizarme del asunto, se me dijo, porque yo tenía entonces rango de subdirector. ¿Pero un subdirector con un sueldo como el mío tenía que subsanar toda la anarquía, las deficiencias, los errores y las fallas administrativas de los que cobraban siete, ocho o diez veces más el equivalente de mi sueldo o quizá mucho más? ¿Por mi risible salario tenía que, aparte de cumplir con mi trabajo, convertirme en fiscal o delator de los trabajadores a quienes en lugar de aumentarles el sueldo por jornadas se les hacía trabajar dos o tres turnos seguidos, necesitados como estaban de redondear una suma semanal siquiera regular? No, señores, les dije. Se van a la mierda. No negaba que hubiera vicios en el funcionamiento de los talleres; yo mismo los hice observar inmediatamente, pero pronto advertí que los directivos no tenían capacidad moral ni profesional para corregirlos. Moral, por obvias razones. Profesional, porque en los más altos puestos sobraba gente ignorante del oficio y sin más méritos que el de organizar y hacer funcionar una red y una corte de vasallos soplones y chismosos que lograron, como se lo proponían, envenenar todas las relaciones de trabajo. Y me dijeron, pues, que era un dinosaurio borracho, que la lógica de mi reacción era lo que sólo se podía tener en un país ocupado.

El profesor Ocaranza caminaba luego solo. Había dejado de hablar como quien deja en el aire puntos suspensivos. Nunca hemos pecado contra la esperanza, había estado queriendo decir en referencia más bien no a lo que sucedía hacia el interior del periódico sino a lo que acontecía en todo el país. Y es que en cierto modo uno va editando la vida, parecía decir, a como puede, según y cómo. Uno necesita contarse. Contar para ser. Todas las cosas nos hablan: el vaso sobre la mesa, la mesa vista desde diversos ángulos, el vaso lleno de agua, vacío, el vaso bocabajo. Una carretilla nos *habla*. Nos dice: avanzo levantada e impulsada por un par de brazos. Y los brazos nos dicen: formamos parte de un tronco y, en última instancia, de un hombre... o de una mujer... Una bicicleta nos habla. Va hacia atrás o adelante. ¿Por qué una bicicleta y no una mula? ¿Por qué una carretilla y no una bicicleta? El sueño escoge: elige: selecciona: edita. Este objeto y no el otro. Esta ciudad y no la otra. En un cuarto: la mesa, los libros, el globo terráqueo, las puertas abiertas o cerradas. Pertenecen a un espacio. Nos hablan. Nos dicen muchas cosas desde esa misma combinación de

objetos y olores y ruidos o instancia organizada en el cuarto. Se edita su momento. La disposición que adoptan en nuestra compañía: excluye materiales, incorpora características, hace énfasis en las cosas que aparecen en primer plano o en segundo plano, o en un tercer nivel que no obedece a la ley de la gravedad ni a las presiones ambientales. Edita. Encontramos a un anciano en la calle. Le decimos «Hola». Si lo conocemos lo saludamos con un «Hola, don Luis». Si recordamos algo de él, añadimos: «Hola, don Luis, ¿sigue usted trabajando como taxidermista?» Le sonreímos o no. Hablamos de esto pero no de aquello: editamos. El interfecto cae en un malentendido: no corregimos su error: componemos una despedida más o menos fría o más o menos cálida, y el hombre se marcha con una cierta imagen nuestra que *editamos* automática y convenientemente. ¿Pero en verdad se lleva la imagen que le editamos o la que él ha editado eliminando datos, incluyendo otros detalles, confundiendo o no recordando otros? Él también edita... a su manera. Iguales exclusiones, énfasis, reiteraciones, se producen al hablar por teléfono. Editamos nuestra conversación. Al otro lado de la línea un editor más sagaz que nosotros comenta a medias, conforma verdades y mentiras a medias y, como en la fotografía, deja fuera de encuadre lo que no encaja en la edición. Unos tonos resultan más grises o más negros que otros, o más blancos. El corte, el encuadramiento que se provoca en la fotografía, en la página impresionable, escoge e incluye: la fotografía nace, surge a la luz, mata algunas aristas en la oscuridad, se edita. Y de este cambio de matices vienen los resultados. Pero el niño, por ejemplo, ¿no edita con el habla? Incontroladas, sus palabras no expresan lo que significan; el niño edita con gestos o con actos, como las imágenes o sombras chinescas, como la sombra en la pared se proyectan, como las manos superpuestas que dibujan la silueta de las orejas de un conejo negro contra la pared blanca. Y de esta manera, la imagen de uno mismo se convierte de pronto en su propio papalote, en su propio cometa: el hilo tirante puede romperse con el viento, es entonces cuando se produce el desprendimiento, la división radical y absoluta, la noción de uno mismo. Uno puede darse un encontronazo consigo mismo, tiene allí enfrente el esperpento de una actividad inventada, de un oficio asumido sin saber cuándo ni por qué. El libro sólo existe en el momento en que lo leemos. La línea, sólo en el instante dilatado en que corremos la vista sobre ella. Ese objeto encajado entre otros objetos en el estante no existe si no ejerzo en su cuerpo la operación de leer, si no lo tengo en las manos y lo penetro en silencio. La lectura profunda, la concentración concentrada, sin interrupción, es lo más parecido a la felicidad. Y es como aquellos travesaños del edificio en construcción, ahora semiacabado, con las paredes de ladrillo desnudas, luego de haberse concebido en los planos de un ingeniero: de un número infinito de dibujos y puntos de fuga, fotografías, colores, se elige un cubo de tablas trampeado visualmente o truncado en tal forma que ese juego de cañas aplanadas entrecruzadas nos obliga a dos perspectivas: vemos el cubo desde abajo o desde arriba o desde un ángulo inclinado, al revés o al derecho, y a veces creemos que alguien o algo nos espía, nos

ve desde arriba, nos disparará con una carabina, nos contempla como un dios malicioso desde esta o aquella esquina del cubo que a su vez se presta a diversas visiones. Es el juego de los espejos, pero no frente a frente, sino colocados en zigzag. El rostro se planta ante la lámina plateada y se ve a sí mismo ubicándose frente a la profundidad infinita de la luna que lo refleja y multiplica enloqueciéndolo, cortándolo en innumerables rebanadas. No es el ping pong de ¿quién fue primero, el huevo o la gallina? No. Pero sí la placentera aventura del soñado y del soñante, la cópula consigo mismo, la autofelación del autoerotismo perfecto y divino, la autopenetración en la forma magistral del caracol, el espectro en que se ramifica y vuelve sobre sí mismo el acto destructor y creador, inscrito, grabado, fotografiado, congelado. Usted que me conoce, también lo sabe.

XXIV

Habían pasado, pues, muchos años, quince o veinte, no más, desde los días en que el profesor Ocaranza desmontaba minuciosamente los componentes de la tragedia latina en la Universidad y cultivaba, sin saberlo, sin quererlo, un arrebozado rencor en uno de sus alumnos, Bruno. Aquella relación insignificante (lo único que los había unido fue una mutua indiferencia) no llegó a tener siquiera el valor de una motivación insospechable cuando, quince o veinte años después, con una bayoneta en la mano Bruno irrumpió en la casa del profesor y se la puso en la garganta. No habían transcurrido seis meses aún desde el momento en que volviera a Tijuana proveniente de sus enigmáticas andanzas por el sur, con otra mirada y otro rostro (curtido por los años y la incapacidad de una mala conciencia), y le encomendaran la confección del libelo, cuando poco antes de las cuatro de la mañana Bruno forzó la puerta del edificio. No del todo despierto en su cuarto de arriba, el profesor Ocaranza oyó el golpe seco y súbito que se produjo al rajarse el cristal que daba a la calle en la planta baja. Se despabiló exaltado y al descender las escaleras, entre pilas de periódicos y cajas de cartón, fijó la vista en aquella especie de puñal alargado que brillaba en las manos de Bruno. De un puntapié Bruno había hecho ceder la puerta a medias y con la bayoneta había roto el cristal para hacer a un lado la tranca. Don Luis el taxidermista, que dormía en el cuarto detrás de la cocina, salió pálido y gritando, mientras el profesor Ocaranza veía desde los primeros peldaños de la escalera el rostro descompuesto y aquella espada corta que lo señalaba. Enmudecido, dueño de una calma tensa, a pesar del escándalo que tenía lugar a esas horas de la madrugada, terminó de bajar los escalones y enfrentó a Bruno, que lo apuntaba con la bayoneta.

—Siéntense ustedes dos, los dos, usted y el viejo, de uno por uno —dijo Bruno—. ¿Hay alguien más en la casa? —añadió mientras se quitaba una gota de sudor de la frente.

—Creo que no entiendo nada. ¿Qué le pasa? —preguntó el profesor Ocaranza—. ¿Qué necesidad tiene de todo esto? —añadió sin disimular que lo reconocía.

—Cállese. Aquí se está jugando algo muchísimo más importante que su vida o la mía. No sea tonto ni pendejo. Hay una conspiración contra el país y yo quiero denunciarla. Hay que apoyar todos al presidente. Necesito dinero para publicar desplegados en los periódicos y hablar por el radio y por la televisión, no se puede perder más tiempo. La cosa está muy fuerte, no se imagina, no tiene usted ni la más remota idea... Necesito dinero y usted me lo va a conseguir o nos lleva la chingada a todos, a usted y al viejito este y a nosotros también y al país entero. A ver cómo le hace —Bruno se fajó la bayoneta al cinturón.

La escena o su posibilidad ya habían estado de alguna manera en el ambiente. Cualquier cosa podría suceder, lo impensable, lo absurdo e incluso lo obvio que por lógico solía descartarse también podría acontecer. Ya nada podía impresionar al profesor Ocaranza, ni la imprevisibilidad de una mente como la que en estos momentos se debatía frente a él. Era el estilo de la época. Era el tipo de mensaje que cada vez con más claridad se transmitía en las conversaciones, en las entrevistas, en los encuentros casuales... («Y mire usted no olvide que el primer deber de un revolucionario es mantenerse vivo», se le había dicho, decentemente, según todas las formas, según todos los valores entendidos. «Pues le agradezco mucho la amenaza», había contestado. Y oyó la réplica: «No es mía, y además, es una advertencia nada más, no una amenaza. Dese usted cuenta de que un desaparecido o cientos de desaparecidos no cuentan en este país».)

¿Qué le podía asombrar, ahora? Miró a Bruno, sin rencor:

—Bueno, no parece que podamos hacer nada, a estas horas, aquí. No entiendo de dónde quiere que saque yo algo de dinero, justamente yo... Haremos alguna llamada, algo, aquí sentados no vamos a arreglar nada.

—Yo no me meto en nada, yo lo que tengo que hacer es comer, tenemos que hacer algo en la televisión, tenemos que irnos para allá. Yo he estado trabajando en esto. Les sobra gente, no faltará un muerto de hambre o alguien a quien quieran chantajear, sobran voluntarios, ya se evitará el cheque directo, o se les vende un terreno casi regalado, o se les da una asesoría, hay que saber negociar, yo solo no puedo, me duele la espalda, la columna, créame que no he hecho nada contra usted, yo no, he leído sus cosas, he visto todos sus papeles, he estado viendo los informes, no tiene remedio, yo no puedo... Yo en la escuela, ¿se acuerda?, sus clases...

El profesor lo escuchaba callado, sin comprender. Bruno saltaba de un tema a otro. Temblaba.

—Sí... Hace tiempo que no lo veía...

—Me están siguiendo día y noche, me telefonean y cuelgan. No puedo terminar... Tienen mi nombre en computadoras. Contra usted, yo, nada —repetía Bruno, mientras el profesor Ocaranza se acercaba al teléfono y el viejo taxidermista permanecía en un rincón, impávido.

Entre macetas y papeles regados en el suelo, junto a los cristales caídos de la puerta entramos sin preguntar nada, nos dirigimos apresuradamente hacia Bruno, cuyo silencio lo hundía en el sofá, al grado de no reaccionar ni reconocernos. Le pusimos las esposas y lo atamos a la reja de la ventana.

—Pero este hombre no está bien —quiso aclarar el profesor—. Lo que necesita es atención médica. Hay que llevarlo a un hospital o hacer que venga alguien...

—Ya tenemos una acusación de usted por escrito —dijo uno de nosotros—. Basta con que usted la firme.

—Yo no puedo hacer eso —respondió el profesor—. Yo no voy a mandar a la cárcel a... nadie, a un conocido, que además no se siente bien.

—¿No se da cuenta usted de las cosas que dice?

—No creo que sea necesario... Yo no firmo nada.

—Mire usted, profesor, por su propia seguridad, dese cuenta de que si lo sueltan al primero que saldría a buscar es a usted. Déjenos cumplir con nuestro deber, nosotros también tenemos un hospital. Tiene usted que entenderlo. Tenemos que llevárnoslo.

¿Qué daño podría causarle la publicación y la distribución del libelo? ¿Nada tenía que ver con su vida? ¿Nada de deshonroso había en algunos fragmentos? No, ni siquiera en parte. No lo que creían sus pergeñadores intelectuales y su mano ejecutora, la de Bruno. No. Los agazapados agresores pensaban que el escarnio, la befa, el vejamen, habría de perjudicarlo en un cierto sentido, en el aspecto del prestigio social, pero el profesor Ocaranza no podía sentirse lesionado de esa manera. Lo que más lo intrigaba era la desproporción de una patraña como ésta, su inutilidad. Era de otro modo como se veía agredido, como el tomado a traición, de mala fe. Y de ahí la impotencia de defenderse. Mencionar el hecho era como darlo a conocer, era mentar al enemigo, concederle existencia por escrito. No ubicar al enemigo, no otorgarle presencia en los tribunales ni en lo personal, íntimamente, no proclamar que vivía, decretarle su muerte metafísica, era lo único que procedía. La vesania de una empresa semejante ni siquiera merecía el rencor. Había sido el ataque perfecto: por debajo, desde arriba, desde la oscuridad.

—Y yo lo invito a poner los pies en la tierra —se le había dicho.

—¿A qué se refiere usted? —increpó.

—Yo me refiero a lo que me estoy refiriendo —así se lo habían dicho, muchos meses atrás, en aquella oficina.

—Sigo sin entender...

—El país del que yo hablo, el país del que yo le estoy hablando a usted —se le precisó— es el país real. Yo no le estoy hablando del país que usted y sus calenturientos colaboradores tienen en la cabeza, del país que usted se imagina y que

está en la mente de todos los amigos acelerados de usted. Es un favor que se le pide, si quiere ver las cosas así.

—Pero ¿cómo? ¿Después de que se nos ha escupido? ¿Después de que se nos ha hecho lo que se nos ha hecho? —añadió el profesor Ocaranza—. Tenemos que salir cuanto antes a la calle con una nueva publicación, un periódico, una revista, una hoja mimeografiada, lo que sea...

—Pues yo lo invito a usted, y a todos sus colaboradores, a poner los pies en la tierra.

—¿Podría ser más explícito?

—Mire, señor Ocaranza, dese cuenta de que en este país no ocurre nada si el día de mañana desaparecen diez periodistas.

—¿Quiere usted decir que usted va a dar la orden de que nos maten?

—Yo le estoy queriendo decir lo que le estoy diciendo.

La respuesta glacial no pudo manifestarse. El silencio ocupó su lugar.

XXV

Pero decir que el profesor Ocaranza, en su juventud, era un estudiante ansioso que siempre andaba pidiendo prestado o que traía las solapas con caspa y el traje abrigado y harapiento le resultaba, en primera instancia, de entrada, estúpido. Sin embargo, Bruno era un hombre disciplinado y así tenía que escribirlo, dar la impresión de que él, Bruno, el escritor fantasma, abrigaba prejuicios de clase. Ésas eran las órdenes, las instrucciones precisas que había recibido: imaginar, fundir, crear al personaje, al protagonista principal; pero también, y no con menos detalle, al supuesto autor testigo de las diferentes etapas de la vida del profesor Ocaranza. No debía transparentarse nada de la personalidad del narrador que coincidiera, así fuera vagamente, con la suya propia. Decir que el profesor Ocaranza recorrió borracho el campo de béisbol seguido por la banda de música y que no informó de ese detalle pintoresco no pasaba de ser una trivialidad, pues era lógico que hubiera omitido el incidente en aquel célebre encuentro entre los Padres y los Potros que tuvo lugar en el verano de aquel año terrible cuando Raymundo Zonta los salvó de la derrota. Inventar que el periodista Ocaranza se había iniciado en la prensa sólo gracias a la benevolencia de un director que descubrió que él, Ocaranza, había provocado el incendio de un Centro de Investigaciones Históricas para ser el primero en ganar la noticia, el único que tendría la exclusiva de la nota y así debutar en el oficio, y decir también que apenas mereció por misericordia, y para salvarlo de la cárcel, el puesto de bibliotecario en el desorganizado archivo del periódico, era algo que en todo caso tenía gracia y, viéndolo bien, nadie podía avergonzarse de ello, pero Bruno era una persona honorable y debía aparentar que se apegaba a lo estrictamente anecdótico, al lenguaje irrecusable de los hechos. Y así, de paso, fingía que el autor del mamotreto era un anciano de ideas muy elementales sobre la respetabilidad y las buenas costumbres. Decir que el profesor Ocaranza era afecto a los placeres, como se deducía de la descripción en su diario de noches enteras gozadas o por lo menos

transcurridas en los burdeles de la Barcelona anterior a la guerra en lugar de haberlas padecido saltando trincheras y vallas franquistas o republicanas durante la Guerra Civil española, como el Pimpinela Escarlata imaginario que a todo hombre ingenioso y añorante de la acción le hubiera gustado ser, a él, francamente, a Bruno, al redactor mercenario, le habría parecido en cierto momento —aunque el personaje faltara a sus obligaciones diplomáticas— una actitud vital, partidaria de la vida, y no una falta al presupuesto de burócrata decente y cumplido y responsable. No obstante, Bruno había sido contratado para evitar los equívocos y dar la apariencia de que aquella conducta era denigrante en sí misma y desde cualquier punto de vista. Pero no. En lo más sincero de su abyección, en lo más íntimo del resquicio más insignificante de indulgencia que aún le quedaba, sabía que él, el redactor espurio y sin moralismos, hubiera hecho lo mismo. Un joven sano, más cerca de la vida y el goce que de la muerte, en cualquier circunstancia parecida hubiera hecho lo mismo. En efecto, Álvaro Ocaranza se había fascinado describiendo en su fragmentado diario las bellezas de unas muchachas de zapatos verdes y de pies desnudos en un burdel catalán. ¿Por qué habría de respetar un orden burocrático e hipócrita y absolutamente ficticio, o producto formal de una ficción, como querían los ordenamientos tradicionales del servicio exterior? ¿Qué acaso Bruno era tan ingenuo como para creer que la voz de un funcionario, por su nivel, tendría más autoridad que la voz del profesor? ¿Sólo por su importancia jerárquica tendría más credibilidad la versión oficial del perfecto funcionario que la relación hecha por el profesor en su diario premeditado? ¿En quién habría de creerse: en la voz uniforme del aparato o en la voz independiente, no subvencionada? ¿Qué era la diplomacia si no el arte elegante de mentir, si no la simulación y el descaro y la desfachatez comprendidos en la fórmula del «hay que guardar las formas»? Había que aprender a *negociar* en la vida, era cierto... aprendizaje que llevaba implícita la disciplina de la humildad, la superación de la soberbia y, también, y sobre todo, la necesidad de transigir ante cualquier principio propio. O sea: comer mierda, de eso se trataba.

Decir que el profesor Ocaranza era un oportunista porque aceptó finalmente a sus viejos camaradas repudiados en la escuela de derecho por indecisos y acomodaticios —ejerciendo la misma liviandad, la misma condescendencia negociante de las putas — era tal vez injusto y a todas luces maniqueo y soez; pero Bruno era un hombre honrado y, al fin y al cabo, ésas eran las órdenes: describir la parábola biográfica de una persona indigna e impuntual, de una promesa incumplida y una esperanza traicionada, coincidiendo o no la versión con la vida particular y específica y los actos y los datos ciertos o dudosos del profesor, del periodista Álvaro Ocaranza. Decir que Ocaranza elaboraba sus artículos en base a las investigaciones de un grupo de colaboradores (cosa idéntica a lo que él, Bruno, hacía en la fábrica de libelos), descartar en sí mismo, por el método mismo, el trabajo de equipo e invalidar por ello mismo toda interpretación de la historia del país y objetar su científicidad le pareció de primera mano un argumento falaz y sofístico, pero así tenía que insinuarlo y

presentarlo. Ésas eran las órdenes o, como se decía, las sugerencias. Y había que cumplirlas. Para eso se le pagaba. Que su estudio era ahistórico, en fin... que creía ingenuamente en una neutralidad ideológica.

Era muy cierto, por lo demás, como sospechamos después, que su animadversión ya estaba establecida antes en contra del profesor Ocaranza. Lo único que hacía era capitalizar esa ojeriza o malquerencia, ese justificado resentimiento. ¿Por qué no estar resentido en un país como éste, el nuestro, el tuyo? ¿Acaso hay motivos de regocijo? ¿Qué decretaba, en nombre de Dios, por qué regla de tres, que estar resentido y amargado invalidaba todo punto de vista? Lo único que se hizo fue darle elementos para concientizar su ira. Servía a otros, ¿pero qué importaba, ya, a estas alturas?

Decir que el profesor Ocaranza era alguien para quien en todo caso la historia vendría siendo la versión subjetiva de algún relator que interpretaba y su metodología el chisme, la manipulación de informes según un testigo o algún investigador, escapaba a los planteamientos propios de Ocaranza quien, si alguna vez se definió a sí mismo, se tenía como un narrador amante de las digresiones y nada más. En ningún momento había fingido ser científico. ¿Por qué regla de tres la historia tenía que ser *objetiva*? Las leyes de la historia, el método, la calidad *científica* de la historia, las leyes constantes, inmutables y comprobables ¿eran tan nítidas en la historia? ¿Se repetían ciertos patrones? ¿Quiénes eran los verdaderos protagonistas? Ciertamente no los individuos, lo había dicho muy claro Ocaranza, o por lo menos no los individuos aislados. ¿No tenía derecho Ocaranza a la ironía, por amarga que fuera? ¿No bastaban el mero ensayo literario y la sugerencia, la tesis sin pruebas? Y si alguien no entendía su sarcasmo, pobre de él, él se lo perdía: ese alguien, ese imbécil que por requerimientos de la subsistencia tenía que simular no darse cuenta del carácter satírico de un discurso cáustico y desfachatado. ¿Qué era a fin de cuentas la seriedad? No era ésa la actitud del profesor Ocaranza. Fingía que tomaba en serio las cosas, aparentaba que las tomaba al pie de la letra, a sabiendas, muy a sabiendas de que en aquel subtexto, en aquel subdiscurso, en aquel enunciado más atrás de lo dicho, se estaba literalmente cagando en lo que la historiografía y el buen decir diplomático y académico establecían como propio. ¿No era obvio? Que no tenía una teorías, un marco referencial... ¿Qué importaba que hubiera pedido dinero prestado cuando era joven?

Bruno acusaba al profesor Ocaranza de andar con obreras y secretarias, no porque él, Bruno, sintiera un especial desprecio de clase hacia una trabajadora, sino porque estaba empeñado —por imperativos estilísticos y maquinadores, por imposiciones estrictamente narrativas... puesto ya en ese tren que lo remitía a un *cul de sac*— en dejar por sentado, desde el principio, elementos que condujeran al lector a creer que él, el redactor furtivo, tenía en verdad resquemores y reservas de clase respecto a este tipo de relaciones. Pero su sentido práctico también lo llevaba, paradójicamente, a aceptar como válida la tendencia del profesor, que algunas veces adoptó el sentido contrario: el cortejo de niñas del barrio alto, la escalada social a través del

matrimonio (varias veces enamorado, varias veces casado, pero nunca con la mujer de la cual estaba enamorado). Bruno de hecho apoyaba los esfuerzos, los intentos de abajo arriba. Le parecía lo más lógico e inteligente, salvo que la iniciativa en la escalada la tomara una mujer sin saber venderse como una puta o una criada, términos que se cuidaba de no utilizar por escrito o en público, pero que se solazaba en emplearlos una vez que se encontraba solo o enojado. No, no era tanto su discrepancia de clase ni su exasperación, pero le importaba decir, mucho, sí, que aquello en el joven estudiante Ocaranza que antecedió al profesor —y que desapareció como el niño y el joven que llevaba uno adentro— sí era ridículo y estaba mal y era indecente, más que nada con la intención de divertir el rumbo, con el objetivo sutil de hilar fino y desviar toda posible pista que condujera a la verdadera identidad del incógnito autor. Fingía que era clasista para que creyeran que en efecto estaba fingiendo ser clasista a fin de disimular que en el fondo, entrañablemente, era visceral e inevitablemente clasista. Hacía como un viejo gobernante tejano que actuaba como *cowboy* para que se pensara que estaba actuando como *cowboy*, fingiendo serlo con el propósito, con el subterfugio, de ocultar que en realidad toda su vida, siempre, se había conducido como un *cowboy* auténtico y creía, como en su pueblo, que todas las cosas podían arreglarse a balazos.

Jamás se conocería el color de su alma, pensó Bruno. Imaginaba con placer y temor la incursión en su texto de un improbable investigador que pretendiera determinar la paternidad literaria del mamotreto. «Ponerse en solfa» le pareció una expresión sospechosa. No la utilizaría. Decir «a tumbos de corazón» también, pensó, despertaría suspicacia. Eludiría el uso demasiado frecuente de algunas palabras, el empleo reiterado de algunas imágenes, el giro repetido de algunos modismos, su propensión al presente histórico, y su panfleto, como tenía que ser, sería igual a libelo, igual a denigrar o infamar, a desacreditar e injuriar, a deturpar. Porque el panfleto siempre había sido eso: un opúsculo de naturaleza polémica, satírica y a menudo violenta, de ahí la frecuente utilización de seudónimos, con los antecedentes de las filípicas griegas y los libelos romanos. Y luego, a medida que terminaba una página y acometía la siguiente, sintió que cada vez incluía en su vocabulario los mismos adjetivos, como *desorientador*, *irresponsable*, *provocador*, *provocateur*, sí, pero ¿provocador de quién? ¿De la ira de quién? Decir que el profesor Ocaranza empezaba a envejecer mal, a conducirse como un anciano a quien no le irrigaba bien el cerebro, y que además tenía la manía de la anécdota, no era sino ir disecando un monigote para después adorarlo y llorarlo. Así iba leyendo no los signos que poblaban su mundo, sino los mojones que colocaba en el camino con la esperanza de no perderse, sus escasas relaciones, los detalles de su vida íntima, carnal, inexistentes. Y si a los veinte años se creyó un genio, y en cierta forma le hacían ver que lo era («No es un genio, pero es genial...»), si a los treinta años vio que quienes lo rodeaban eran menos capaces e inteligentes que él —aquellos a quienes les tenía lástima por mediocres, pero que con los años y mucha persistencia lograron escribir mejor que él

o al menos plasmar en obra perdurable sus ideas por muy modestas que fueran—, ahora, a los cuarenta y tantos años, Bruno encontraba en la forma de negarlos o suprimirlos la maravillosa oportunidad de aniquilarlos mediante la creación —tan amañada y artificial, como todo lo suyo— de una fechoría verbal anónima. Si aquellos compañeros que corrían en las paralelas de sus vidas habían logrado expresarse, con el éxito suficiente y la respetabilidad académica mínima, a despecho de sus limitaciones, ahora Bruno, al cabo del tiempo, ahora que pasaba de los cuarenta sin poder escribir —o sin desearlo: él sabía que podía hacerlo, que indudablemente podría hacerlo algún día— había descubierto la posibilidad perfecta de hacerlos ganar y al mismo tiempo ganarles la partida. La gran oportunidad se le presentaba ahora mediante la condición del anonimato. Las frases de posible comienzo de párrafo, esos inevitables párrafos de doce líneas le caían encima de manera abrumadora y resonaban dentro de él aturdiéndolo. Nunca en sus mocedades imaginó que a la vuelta de la esquina, en uno de los rincones del poder, él, Bruno Medina, el Bobo Excitado, su Fállica Excelencia, se iba a topar con las puertas abiertas hacia la creación literaria desinhibida y sin tapujos, sin escollos, sin obstáculos, hacia la libertad imperturbablemente inútil que por fin se avizoraba campear en el reino de lo absoluto: el libelo de su propia vida.

XXVI

Y sí mira, el oso y yo, en las primeras páginas de la revista. Yo, cazador. Yo y el oso, mi única pieza cobrada. De ese reportaje envié varias *copias* a periódicos y revistas de Sudamérica. Casi todos me lo publicaron. De vez en cuando me llegaba el correo con un cheque. De treinta y dos dólares los de Caracas, me acuerdo. Unos diarios sólo reprodujeron la fotografía y condensaron la información en diez líneas al pie... aunque eso era a veces resucitar cadáveres, dar a la imprenta cosas de segunda mano. No estaba bien. Y tenía que decir, la verdad, que siempre había tenido deseos de saber qué significaba exactamente iniciarse en la vida a través de meras imágenes, o a través de párrafos y párrafos de letras, indirectamente, sobre todo si uno se relacionaba con un oso. Osito, osito, me decía al amanecer la Quebranta. Hazme cariños. ¿Ya no me quieres? ¿Qué es un oso largo y peludo y en la punta un nudo? ¿Qué es? Era como no estar viviendo con ella: era una mujer intangible, pero en las noches me trituraba, caminaba por encima de mi columna vertebral con el pretexto de darme masaje a la usanza de una técnica tailandesa para la que usaba mezcal; lo untaba, fregaba, y entre todos prefería el bacanora. Y era muy reconfortante, físicamente. Luego me recomendaba que me tirara en el suelo, de espaldas, para que de esa manera mi caja torácica se expandiera con toda libertad. Las vértebras se me iban tendiendo desde el cóccix hasta la nuca y yo tenía así la certeza de que cada hueso se alineaba en su sitio más justo, hasta que la Quebranta me sacaba de esa ensoñación placentera poniéndome los dedos de los pies entre la nariz y la boca, ahogándome. Le besaba las plantas de los pies, ella jugaba a *divertir el tic*, a trasladar su mente a otra región de su cuerpo, a concentrarse y localizar un lugar preciso y único de su organismo que le permitiera aguantar la vista... y reprimir la risa. Se trataba, según decía, de un ejercicio que todas las actrices conocían desde sus primeras experiencias en el escenario. Y de esa manera lúdica vivíamos de noche, dormíamos de día. Una tarde, al oscurecer, salí solo a recorrer las calles o tal vez con

la vaga intención de comprar una bolsa de pan dulce. A lo lejos vi que en uno de los autos de un cortejo fúnebre asomaba el perfil del profesor Ocaranza. Intenté seguirlo, pero pronto se hundió la procesión en un paso a desnivel. Carajo, me dije, debe haber muerto alguien a quien yo conocía, y cerca de la panadería más próxima me detuve ante el escaparate de una vieja peluquería clausurada: me llamó poderosamente la atención el papel desteñado por el sol que se hacía visible a través de una vitrina resquebrajada y sostenida en el centro, justo en el punto donde se había estrellado el cristal, con un tornillo y una tuerca que presionaba dos trozos circulares de madera. A pesar del vidrio astillado, en el papel del fondo surgían las figuras de unas rumberas bailando mambo rodeadas de bongoseros y bailarines emplumados y con grandes holanes en las mangas. Las piernas de las rumberas, semiabiertas, parecían temblar. Una de ellas se desplazaba por la pista ante la mirada atónita de los hombres que ocupaban diferentes mesas. Mis primeras mujeres, me dije, mi iniciación, mi primera comunión, allí: en esas imágenes deslavadas y perturbadoras. Y me alejé de aquella visión haciendo caso omiso de los luchadores enmascarados que también, en el interior de la peluquería abandonada, estaban colocados como en un santuario a lo alto de la vitrina y circundando el enorme cilindro de franjas rojas y azules. Al volver a casa y ofrecer a la Quebranta una pieza de pan dulce, a ella que ya había preparado el café, le comenté que en todo el trayecto de la panadería a la casa había entrado en una especie de obnubilación, que contra los faros de los autos y las luces neón de las tiendas y sobre los semáforos se interponían ante mi vista máscaras plateadas y azules y verdes y anaranjadas, antifaces de luchadores asesinos disfrazados de enfermeros y médicos y que, junto a las rumberas, hacían gestos amenazantes emulando a gorilas o a hombres de las cavernas. Santo, el Enmascarado de Plata, me dominaba con la mirada, me humillaba, se burlaba de mí, se reía a carcajadas, y otro luchador, el Cavernario, me arrojaba una bola de trigo masticada en la cara. Rumberas y enmascarados giraban a mi alrededor y yo me decía: el profesor, el profesor, ya no está. Ya no está. Ya no está. Y luego cantaban todos a coro, en bola, en nudo, en can can:

«¡So-mos-u-nas-pu-tas-so-mos-u-nas-pu-tas-del-Fo-lies-Ber-gè-re!»